



Florence
George

En Este Número: LOLA, PRISCILLA, ROSEMARY, EL TRIUNVIRATO LANE

Una Visión del

Las constelaciones del cine cambian, y a veces los astrónomos de los estudios de Hollywood descubren nuevos astros que prometen eclipsar con su brillo a las estrellas de primera magnitud del firmamento de celuloide. Ejemplo: la luminaria que engalana esta página con su incomparable belleza, la rubia Florence George.

FLORENCE GEORGE no necesita presentación oficial ni periodística. Hace poco publicamos una entrevista que le hicéramos "en carácter". Nos habló de su vida tranquila y de sus animales: el perro, la mona y el loro. Nos insinuó que le hacía falta un cachorro de tigre, como para darnos a entender que es una domadora...

Nuevo Firmamento



DIARIO DE LA MARINA



LA HABANA, 31 DE JULIO, DE 1938

Suplemento Dominical



En Este
Número:

★
HEROE,
VICTIMA Y
VILLANO
Reportaje Especial
de Hollywood

★
MEDICOS
PARA LA
OPERA

★
EL
TRIUNVIRATO
LANE

★
LA
SWANSON
RETORNA AL
LIENZO

★
LLEGO LA
PRIMAVERA
Cuento Breve

★
Trucutú • Rod Rian
Myra la Intrépida
Los Conquistadores
El Lococarril y Otras
Historietas



LA SEÑORITA DE
MARSAN por Carlos
Noelker



Los Conquistadores

por RALFA WOLFE Y GLENN CHAFFIN



A STUTAMENTE, ANNE SLOCUM HABÍA ESCONDIDO EL DINERO EN LA BLUSA DE SU HIJITA SUSANA, Y ASÍ EL BANDIDO DANIEL LA MUERTE NO PUDO DESPOJARLOS DE SUS RECURSOS. LA LLEGADA DE LOS ALGUACILES HIZO HUIR AL BANDOLERO QUE DETUVIERON LA DILIGENCIA.

¡USTEDES PUEDEN QUEDARSE AQUÍ, CONMIGO, PERO ESE PERRO NO HA SIDO INVITADO!
¡ESE PERRO ES BUENA COMPAÑÍA!

¡PUES A MÍ LOS PERROS SIEMPRE ME TRAEN MALA SUERTE!
¡BAH, NO SE APURRE! DA BUENA SUERTE. SE LLAMA ORIENTE.

¿QUÉ ES ESO QUE VEO?
¡UN LOBO DEL MONTE! ¡QUÉ BARBARIDAD!

¡ESTOY POR CREER QUE ESTE PERRO ES UN CAZADOR DE LOBOS!
¡ESE PERRITO LADRA MÁS QUE UN DIABLO!

¡COMO CORREN ESTOS CABALLOS! ¡SON BRIOSOS!
¡CLARO, YO LOS ENSEÑÉ!

¡CARAY, SE ESTÁN SOLTANDO LOS AVÍOS DEL LADO! ¡HAY QUE HACER ALGO!

CONTINUÉ CORRIENDO, QUE YO ME ARRASTRARÉ Y ATARÉ ESO, ANTES QUE SUCEDA UN ACCIDENTE.
¡FRANK, TE VAS A MATAR!

¡SANTA MADRE! ¡PROTÉGELO!

¡LISTO!

¡ASÍ ESTÁ BIEN, YA ME DEVUELVO!

¿QUE PASA AHÍ?
¡NADA, UN PERRO QUE LADRA Y UN NIÑO VALENTE!
CONTINUARÁ

LA VIDA ES ASÍ... por FRED NEHER.



«¿POR QUÉ NO ME DIJERON ERA DE ETIQUETA?»

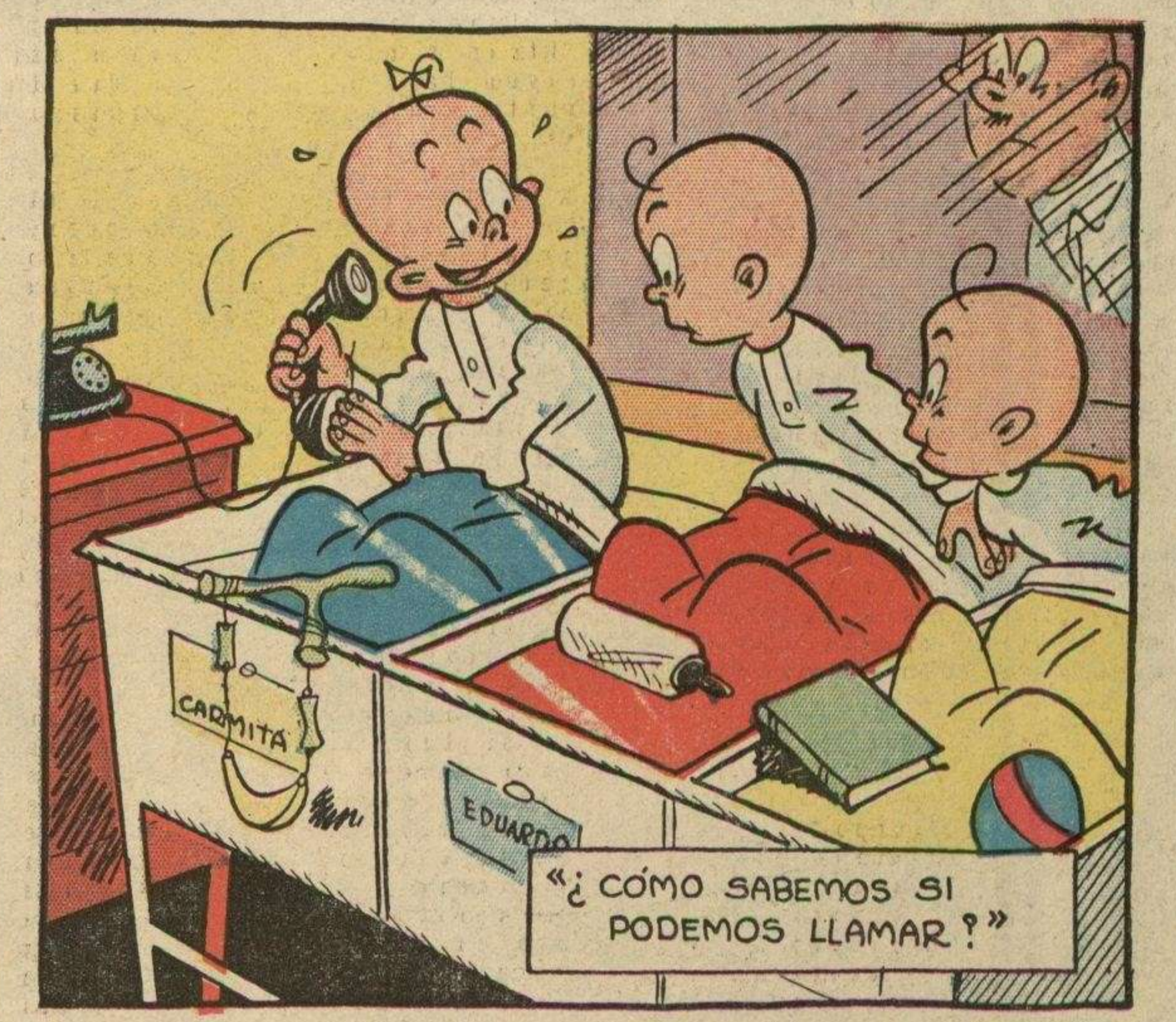


«NADA AUMENTA TÁNTO LA PERSPECTIVA COMO LOS VIAJES... EXCEPTO EL HELADO CON BANANOS!»



PERINQUILLA

«¡PONTE LA PELUCA, PAPÁ, O NO PODRÉ JUGAR A LOS INDIOS!»



«¿CÓMO SABEMOS SI PODEMOS LLAMAR?»



«¡VÁYASE A DORMIR A OTRO SITIO! ¡NECESITO ABSORBERME EL APETITO PARA LA CENA!»



«EL VIAJE FUÉ DE LO MÁS DELICIOSO! ¡NO HABRÍA SABIDO QUE ESTÁBAMOS EN EL MAR, A NO SER PORQUE ESTUVE MAREADA TODO EL TIEMPO!»

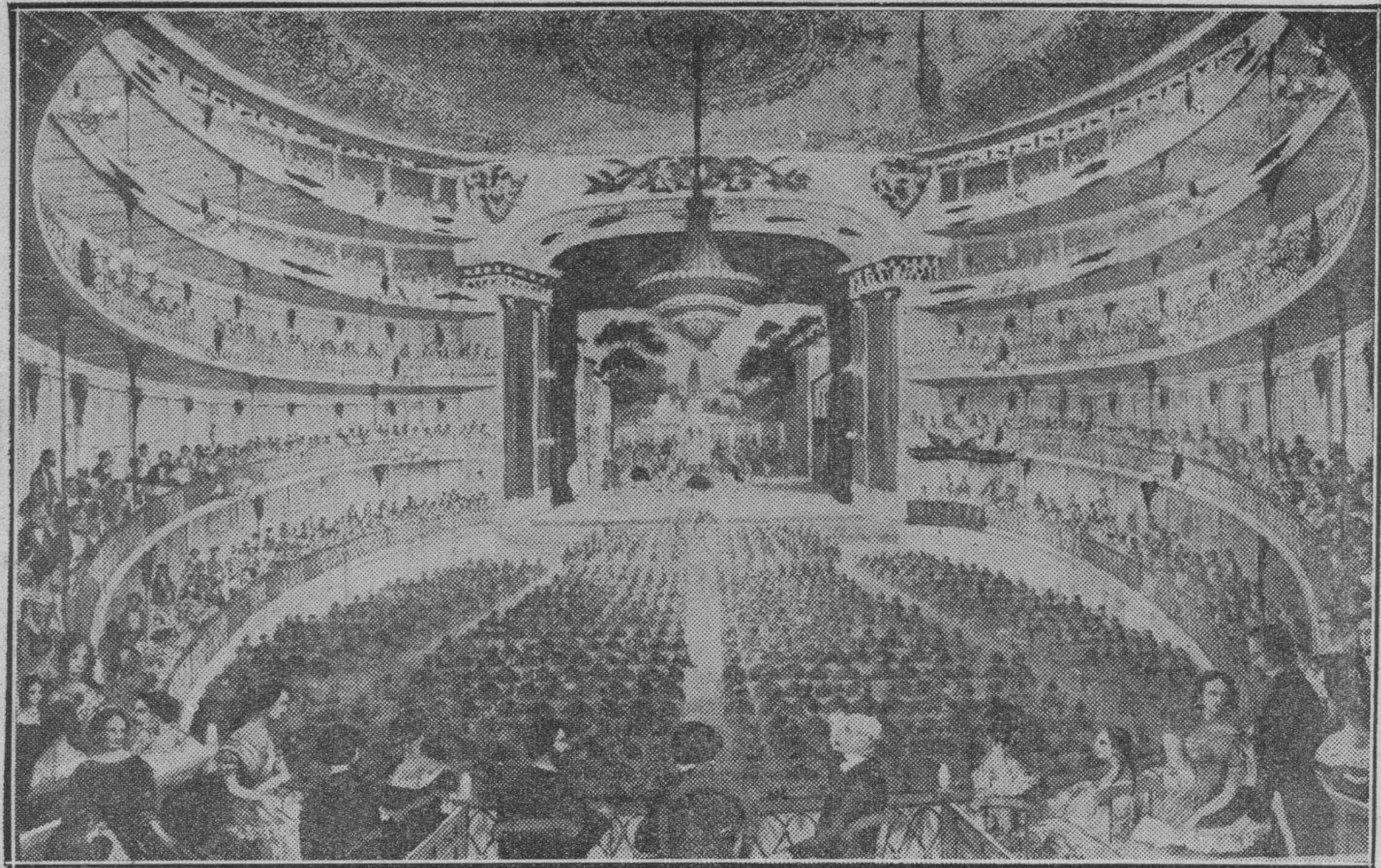
VIEJAS POSTALES
DESCOLORIDAS

NOCHES de TACÓN

por Federico VILLOCH

—II—

Continuación



El viejo teatro Tacón: una vista interior

La cadencia de un sugestivo vals que surge en nuestra memoria, seguido de los alegres compases de un picaresco couplet, en uno y otro palpitando el alma voluptuosa de París, nos trae el recuerdo de «La Casta Susana», la linda ópera de Jean Gilbert, que allá por el 1906 nos dió a conocer en este escenario de Tacón la compañía italiana de Scognamiglio, en la que figuraban como típicos la delicada Pierretti, la finísima y atrayente Gattini y los tenores Bertini y Vanutelli. A los que pasmos de los cincuenta, al oír hoy en película nos sabe «a carne líquida de Montevideo», aquel producto alimenticio de que era agente aquí en la Habana el popular Pedro Pablo Guillot y que la Gattini, en obsequio a él, que tanto había trabajado, con su exquisita gracia y donaire, en uno de los couplets de la citada ópera.

Scognamiglio nos dió a conocer entonces varias óperetas modernas entre ellas: «La Gheisa», a cuyo ambiente japonés ya nos habían habituado Pierri Loti con su «Madame Crisantemo» y Gómez Carrillo con sus japerones retóricos. Nada aviva el recuerdo como la música. Cuando la pantalla nos ofrece en su terso blanco espejo reproducida en un film, algunas de aquellas óperetas «La Viuda Alegre», «La Casta Susana» etc., los concurrentes de cabellos grises—aunque se los tiñan, se les ve—dibujan en sus labios—descoloridos—esa sonrisa candorosa en que se baña el espíritu para abandonar el cuerpo que lo alberga y remotarse al pasado; y si alguno intenta llamarlos al presente, pierde su tiempo; porque están dormidos...

Hablando de películas teatrales nos viene a la mente el recuerdo de aquellos melodramas de que tan amenuado echan mano los directores de Hollywood; y el de los actores españoles, que en este escenario de Tacón los interpretaron.

—III—

La «Guerrero», o «Doña María», que de ambos modos se llamaba siempre a la genial actriz ibérica, de quien, cuantos la conocieron y trataron hablan con emoción y cariño—«Hoter», «Gelaiber» prueba es de ello—. Fue la época de Doña María Guerrero de Mendoza, la de Eugenio Sellés, José Echegaray, Leopoldo Cano, Codina y últimamente Marquina, Don Eduardo, quien le escribió «Doña María la Brava», «En Flan-des se ha puesto el Sol» y otras piezas notables, últimas llamaradas del romanticismo moribundo. Las facultades de la Guerrero eran verdaderamente asombrosas. Puede decirse que se acomodaba a todos los géneros y es prueba elocuente de ello los aplausos que conquistara interpretando «El Genio Alegre» de los Quinteros, «La Rossana» del Cyrano de Bergerat, «Le Voleu» de Bernstein y otras obras de la Comedia Francesa del día, o por lo menos, de hace pocos días, porque en la «hora de ahora», como se dice, sería difícil darse cuenta de lo que se estilaba en el teatro.

Pedro Pablo Guillot, aquel simpático, simpático Guillot, que era el optimismo y la actividad personificados, fué uno de los primeros que trajo a la Guerrero allí que era aún el Gran Teatro Tacón, allá por el año de 1904. La Habana entera se vistió de smoking y guante blanco para recibirla. Pablito tendió una alfombra roja desde la puerta del Hotel Inglaterra, donde se alojaba la artista con su esposo Don Fernando, hasta la entrada del teatro, para que pasara

sobre ella pisando las infinitas flores que el entusiasmado público arrojaba a su paso. Pocas veces se vió, o no se vió nunca, una más acabada demostración de la simpatía que puede despertar un artista en la muchedumbre. Desde la más elevada, hasta la más humilde clase de nuestra sociedad, se sentían atraídas todas hacia la Guerrero por la más calorosa admiración y el más sincero afecto. El escenario, el enorme escenario de Tacón, era todas las noches un perenne «bulle-bulle» de lo más escogido de la sociedad habanera, que acudía a felicitarla en los entreactos, y parecía uno de los salones de nuestra más rancia aristocracia en una noche de gran gala, y, desde luego, Pablito Guillot, de una en otra presentación, atendiendo a todos. A Don Fernando Díaz de Mendoza le gustaba montar las obras tan en grande y tan dentro de lo real, que en una del género francés, no recordamos si «El Advensario» o «El Marqués de Priolat», en uno de sus actos, donde se servía una cena, mandó traerla en realidad del próximo hotel «Inglaterra», con la vajilla y todos los accesorios, causando en el público el mejor efecto; si bien el perfume de los platos, que trascendía a la sala, hacía relamerse de gusto a no pocos espectadores golosos o les picaba a otros el paladar hasta hacerlos toser ligeramente. Gracias a que todos los artistas estaban al corriente en el cobro de sus sueldos, que sino el apuntador les hubiera hecho pasar una mal rato. En el mobiliario, Don Fernando se excedía verdaderamente. Cortinas, butacas, alfombras, lámparas, todo era auténtico y de lo mejor. Cierro noble, de lo más rancio y distinguido de nuestra sociedad, brindó una vez sus cuadros y sus muebles para montar con ellos la preciosa «Mariana» de Don José Echegaray, obra que precisamente había estrenado Doña María en Madrid.

En la compañía de la Guerrero figuraba, además del señor Mendoza, Conde de Balazote, otros títulos de la mejor nobleza española; y artistas como Medrano, que contó siempre en las más escogidas «peñas» madrileñas. Gente toda de frac. Por eso, cuando hicieron el «Juan José» de Dicenta, obra de gorra y alpargata, se vió que eran unos excelentes actores, pues tal parecía que estaban acostumbrados a llevarla toda la vida. En los ensayos de la Guerrero guardaban los artistas las más correctas formas, como si se encontrasen en un lugar de alto rango; lo primero que hacía el actor al llegar de la calle y entrar en el escenario, era dirigirse, sombrero en mano, a Doña María y Don Fernando, y preguntarles por el estado de su salud y como habían pasado la noche. Así siguió esta compañía años y años, como si fuese un alto salón aristocrático ambulante, y así gozaba en todas partes a donde iba de la más profunda admiración y respeto.

En la Habana trabajaron siempre a teatro lleno. El repertorio de Echegaray,

ray fué el que más se utilizó; pero hay que tener en cuenta que al autor del «Gran Galeoto» escribió casi siempre para la Guerrero. Podría decirse que él fué quien la formó. «Mancha que limpia», «Vida Alegre y Muerte Triste», «Mariana» etc., etc. fueron las obras que consagraron a la Guerrero. El padre de ésta era íntimo amigo de Echegaray. La dulce e ingenua «Marquita» Guerrero de la primera juventud—la del «Crítico In-cipiente» y «Si vis pacem para bellum», que ahora estaría de actualidad—según fué avanzando en la vida, también fué creciendo ante el público; y el viejo y genial autor la fué modelando conforme a su genio hasta convertirla en la estrella máxima de la escena española hasta sus últimos años, tristes por cierto. ¡Oh zarzapos y mordeduras de la vida!...

El abono a la primera temporada de la Guerrero se abrió por veinticuatro funciones, a cuatro pesos la luneta y quedó cubierto a los pocos días. Pedro Pablo Guillot, que era visita diaria de la gente de arriba, se fué de casa en casa, y obtuvo éxito tan contundente, que hubo después de inventar mil excusas para contentar a los que no pudieron obtener su abono.

Decíase y creíase corrientemente que la Guerrero en donde mejor revelaba su genio era en el drama español, por lo general truculento, enfático y sonoro; pero era un error que la genial artista pudo desvanecer por completo cuando, entre ruidosos aplausos y calorosas llamadas a escenas interpretó «La Rossana» del Cyrano y las complejas protagonistas de la moderna comedia parisiense «El Ladrón», «El Adversario», «Francillon» y otras... En su última visita a la Habana, para ajustarse al gusto estragado de la época, se empeñó en interpretar las porteras y las patronas de casas de huéspedes del género astracán; y ahí sí que la pobre Doña María y su esposo Don Fernando flaqueaban bastante, porque eso no estaba en lo suyo. Díaz de Mendoza tenía los materiales para hacer aquel Cyrano en que se ganaba tantas ovaciones; la fanfarronada y el énfasis propios de su estirpe...

A poco de estrenarse el Cyrano de Bergerac en París, en el Teatro de la Comedia Francesa, la noche del veintiocho de Diciembre de 1897—hacia ya dos años que los «Cyranos de Cuba libre» andaban por la manigua dando mandos. Él en defensa de la «Verdad»; —a poco de estrenarse, declamos, la grandiosa obra de Fustandt, y cuando ni se pensaba que fuese puesta en la Habana por la Guerrero, el inolvidable Valdívila nos traducía de madrugada, en el Parque Central, a un grupo de jóvenes entusiastas de la literatura, del primer ejemplar de la obra que llegó a Cuba, aquellos versos de Cyrano en su agonía—traducidos más tarde por los poetas catalanes Via, Martí y Tintorer—y, dadas las circunstancias del momento político, ya fue,

de suponerse el efecto que causarían en el pequeño grupo que oía atento al traductor:

—¿Cuántos sois? ¿sois más de mil? ¡sois conozco! ¡sois la Ira, el prejuicio, la mentira, ¡la Envidia cobarde y vil! ¿Que yo pacte? ¿pactar yo? ¡Te conozco, Estupidez! ¡No cabe en mí tal doblez! ¡Morir, sí! ¡venderme, no!...

¡Pobre e iluso Cyrano! ¿A dónde habrá ido a parar su enhiesto y glorioso penacho? Hasta en París se habla hoy de su casco de guerra como de un pobre cacharro viejo...

El Cyrano fué representado en Tacón con el siguiente reparto:

Cyrano Díaz de Mendoza
Cristian Allen Perkins
Conde de Guichen Medrano
Roxana María Guerrero
La Guerrero estuvo varias veces en la Habana, y siempre con excelentes compañías. En una de ellas figuraba el magnífico actor cómico Santiago, con cincuenta pesos diarios de sueldo y para quien los Alvarez Quintero escribieron tantos y tan excelentes papeles. Santiago llevaba a cabo un concienzudo y acabado estudio de las interpretaciones que se le confiaban, y siempre daba con el verdadero tipo creado por los autores, pues los copiaba del natural buscándolos por cafés, calles y teatros.

La primera temporada de la Guerrero se recuerda como un derroche de lujo, de buenas formas, de emoción artística intensa, de admiración loca por el teatro. La noche de su beneficio fué una velada que quedó impresa con letras de oro en la más brillante página de nuestra crónica social. Se pagaron las entradas a como quisieron cobrarlas los revendedores; y entre otros regalos, todos muy valiosos y del mejor gusto, descoló el de la Colonia Española, que se exhibió en la vidriera de una de las mejores joyerías de la calle del Obispo; un adorno de perlas y piedras finas que costó veinticinco mil pesos. A tal reina, tal honor...

Años después de la de Doña María, honró la escena del Gran Teatro la magnífica compañía de comedias de los aplaudidos actores españoles Larra y Balaguer, para los que los geniales autores Alvarez Quintero habían escrito especialmente un buen número de obras, figurando en su escogido elenco la renombrada primera dama Nieves Suárez y el galán Rafael Ramírez, que borbaban de admirable manera la producción quinteriana. Su cedió con esta compañía de Larra y Balaguer un caso no por corriente menos original y notable en el teatro. Años atrás la compañía de zarzuela española, que tanto funcionara en el teatro Albuja haciendo el género chico, acometió, a la verdad sin los precisos elementos para

(Continuará el próximo domingo).



Por Carlos
Rodier
Continuación

La Señorita de Marsan

Entre nosotros los únicos temas de conversación eran la amistad, el amor, la poesía, las bellezas de la Naturaleza despierta, las dulzuras de la primavera campiña, cuanto encanta a un corazón joven no agostado completamente por la desgracia. Esto no duró mucho tiempo. Los negocios del doctor, que parecían complicarse más cada día, obligaban a éste a ausentarse muy a menudo. La compra de un viejo castillo en los alrededores del Tagliamento le retuvo fuera cerca de una semana. Yo pensé no verle más, pues se acercaba el día de mi cita, cuando llegó, para volverse a marchar con José, pues esta vez le había acompañado su hija que se había quedado en casa de un amigo. Aun que nuestros adioses fueron muy tristes yo trataba de prolongarlos. Me acuerdo que a José y a mí nos daba pena separarnos a pesar de que él sonrió maliciosamente a la idea de nuestra eterna separación, y caminábamos muy tarde, cogidos del brazo a la luz de las antorchas que iluminaban la plaza y el peristilo del teatro, porque era para el pueblo un día de gozosa embriaguez y ruidosa alegría. Era el día de Carnaval, que en los Estados venecianos ha conservado largo tiempo todo su atractivo. El espectáculo era casi desconocido para mí, pobre joven encerrado en París bajo diez cerrojos mientras duraban estas fiestas deslumbradoras de los ricos

y los felices de la corte imperial, que la señora duquesa de Abrantes ha descrito con tanta naturalidad y gracia. Pero en Trieste debía tener un aspecto singular, reuniendo bajo las columnas a esa pariente sedentaria del pueblo, que es también un espectáculo; griegos, albaneses y turcos, con sus trajes tan variados y pintorescos; las preciosas muchachas judías, que atraviesan con ardientes y aceradas miradas los coquetones rizos de su negra cabellera; las de Istria, que se envuelven casi completamente en largos velos blancos, y los mismos campesinos del litoral, con sus flotantes cintas y sus trajes de ópera, que el tiempo permitía llevar en aquel día, pues hacía una noche tan tibia como una de las mejores del mes de mayo.

No necesito decirlo a los que se acuerdan como yo, si hay alguno que se acuerde, del Carnaval de Trieste en 1809: era una fiesta de hadas.

Una mujer vestida con un dominó se había apoderado de mi mano, y yo sabía que era una mujer porque había tocado la suya. Me atrevería a decir que debía ser muy bonita; ¡se conoce esto tan bien! José, que estuvo un momento con nosotros, aprovechó este instante de preocupación para alejarse, y a mí verdaderamente no me molestó porque no sabía cómo decirle la última palabra de esta última entrevista. Además la charla de esta desconocida absorbió en seguida todas mis facultades. Un incomprensible misterio la había hecho leer en mi vida. El «yo» que ella conocía, sólo por ella debía ser conocido en esta región, donde yo era extranjero para todo el mundo, y mi corazón palpité con más asombro que espanto cuando ella me dijo «adiós» con mi nombre, que ni a Venecia mismo podía haber llegado sino en la correspondencia de mis más íntimos amigos. Estoy seguro que Diana no lo había oído pronunciar nunca a no ser por..., pero Diana era mucho más alta.

Se me escapaba, y la detuve. En aquel momento, a la fascinación del antifaz, del tipo, de la voz, se había añadido cuanto hay de sugestionador y extraordinario en una aparición, en un sueño.

—La seguiré a todas partes —exclamé—, o dígame dónde nos volveremos a encontrar.

—¿Por qué no? —me contestó riendo—. Pero será un poco lejos, y por un sólo día... ¿Está usted decidido a buscar carne donde sea... el día de Santa Honorina?

—Espere, espere usted, señora! ¿El día de Santa Honorina? ¡Oh no, no puede ser! ¡Tengo un compromiso de honor para ese día!

—Entonces, adiós —replicó desasistido sus dedos de los míos—. ¡Vaya usted adonde su honor le llame!...

—Así lo haré. Pero, ¿no podría saber al menos dónde podría verla ese día, si me fuera posible buscarla?

—¿Dónde podría verme?... Me parece bien. En la iglesia de Codroipo, junto a la capilla colocada bajo la advocación de mi santa patrona, en cuanto el sacerdote haya dado la bendición de la primera misa.

Cuando volví en mí, ella había desaparecido entre la multitud.

Esta cita era la que me había dado Mario Cini.

Algunos días más transcurrieron entre nuevos y solitarios paseos; pero el día de Santa Honorina llevaba mucho tiempo parado delante de la fachada de la iglesia de Codroipo, cuando se abrieron sus puertas.

Apenas comenzaba el sol a levantarse. La nave estaba aún húmeda y sombría. Sólo algunas lámparas que habían velado toda la noche señalaban la capilla de la santa. El sacristán acababa de encenderlas.

Yo no era beato, pero sí religioso, y jamás una aventura galante, un deseo voluptuoso me hubiera arrancado en un templo de la profunda emoción que me inspira la casa de Dios, sobre todo cuando está vacía, que es cuando el alma se encuentra más en presencia de su Creador y Maestro. Además, yo había interpretado este segundo emplazamiento de otra manera que como es costumbre hacerlo en Italia. Yo estaba colocado bajo el imperio de una asociación inmensa, que podía contar algunas mujeres entre sus afiliados más inteligentes y activos, capaces de reanimar a un adepto tibio o descorazonado por medio de las ilusiones más apropiadas a su carácter y a su edad. Debo decir en mi honor que ni por un momento había pensado que pudiera ser otra cosa.

Entré, pues, en la capilla sin otro afán que el de rezar y ofrecer al cielo el sacrificio de mi ciega abnegación para yo no sé qué palabra que me había ligado a la causa de la vieja fe y las viejas libertades, llevado por mis generosos sentimientos. Pronto acabaron mis ojos de recorrer el estrecho recinto. Estaba sólo. El sacristán había salido y el sacerdote no había llegado aún; pero el cuadro del altar resplandecía con sus luces de gala. Era una hora imponente, un solemne lugar, un hermoso espectáculo para un cristiano, y cuantas veces el dolor me ha agobiado o la soledad me ha devuelto a mí mismo me he encontrado tan sincero cristiano como en los brazos de mi madre, cuando ella me ponía, orgullosa, una larga túnica de tisú de plata con franjas de abalorios encarnados y azules para ir por primera vez a recibir la gracia de la Eucaristía en la parroquia de San Marcelino.

Terminadas mis oraciones, miré al cuadro. Representaba a Santa Honorina, condenada a morir de hambre en un calabozo, pálida, desmeleada, palpitante, ofreciendo en sus facciones una mezcla de dolor humano y de resignación divina, pero tendiendo hacia mí sus brazos suplicantes, como implorando socorro. Sus ojos miraban y sus labios se movían en realidad. ¡Qué comovedora y sublime era!...

Sin embargo, lo que más me emocionó fué uno de esos parecidos —que los enamorados son tan aficionados a buscar— un parecido punzante y mortal por la situación en que la santa estaba con el retrato de Diana Felizmente, esta maravillosa imagen era la obra maestra de Pordenone.

Sentí frío. Me hacía sufrir esa escena, vivía con la realidad. Me levanté y anduve a la ventura por la capilla por la iglesia. La luz del día comenzaba a atravesar las vidrieras y temblaba en las paredes. Nadie se movía ni dentro ni fuera. El único ruido que turbaba el silencio de la nave era el de mis pasos al resonar sobre las losas. Quise ganar la puerta. Me apoyé, temblando de frío, en un baptisterio colocado a la entrada. Escuché, creí oír y oí unos gemidos, pero no sabía si venían de la capilla o del atrio, y por unos instantes creí otra vez que era la santa que lloraba de angustia y de hambre. Deseoso de librarme de esta idea, que obscurcía mi razón, franqué de un salto los escalones. Los sollozos y gemidos me persiguieron en la calle, ya completamente iluminada por el sol. Me volví hacia la portada, adonde ya me había precedido mi fiel «Puck», atraído, acariciante y consolador, por un sentimiento de compasión más que humano hacia todas partes donde oía quejas. Ya os he hablado de «Puck».

Entonces ví a una chiquilla de trece a catorce años, fresca y bonita como una rosa, y cuyos ojos debían tener un encanto incomparable cuando no los cubría

brian las lágrimas. Estaba sentada en lo alto de la escalera, cerca de la puerta por la que yo acababa de pasar. La pobre niña, con la barbilla apoyada en su mano y el codo en su rodilla, y sus rubios cabellos esparcidos al viento, soñaba amargamente, mirando un cestito que tenía delante cubierto con un paño más blanco que la nieve.

—¡Pobre «Onorina!» —decía.
Al ruido que hizo mi perro al lanzarse a su lado cambió de actitud y exclamó súbitamente, al verme:
—¡Caballero, cómpreme, cómpreme mis hermosos macarrones! ¡Estrene usted a la pobre vendedora!

Subí dos o tres escalones y me senté un poco por encima de ella.

—¿Por qué lloras, chiquilla, si tu cestito está lleno y no parece que le haya ocurrido nada?

—¡Cómprame, caballero, cómpreme mis hermosos macarrones! ¡Ni en Venecia los hay mejores!

Y se secaba los ojos con la punta de sus bonitos dedos para estar más convincente.

—Te he preguntado, nena, la causa de tu dolor y qué podría aliviarte. Respóndeme con confianza.

—¡Oh, caballero, yo tengo muchas penas! ¡Cómprame, caballero, cómpreme mis hermosos macarrones! Tiene usted que saber que hoy es Santa Honorina, mi patrona, y que todas las muchachas de Codroipo, con sus mejores

vestidos de fiesta, van a acompañar a su reliquia en la procesión... una reliquia soberbia, adornada con largas cintas. Todas las chicas llevan una cinta de color igual a su vestido. ¡Oh, es bien bonito verlo! ¡Cómprame, caballero, cómpreme mis hermosos macarrones! Además van cuatro que llevan, dos a dos, grandes cestas llenas hasta los bordes de violetas, primaveras y de todas las flores del tiempo, y que de cuando en cuando se detienen para echarlas a puñados sobre la reliquia de Santa Honorina. Y éstas son las más buenas las más guapas y a las que miran más. El año pasado yo era una de esas cuatro, y sólo ese día me he puesto mi hermoso vestido de tela de Persia rameada. ¡Cómprame, caballero, cómpreme mis buenos macarrones!

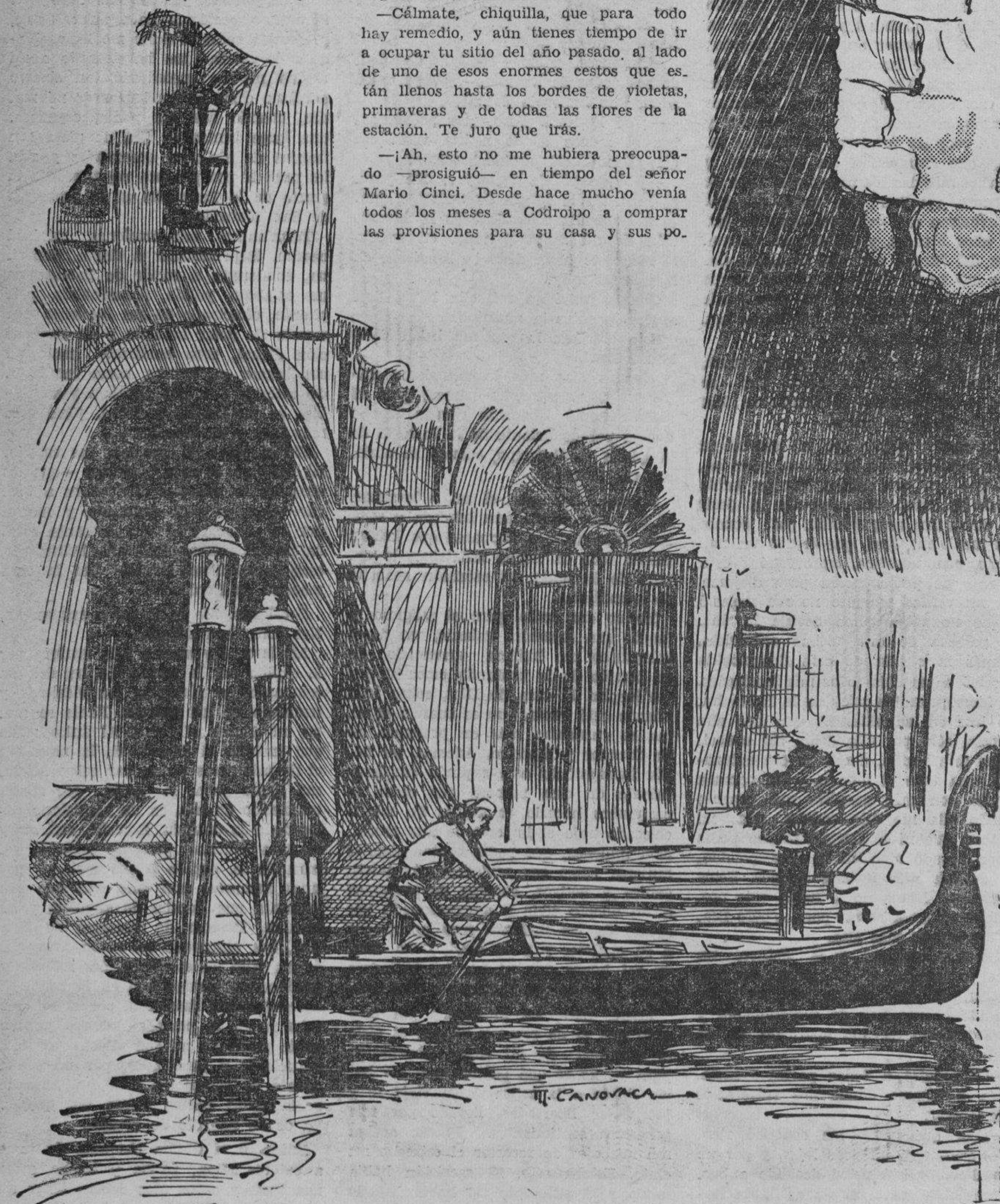
—¡Pero la ceremonia va a empezar, «Onorina!» ¿Por qué no te pones hoy tu hermoso vestido de tela de Persia rameada?

—¿Por qué, señor, por qué? Pues por eso lloro. Mi padre se ha vuelto a casar, y mi madrastra, cuando esta mañana le he pedido mi vestido, me ha dicho: «¡Miren la descarada, que se quiere adornar como la reliquia de Santa Honorina antes de empezar el trabajo! ¡Si para la hora de la procesión han vendido tus macarrones te daré el vestido que pides». ¡Cómprame, caballero, mis buenos macarrones!

Y comenzó a llorar de nuevo.

—Cálmate, chiquilla, que para todo hay remedio, y aún tienes tiempo de ir a ocupar tu sitio del año pasado, al lado de uno de esos enormes cestos que están llenos hasta los bordes de violetas, primaveras y de todas las flores de la estación. Te juro que irás.

—¡Ah, esto no me hubiera preocupado —prosiguió— en tiempo del señor Mario Cinci. Desde hace mucho venía todos los meses a Codroipo a comprar las provisiones para su casa y sus po-



bres, y desde hace dos meses venía hasta dos veces por semana. El se llevaba todos mis macarrones y no se iba nunca sin dejarme alguno sortija, algún alfiler, alguna joyita, y sin decirme golpeándome suavemente en la mejilla «Sé buena Nina; sé buena, preciosa, y un día encontrarás un buen marido; porque sinceramente eres tan guapa como tu pobre madre».

—Pues bien, querida «Onorina», ahora tienes dos razones para consolarte y alegrarte, porque Mario Cinci va a venir.

—¿Cómo va a venir si ha muerto?—exclamó.

—¿Mario ha muerto?

—Lo conocía usted y no lo sabía? Hace quince días estaba donde está usted ahora, pues contra su costumbre había pasado la noche en Codroipo en casa de su amigo el rico doctor Fabricius, para hacer sus operaciones de la mañana. Yo le vendí todos mis macarrones. ¡Cómprame, caballero, cómpreme mis buenos macarrones!

—¡Están comprados! Continúa, Nina, te lo ruego, ¡y no te detendré más! Sus ojos se iluminaron y despedían

res de salmodia o de canto llano, glosaba la vida ejemplar de un santo del Islam, mientras su mano no cesaba de pegar a intervalos regulares sobre el tamboril. Este cuadro bíblico de gracia epidémica y de tan singular vida espontánea, no se veía como el primer despertar de la humanidad, balbuciente todavía, a la revelación de la música, la poesía y la danza?

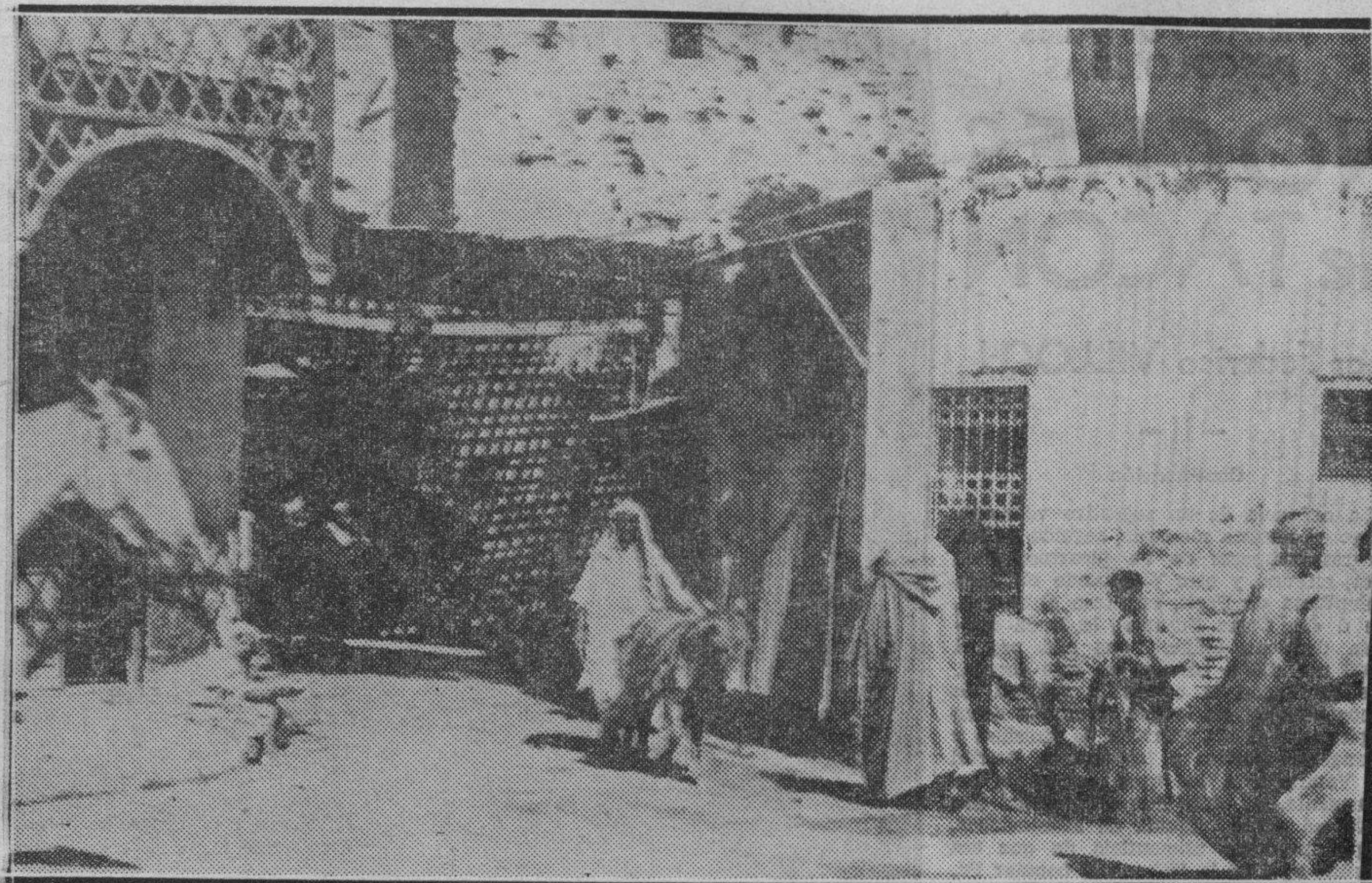
Nos detuvimos allí un buen rato. Cuando la muchedumbre empezó a dispersarse, ya la tarde era toda lila y el cielo de azul profundo. Sobre el horizonte, un lucero parecía esperar a los Reyes Magos para señalarles el camino...

En contraste marcado con aquel mundo de fantasmas casi irreales, en estrecha convivencia, un nuevo espíritu de vida, de economía y de trabajo, se abre paso con un admirable sentido de orientación y de adaptación. Hoy, bajo azul cielo que durante siglos solo ha visto desplegarse el estandarte blanco y negro de las cigüeñas taciturnas, lustrosos aviones roncadores, estremecen silencios inéditos. Por el arco de las elaboradas puertas de las ciudades, rondadas siempre por seres herméticos cual esfinges vivientes, y por donde la vida musulmana se dispersa y resista como un río silencioso, los automóviles y camiones proclaman al pasar que vivimos en la hora de ahora, y que mientras la ciudad antigua se despierta cada día inmutable, igual a sí misma, la ciudad nueva se expande poco a poco victoriosa ganando batallas silenciosas para la civilización y el progreso.

Así también, mientras la vida indígena, fiel a sí misma, discurre impassible por su estrecho cauce tradicional, ferozmente íntima, y como cargando a cuestas la pesadumbre metafísica de un resentimiento milenar, Francia vela moral y materialmente por su salud: la agricultura, las obras públicas, la sanidad, la enseñanza reciben el impulso eficaz de una Administración Pública que se ha revelado ejemplar por sus resultados tangibles.

Este ejemplo es tanto más de admirar, porque no sería extraño que, al contrario de toda empresa de explotación de índole colonial, en la balanza de compensaciones entre el provecho material que Francia obtiene y los beneficios que aporta por su esfuerzo constructivo, probablemente sea Marruecos el que hasta ahora inclina la balanza a su favor.

Las diferentes ciudades y puestos militares comprendidos en nuestro itinerario y que abarcan regiones en distinto grado de desenvolvimiento y de distintas riquezas naturales—el Norte, mejor dota-



Otra calle de Fez, la Santa

do para la agricultura, más evolucionado y próspero; el Sur, árido y montañoso, donde solo la minería es susceptible de prosperar, más atrasado y pobre—pueden ofrecer variados testimonios objetivos—que nosotros hemos podido apreciar—de los servicios y obras realizados por esta celosa administración. Enumerarlos, sería tarea larga, a manera de ejemplo, recordaré la construcción de los admirables caminos de penetración en los macizos del Atlas y del Anti-Atlas, muchos de ellos de enorme extensión, tallados a pico en los flancos de roca viva de las montañas. El que conduce de Tiznit a Tafraout, en gran parte bordeando abismos y dejando ver maravillosas perspectivas de lejania por una región de impresionante y dramática grandeza es un ejemplo destacado, como obra y como naturaleza, de memorable recordación; Tafraout mismo, donde fuimos festejados

en pleno campo, bajo una suntuosa tienda de las Mil y una Noche, con un festivo campesino de danzas y cantos lugareños, de primitiva e ingenua rusticidad, regalo inolvidable del capitán Fleuret, es otro ejemplo y una de esas impresiones de viaje que dejan una imagen imborrable.

Pero a tales obras corresponden también tales hombres. De los funcionarios a quienes he tenido la fortuna de tratar durante el viaje, ya fueran militares o civiles, no sólo he recibido de ellos interesantes informaciones, sino que me han dejado la más cabal impresión de poseer una rara competencia razonada y clara sobre todas las cuestiones que interesan al Marruecos, tanto en el orden práctico como en teórico y un amor y entusiasmo por su labor, muy por encima de lo normal. Perseverante devoción que a veces llega hasta el sacrificio en

el cumplimiento de sus deberes, es, entre ellos, un lugar común; y sus funciones son a menudo tan complejas que muchos aspectos de su labor cotidiana corre pareja con la obra del misionero o del explorador, porque de todo ello participa y de muchas cosas más el conjunto de esfuerzos, sabiamente coordinado por la Residencia General, que mantiene en equilibrio y en constante progreso la obra colonizadora de Francia.

Por donde quiera que se pasa, se siente el ojo vigilante, la mano hábil puesta al servicio de una voluntad constructiva y civilizadora, plena de inteligente perseverancia y de lúcida comprensión de los arduos y complejos problemas que plantea en lo político, en lo económico y en lo moral, la labor difícil y delicada de conciliar el pasado con el presente, la tradición con el progreso, dentro de una norma de respeto y de defensa de todo lo que constituye el patrimonio histórico del pueblo marroquí.

Al iniciador de esta política colonial a cuyo genio de larga y clara visión se deben los fundamentos esenciales de esta obra de colonización, delicada y fuerte al mismo tiempo, y cuya memoria palpita en cada rincón de aquella tierra frágil, que él amó y sirvió con entera devoción para mayor gloria de Francia, en recuerdo y homenaje al Mariscal Lyautey, permitásemos de evocar aquí el sentimiento de emocionada admiración que me produjo el visitar su última morada en Rabat. Si los hombres pasan, las obras quedan; y ellas hablan y dan testimonio por los hombres desaparecidos...

Antes de terminar, deseo consignar aquí la expresión cordial de mi agradecimiento por las atenciones recibidas durante el tiempo que duró la misión a cuantas personas han intervenido para hacer nuestro viaje más grato y confortable.

Y al mismo tiempo deseo especialmente darle las gracias más cumplidas a la ilustre personalidad que nos honra presidiéndonos esta noche, al eminente Jefe del Estado Mayor General de la Defensa Nacional, Vicepresidente del Comité France-América, general Gamelin—a quien con toda admiración saludo—y al esclarecido general Noges, Residente General de Francia en Marruecos, quienes por sus generosos auspicios hicieron posible la magnífica realización de este viaje; gracias también muy cordiales para el Comité France-América, que tuvo la iniciativa y la ejecución de esta feliz idea que cuenta como un éxito más en sus anales, y especialmente, al Presidente de su Comité Ejecutivo el señor Jaray, que ha sido nuestro guía y consejero y el más perfecto compañero de viaje.

LA FIEBRE acabará con Ud. si no empieza a tomar QUINIUM LABARRAQUE



El más poderoso regenerador, aprobado por la Academia de Medicina de París como el más poderoso de los tónicos y el más energético de los febrífugos. Preparado con vino añejo de Málaga, se recomienda a los febriles, a los debilitados, a los fatigados, a los convalecientes, a los ancianos, a los niños anemiados.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS
Depósito: MAISON FRERE 19 Rue Jacob, París (60)



En el zoco de Marrakech

IMPRESIONES DE UN VIAJE A MARRUECOS

LEIDAS POR EL SEÑOR MARIANO BRULL,
MIEMBRO DE LA MISION FRANCE-AMERI-
QUE, EN EL BANQUETE QUE TUVO LUGAR
EN PARIS, OFRECIDO POR EL COMITE
FRANCE-AMERIQUE EL 31 DE
MAYO DE 1938

CUANDO un viaje es muy rico y variado en impresiones, tal como el recientemente realizado al Marruecos francés por la Misión que organizó el Comité France-Amérique, el proceso de asimilación definitiva de un tan vasto caudal de emociones requiere una cierta perspectiva de tiempo y de distancia para que se produzca, por una labor de depuración inconsciente, la selección de lo verdaderamente esencial y perdurable de la nueva experiencia, según nuestras afinidades personales, de todo aquello en fin que en un viaje, por su poder intrínseco de supervivencia deja en nuestro espíritu no un reflejo vano o pasajero, sino una resonancia permanente.

Nuestro viaje—4.200 kilómetros por tierras marroquíes—ha sido tan vertiginoso en el tiempo y en el espacio, que casi se tiene a veces de luces huidizas de cosas soñadas y está todavía tan cercano que, como en una madeja enredada, los hilos desordenados de las emociones se anudan y entrecruzan al azar, formando así un enredo magnífico, más precioso en su desorden, con sus cabos sueltos y sus fieros caprichosos, como un trozo mismo de naturaleza rebelde que no se entrega fácilmente al peine y a la pauta.

Así no es tarea fácil poner en orden nuestras emociones y encontrar la expresión adecuada de aproximación a eso que llamamos realidad, cuando todos los sentidos han participado de fiesta y panorama y unos a otros se usurpan el privilegio del descubrimiento de ese algo tangible y escurridizo—Proteo de innumerables apariencias—que se dispersa en los sentidos y se fragmenta en la reflexión y que sólo cobra unidad en la imagen que formamos para nuestra propia recreación.

Todo país se nos ofrece como un pedazo de realidad concreta, susceptible en alguno de sus aspectos de ponderación y de medida, de estadística en suma, pero también al mismo tiempo alma popular que colorea con cambiantes a menudo sutiles y esquivos un tejido denso de fábula, de leyenda y de historia, que vive y se anima en un orden de realidad que escapa completamente al imperio del número, porque pertenece al puro dominio de la sensibilidad. Lo que existe en él, es a la vez signo del presente y símbolo del pasado: fronteras movilizadas, intercambiables, que en el incesante devenir de la historia se funden entre sí como la forma en la materia y la materia en la forma.

Todo ello crea en el ánimo del viajero ávido de conocer y de sentir Marruecos, un desconcierto en la unidad de la emoción, como un estado de rotación mental,

una especie de dispersión en la contradicción entre el progreso real—índice de los nuevos tiempos—testimonio viviente «ordre, calme et volupté», y esa masa imalpable de sueño, de reveries de historia y de leyenda que ronda por ciudades, sitios y parajes, bajo una apariencia de hábitos y modos de vida que solemos llamar pintorescos y exóticos, simplemente, porque son diferentes de los nuestros.

Cuando Marruecos se nos aparece con tu fisonomía aparente y superficial de tierra pintoresca, en su humanidad concreta de carne y hueso que se recata

bajo vistosas y ampulosas vestimentas que no dejan marcar o insinuar nunca—ni por descuido—la línea viva de la forma corporal, pudiera pensarse que un pudor excesivo adquirido a través de generaciones o de una desconfianza ya congénita, acaso de origen religioso, los lleva a condenar como a un pecado hasta la más inocente y natural exhibición del cuerpo. No revela esto una cierta correspondencia con sus interiores inviolables, disimulados tras espesos muros y con el recato hermético de sus vidas?

Este pueblo que defiende así, impecable,



Una escena de las calles de Fez (capital del imperio jefiliano)

caci por instinto, su intimidad y abandono, encastillado en sus islas y meandros, es, sin embargo, capaz de delicados sentimientos de hospitalidad y de costumbres sencillas y patriarcales.

Yo conservo, como un recuerdo aparte, lejos de todo arabesco mental, un cuadro de la vida musulmana, emocionante en su simplicidad.

Sobre la ciudad de Fez brillaba un sol todavía intenso, pero ya vencido por el atardecer. Mientras el cielo se hacía más azul, la luz maduraba en oro antiguo. Lo que era agua blanca en el mediodía era entonces llama ondulante y dorada. Los minaretes destacaban sus perfiles heuidos de luz en la atmósfera limpia y en el aire parecía resonar, de cuando en cuando, el eco apagado de voces lejanas... El azar de nuestra peregrinación nos llevó fuera de las murallas de la ciudad, frente al campo polvoroso, árido, seco: erial pedregoso donde irrumpía a trechos algún arganier sombrío, erizado de espinas, o el festón irregular de los nopales: limpia estampa recortada en la diáfana del horizonte.

Cerca del tibio sopor de aquellas murallas tostadas por tantos siglos de sol, estaba formado un nutrido coro de musulmanes de terroso conjunto, alguno de cuyos rostros reflejaban una fiera dignidad, y con entretenida atención seguían en el redondel las peripetias que unos cómicos montaraces improvisaban a su guisa, animada por intercalados comentarios y, de cuando en cuando, por gritos y saltos y huidas repentinas.

En aquella escena, de un acre sabor de humanidad primitiva, se representaba un episodio de caza tragi-cómico. Bajo el influjo de la extraña fuerza expresiva de los actores, sus bruscos cambios de emoción, sus gestos singulares, se sentía como si pasara un fugaz escalofrío del hombre y sus misterios.

Este teatro en pañales—o más bien sin pañales siquiera—desnudo, reducido al solo poder del hombre solo, plantea ya por sí mismo la tragedia de la fe en el hombre y de su solitaria condición de Prometeo...

No lejos de aquel lugar, bajo la penumbra manchada de cielos de un emparrado de higueras, como figuras que vinieran del fondo de las edades atropellando siglos un rapsoda de ojos brillantes y tez amarilla mate, mantenía suspensa de su palabra la atención de un numeroso auditorio sentado por tierra, tal como el domador y sus serpientes. Iba y venía en medio del círculo humano que lo encerraba, acordando el ritmo de su paso a su relato, rematando sus pausas con golpes acompasados de la mano derecha sobre un tamboril que sostenía con la izquierda. Su voz, que adquiría tonalida-

Y mientras decía esto me acordé en cada cepillo unas monedas que ocultaba en su mano.

—¿Honorina? —le dije en voz baja, acercándome a ella para acompañarla, como la galantería italiana consistente.

—Honorina Fabricius —respondió alegremente cuando llegamos al atrio—, y para recomendarle mejor al tierno y conmovedor interés que pone usted en todas las damas, la prometida de su amigo José Solbioski. Le dejo a usted que adivine las ocupaciones que le retienen esta mañana en los alrededores de Codroipo, pero le espera mañana por la mañana en los barcos del Tagliamento, un ahora antes del día, y este signo singular que él me ha encargado que le entregue no le permitirá a usted ninguna duda, según José, sobre la autoridad de mi misión. ¡Prométalo, pues, y no me siga!

El signo era el fragmento de la astilla mística que Mario había roto en la «vendita»; estaba atado, como la carta de Diana, con una cinta carmesí de la insignia de su góndola.

Prometí mi exactitud con una inclinación de cabeza.

Y mientras decía esto me acordé en cada cepillo unas monedas que ocultaba en su mano.

—¿Honorina? —le dije en voz baja, acercándome a ella para acompañarla, como la galantería italiana consistente.

—Honorina Fabricius —respondió alegremente cuando llegamos al atrio—, y para recomendarle mejor al tierno y conmovedor interés que pone usted en todas las damas, la prometida de su amigo José Solbioski. Le dejo a usted que adivine las ocupaciones que le retienen esta mañana en los alrededores de Codroipo, pero le espera mañana por la mañana en los barcos del Tagliamento, un ahora antes del día, y este signo singular que él me ha encargado que le entregue no le permitirá a usted ninguna duda, según José, sobre la autoridad de mi misión. ¡Prométalo, pues, y no me siga!

El signo era el fragmento de la astilla mística que Mario había roto en la «vendita»; estaba atado, como la carta de Diana, con una cinta carmesí de la insignia de su góndola.

Prometí mi exactitud con una inclinación de cabeza.



nuestra separación a insultantes precauciones de celoso, aunque me hayas dado motivo para serlo. Dentro de pocos días mi Honorina recibirá de tí un beso de hermano, y la movilidad de tu corazón me promete que olvidarás pronto a un amor nacido bajo el antifaz.

Yo quise justificarme, y él me abraza de nuevo riendo.

—Escucha algunas explicaciones más interesantes —prosiguió—. Comienzo por pedirte perdón de que no te haya abierto toda mi alma en nuestras conversaciones. Entregado por la desgracia de mi vida a estas ideas que han estado a punto de perder irremediablemente la tuya, yo veía con placer cómo te distraías y te alejabas de ellas con unos estudios deliciosos, para los que estás llamado por los recuerdos de tu educación y por las inclinaciones de tu carácter. No obstante, mi padre supo por Mario que te ligaba a él un juramento; lo supo en una ocasión solamente; la víspera del trágico accidente que arrebató a la libertad su esposa de Italia. Esta última desgracia nos hubiera alejado más que nunca de la idea de arrastrarte con nosotros con nuestros trabajos y nuestros peligros, si algunas palabras que Mario dejó escapar no nos indujesen a creer que la «Torre Maladetta» oculta algunos secretos que sólo tú conoces. Las señas que él te enviaba, esa astilla rota, esa cinta, esos colores, todo eso es un misterio que nos está vedado si tú no nos lo descubres, y que quizá comprometería la vida de muchos de nuestros hermanos si en las investigaciones a que vamos a entregarnos estuviéramos iluminados por la casualidad únicamente. Por esto el doctor Fabricius se ha decidido a tomar posesión del viejo castillo de los Cinci, donde tú no residirás, en el caso de que no quieras seguirme, más que el tiempo preciso para dirigirnos.

—Te seguiré al infierno si hace falta —respondí—; pero ese misterio es tan impenetrable para mí como para tí. Mario se lo ha llevado a la tumba. Sólo me queda, como a tí, el adivinarlo. Antes te contaré todo lo que sé.

Y le expliqué cuanto yo conocía. —Ya había oído hablar de esto —dijo Solbioski después de meditar un momento—. ¡Una mujer raptada! Desde hace diez años no se ha raptado ninguna mujer en Venecia que no hayan ido a buscarla a la «Torre Maladetta», y siempre sin resultado. Mario pagaba este tributo a su novelesca, y yo creo que un poco fantástica reputación. Allí han buscado a Diana y no estaba, y han aprovechado la ocasión para registrar los rincones más escondidos de esta mansión, tan justificadamente sospechosa para nuestros enemigos. Ya no hay duda sobre esta triste historia. La misma conmemoración de los colores de Diana en el último mensaje de Mario no prueba nada. Eso no es sino un toque más de atención a tu memoria. La señorita de Marsán pereció, en efecto, el día de su partida de Venecia, después de haber escrito el billete que recibiste en Trieste, y estoy seguro que su padre tenía de ello tristes pruebas, pues sólo la sobrevivió unos días.

—¿Su padre también? —exclamé—. ¿El padre de Diana también? ¿El señor de Marsán ha muerto?

—Pero, ¿qué haces? —prosiguió Solbioski, pasando su brazo por mi cintura—. Todo cuanto vive debe morir, y los ancianos antes que nosotros, si no engañamos al tiempo con una muerte generosa. Vuelve a Codroipo, hermano mío, o ven conmigo a la «Torre Maladetta», y cree que seríamos muy desgraciados si esta noche guardara aún algún secreto para nosotros. Acaso haya algunos de los que dependen la suerte de nuestros amigos y la del género humano.

Yo le respondí lanzándome hacia la barca, pues charlando habíamos llegado a la playa movediza y pendiente,

te, que blanqueaba a las primeras luces del alba.

—¡Valor! —exclamó el batelero—. Esta noche el paso será duro, y monseñor Mario no hubiera muerto si él lo hubiera hecho, como estos nobles señores, antes de la hora en que el sol calienta y funde los témpanos. ¡Ah, qué peligrosa es esta estación para el pobre viajero! Pero le tenía sin cuidado a él, que se hubiera pegado con el diablo si el diablo se hubiese atrevido a hacerle frente en la tierra. Pero el diablo se la guardaba; le esperaba en el lazo en que lo ha cogido, para descachar de los pobres de la comarca. ¡Miren, miren cómo se da ya la corriente! Esos grandes borbotones son un mal



presagio para la noche. ¡Adelante, batelero, adelante!

Y se puso a cantar. En efecto; las olas comenzaban a enroscarse en el reme en copos espumosos. Las nubes se aclaraban más y más, y cuando salimos de la corriente, para entrar en las aguas muertas, el sol caía alegremente sobre su superficie, jaspeándola enfrente de nosotros de anchos rumbos de un verde oscuro, encuadrados por filetes de un amarillo de oro. Algunos pájaros marinos, que suben hasta allí en la época de las grandes lluvias, rozaban con sus alas, y el desembarcadero aparecía triste, severo, profundo, bajo la luz horizontal que iba ganando gradualmente la orilla. Solbioski, rendido por las vigias, se había adormecido junto a mí, y yo gozaba de este espectáculo, cuando un nuevo incidente lo cambió. La barca volvió súbitamente su proa hacia un punto que yo no había visto aún. Por este lado

el horizonte se cerraba con una inmensa roca en forma de cubo, en cuya cima se levantaba una torre elevadísima, pero cuya parte superior se inclinaba ruinosamente como la cabeza de un gigante herido de muerte. Las vastas murallas que en otros tiempos la sostuvieron, desgastadas hoy por el tiempo, por el rayo y el cañón, sólo por algunas piedras se soldaban a sus desiguales hombros, y se extendían a uno y otro lado como dos brazos fatigados que dejaban reposar sus anchas manos en los ángulos de la montaña. Lo que más me sorprendió fué ver un balcón redondeado, único vestigio de su plataforma, suspendido sobre el abismo, y que parecía haber sido adaptado a este lugar de espanto en días de paz y de alegría. Estaba entonces lo suficientemente cerca para distinguir todos estos detalles y para comprender que en las crecidas del Tagliamento estas construcciones y su base debían quedar aisladas del mundo entero.

Desembarcamos en aquel momento, y no teníamos que andar más de veinte toesas para llegar a los primeros escalones tallados en la roca que conducía al castillo. El batelero se dio bruscamente a la vela en cuanto nos dejó el suelo se componía de enormes gujarros, ovalados o redondos que se ennegrecían desde hacía muchos siglos bajo la acción alternativa del aire y del agua, pero de los cuales un gran número se distinguía por las manchas oscuras de los líquenes color de sangre. El pie se posaba con trabajo, pues no había camino señalado y el temor de las invasiones, algunas veces súbitas, del Tagliamento en este largo desfiladero entre el río y la montaña aleja a los campesinos ribereños quizá menos que sus antiguas y terribles supersticiones. El criado de Solbioski, cargado con nuestro ligero equipaje, andaba con gran miedo. «Puck» no me precedía como de costumbre. Me seguía y aullaba.

El silencio de Solbioski me hizo pensar que no se había librado aún del sueño de la mañana, que acababa de

dominarle sin duda después de muchos días de fatigas y emociones.

—¿Adónde vamos, amigo mío. —le dije tomándole por el brazo para asegurar mutuamente nuestra marcha.

—¿Me lo preguntas tú? —dijo volviendo hacia mí su abatida mirada, pues no había tardado en compartir mi impresión—. ¡Vamos a la «Torre Maladetta», y la «Torre Maladetta» está ahí!

Continúa en la página 11

ESTA exposición es la mejor que ha presentado hasta ahora la Smithsonian Institution.

Tal fué la impresión que el director del Museo de Washington expresó a un reporter de un periódico de la capital federal, el día de la apertura de la exposición de Arte Precolombino, presentada por los doctores Ernesto Franco y Rafael Requena, y celebrada bajo los auspicios de los embajadores de Ecuador y Perú y del ministro de Venezuela.

Las obras de arte presentadas en la exposición proceden de esos mismos países y son de la pertenencia de los mencionados doctores, Requena y Franco. Este, en una conferencia pronunciada en los salones de la Unión Panamericana de Washington, explicó los propósitos de los expositores del siguiente modo:

«Tuvimos tres motivos principales para realizar la exposición: Primero, hacer conocer mejor nuestras culturas prehistóricas y la inmensa herencia artística que poseemos los habitantes de las tres Américas. Segundo, demostrar las aplicaciones que podemos derivar de dichas civilizaciones en beneficio de las artes e industrias modernas. Y tercero, conseguidos los anteriores objetivos, lograr que ellos sirvan de base para una unión más estrecha entre los americanos. Los pueblos, como los individuos, para unirse necesitan conocerse.

Existen varias teorías que tratan de explicar el origen y movimiento de las civilizaciones prehistóricas americanas, y todos los arqueólogos e investigadores es-

LAS ESCULTURAS EXCAVADAS EN ESMERALDA, ECUADOR, REPRESENTAN EL PINACULO DEL ARTE PRECOLOMBINO AMERICANO. ¿FUERON ESAS ESCULTURAS, QUE SE PUEDEN CALIFICAR DE PERFECTAS, CREADAS EN AMERICA O TRAJIDAS DEL VIEJO MUNDO? LA ARQUEOLOGIA, CLAVE DE LA SELVA ENMARAÑADA DEL PASADO DE LA HUMANIDAD. LA ATLANTIDA, VINCULADA AL ARTE AUTOCTONO DEL NUEVO MUNDO. "LA MEJOR EXPOSICION QUE HA PRESENTADO HASTA AHORA LA SMITHSONIAN INSTITUTION"—DICE LA CRITICA.

tán acordes en que, desde su iniciación, en las diversas etapas de los periodos neolítico y arcaico, y en su mayor desarrollo, existieron grandes analogías en las civilizaciones americanas, a tal punto que muchos sabios opinan que todas las culturas avanzadas de América fueron, más o menos, derivaciones de la gran civilización maya. De cualquier modo se puede afirmar que, a pesar de la enorme dificultad de las comunicaciones, existió desde los primeros tiempos una especie de unión espiritual entre todos los pueblos del continente. Todas las civilizaciones americanas del norte y del sur, siguieron el mismo ritmo histórico.

Tanto los artículos ecuatorianos como los peruanos de la exposición, proceden de lo que en arqueología se conoce con el nombre de «región andina», que se extiende a lo largo del Pacífico, desde la parte sur de Colombia hasta la central de Chile, incluyendo parte de Bolivia y el noroeste de la Argentina. La más avanzada de las culturas de esa región fué la que el doctor Franco denomina «Protoesmeraldeña» o primera de Esmeraldas. Cronológicamente la siguen la Protonazca, o Nazca primera, en la costa sur, y la Protochimú, o Chimú primera, en la costa norte del Perú. Esas tres civilizaciones fueron, aproximadamente, coetáneas de la del antiguo imperio de los Mayas.

Los objetos del Ecuador proceden casi en su totalidad de la provincia de Esmeralda, situada en el norte de la costa ecuatoriana y pertenecen al doctor Franco, quien estima que representan un periodo cultural de más de mil doscientos años, que comienza más de doscientos años antes de Jesucristo. Algunas de las esculturas son de gran belleza y han sido comparadas por Philip Ainsworth Means; con las más bellas Tanagras. El sabio doctor Max Uhle cree que esas esculturas «representan el pináculo del arte precolombino americano, mientras que el norteamericano doctor Herbert J. Spinden califica dicha colección como «la clave de la historia antigua de América». Una magnífica cabeza correspondiente a esta colección ilustra el presente artículo.

Entre los objetos procedentes del Perú figuran magníficas cerámicas pertenecientes a los tres periodos de culturas Chimú, caracterizadas, especialmente la Protochimú, por un realismo brillante que llega a tal grado que se ha dicho que los primitivos chimús dejaron su historia escrita en pinturas, cántaros, jarrones y otros objetos esculpidos.



que encontró, aunque muestran ciertas analogías con los de otras culturas americanas, tienen ciertas características que los distinguen hasta de los de las culturas Chincha y Marajó, encontrados en las regiones vecinas de Colombia y Brasil. El doctor Requena cree que existen relaciones entre las remotas civilizaciones venezolanas por él descubiertas, y la de Egipto, tan conocida de todos. Estima también que sus hallazgos son vestigios de la Atlántida y publicó un interesante libro con ese título, cuya versión inglesa verá pronto la luz.

En el mencionado volumen el doctor Requena pretende que ese lugar del norte de Venezuela donde él nació y obtuvo sus tesoros, perteneció en época remota, a la perdida Atlántida, el continente maravilloso y legendario que tanto ha estimulado la fantasía de escritores y artistas. Según él, los habitantes de la Atlántida desarrollaron en América sus civilizaciones, que después llevaron a otros continentes.

La pieza más bella y valiosa de la colección venezolana del doctor Requena es un ídolo de oro, con mezcla de otros metales, que tiene la figura de un hombre en pie con la cabeza exuberantemente adornada. Representa al dios Guará de los indios guajiros, que viven al oeste de Venezuela. Solo otros dos ejemplares

de esa clase se conocen en el mundo, uno de los cuales está en posesión del jefe de la tribu y el otro en un museo de Berlín.

Lella Mechin, crítica de arte de Washington, escribió el siguiente juicio acerca de la exposición:

«No hay elogios suficientes para la exposición de Arte Precolombino que actualmente se celebra en el Museo Nacional (una fotografía de la exposición acompaña también este trabajo) bajo los auspicios de los embajadores de Ecuador y el Perú, y del ministro de Venezuela. Es una exhibición de gran interés y alta calidad, que será muy apreciada por los amantes del arte y por los estudiantes de historia. Los objetos exhibidos son tan extraordinarios en cuanto a su tiempo y carácter, que maravillan al espectador y le abren perspectivas hasta ahora no soñadas. Esto sucede, particularmente, con los retratos esculpidos y modelados del Ecuador, que llenan dos grandes vitrinas al final del gran salón».

«En medio de todo el interesante material presentado, hay una gema, una verdadera joya de arte, un pedazo de una cara—frente, ojos, nariz y parte del labio superior—un fragmento que cabe en la palma de la mano, tan magníficamente labrado, que instantáneamente evidencia ser la obra de un gran maestro.

Tal pedazo de escultura pudo haber sido creado por la mano de uno de los más grandes maestros antiguos de la Edad de Oro, tal es su perfección. Hay ojos en sus huecos que parecen ver, un pequeño fragmento palpita lleno de vida y tiene lo que en arte llamamos «ambiente». Indudablemente, el escultor volvió los ojos a la principal y perenne fuente de arte a través de todas las épocas, para su inspiración; la naturaleza, y rindió su impresión con profunda al par que contenida emoción. ¿Es ese trabajo realmente la obra de un escultor prehistórico esmeraldeño? ¿Ungió el genio de ese modo a sus elegidos en aquella época tan lejana? ¿O es ese el eslabón que une a dos continentes? ¿Fue la escultura pasada de este a oeste o viceversas? En su libro «Vestigios de la Atlántida», el doctor Requena nos ilumina la senda, para que cada uno lleguemos a nuestra propia conclusión.

Fotografía: E. H. TOTO. Parecen: la señora viuda de

EL LOCO CARRIL

POR FONTAINE FOX

EL INVENTOR



Llego la Primavera

por Ernie Rydberg

AQUELLO no era, no podía ser la primavera. Aunque lo dijera el calendario y lo proclamara a gritos la embalsamada brisa; a pesar de los árboles y las flores; por más que cantaran los alegres pajarillos. Alicia Goodlow no lo creía, de ningún modo.

En aquel instante iba en su automóvil, a la velocidad máxima, atravesando el Desierto del Mojave en dirección a la ciudad de Yuma. Las rosas de Pasadena y los naranjos en flor de Beaumont y de Pomona no le importaban. En la soledad de su vida, no había posibles primaveras. Allí en el compartimiento de los equipajes, podía ver, reflejados en el espejo del parabrisas, los bultos simbólicos de su fracaso: una valija que tenía las iniciales de ella: “A. E. G.” y otra que tenía las de su esposo: “T. O. G.”

¡Bona situación aquella! En los momentos en que ella viajaba sola, su marido el actor Tommy Goodlow estaría haciéndole el amor a una estrella de cine en el Escenario Sonoro Número 5. Alicia oprimió aun más el acelerador para que el auto volara y se tragara aprisa las distancias.

Llevaba seis meses de casada con Tommy, y ambos se habían pasado la mayor parte de ese tiempo proyectando lunas de miel y viajes de novio, que luego tenían que ser pospuestos debido a las obligaciones del actor en Hollywood. La tragedia comenzó la primera noche, la misma noche de la boda. Ella se estaba peinando el cabello frente a la coqueta y sacándose los granos de arroz de la despedida que le dieron sus amistades, cuando llegó un telegrama para Tommy:

“TELEFONEAME INMEDIATAMENTE. SKEE.”

Alicia acompañó a su marido a la estación, donde se encontraron con el manager de Tommy, llamado Skee. Este dijo que les rogaba pospusieran el viaje por dos semanas, para filmar de nuevo unas escenas de la última cinta de Tommy. Goodlow rechazó, indignado, la propuesta. Pero Skee insistió con la muchacha. Las nuevas escenas, dijo, eran algo formidable, que harían más célebre de lo que era al joven actor. El, Skee, les regalaría un viaje alrededor del mundo si lo complacían. Después de todo, dos semanas, qué más dá?

Skee tenía una técnica maravillosa para persuadir a Tommy y Alicia de muchísimas cosas que iban contra los sagrados intereses de la felicidad matrimonial. Esta demora, por ejemplo. Bastaba que tomaran un vapor para irse a alguna isla lejana a gozar de dos o tres semanas de vida, horas dedicadas a verse sus caras y hablarse sin premuras, como debe hacerlo toda pareja de recién casados, para que el dichoso argumento de los intereses profesionales viniera a interrumpir el proyectado idilio.

Con gente como Skee no se podía aspirar a que el amor subsistiera en este mundo. Era el tipo perfecto del hombre emprendedor y del empresario celoso, que no pierde de vista los cabos de una situación y generalmente le saca el mayor partido a las oportunidades que se le presentan. Aun como amigo se le podían reconocer ciertos atributos estimables. Pero lo que es en el terreno de la belleza, de la emoción, de todas esas grandes mentiras de que se compone el ideal de la dicha humana, este señor Skee era un perfecto indiferente.

A pesar de ello, y aun viéndose con entera claridad que el ardid continuaría hasta la eternidad si alguien no le ponía coto, Tommy empezó a flagalear ante los ruegos de su manager. A los diez minutos de conversación, la plaza capituló de la manera más inesperada.

Alicia lo convenció. Pasarían las dos semanas divirtiéndose. Irian a bailar al Coconut Grove hasta el amanecer. Darían un paseo en autobús por el Bulevar Wilshire...

Ahora recordaba que aquella noche había olvidado la pulsera en el hotel y Tommy se la había ido a buscar. Después, la olvidó en el autobús. El le había confesado, horas más tarde, que se había casado con ella para evitar que se le olvidaran las cosas, y del bolsillo sacó un compacto de colorete, un guante y la infeliz pulsera, y se lo entregó...

TERMINADAS las escenas de la película, abordaron el vapor Tatsura Maru para el Hawaii. Tres horas de travesía y llegó un aerograma para Tommy:

“URGENTEMENTE DESEMBARQUE EN SAN FRANCISCO. LOS ESTUDIOS EMPIRE EXIGEN SUS SERVICIOS A CAMBIO DE LOS DE SAMMY LANE. SKEE.”

¡Otra vez Skee! El viaje de novios al oriente terminó en un paseo y una cena en el barrio chino de San Francisco. Juraron que el próximo viaje lo harían en secreto y Skee les prometió que Tommy estaría libre dentro de seis semanas más. Como de costumbre, Alicia olvidó en el camarote del Tatsura Maru tres camisas de dormir y las pijamas de su marido.

Transcurrieron los días, y Alicia trataba de consolarse pensando en las encantadoras horas de amor que le esperaban tan pronto su idolatrado Tommy terminara la película que estaba filmando. Se entretenía en ciertas faenas triviales o se iba a pasear en automóvil por el campo, como si deseara de todo corazón vivir de anticipaciones los momentos que el destino le tenía reservados.

Entre el fastidio de la espera y la ilusión de los besos y del éxtasis, la hermosa sentía a manera de un goce mezclado de martirio, una divina sensación de tristeza y de alegría a la vez. Posiblemente, lo sucedido aumentaba más sus ansiedades y las de Tommy. En cuestión de días, y después de horas, los dos estarían libres y juntos de nuevo, en la gloriosa esclavitud de su dicha.

Al cabo de las seis semanas, Alicia le telegrafió a su marido en el estudio para convenir la hora en que debía ir por él. Eran las doce del día.

—¡Hola, Tommy! Voy por tí dentro de diez minutos. Supongo estarás listo.

—¡Oh, querida! El plan era salir a medio día. ¿no es eso?

—Eso presumía yo!

—Bien, Alicia, no vayas a creer que estoy tratando de...

—Ya comprendo, Skee otra vez...

—No, hija, es que dice que hasta las cinco en punto nos terminamos!

—¡Bah, no comprendo nada ni quiero comprenderlo! A las cinco, el tal Skee te mandará a la isla de Pitcairn o a la lejana Alaska. Adios.

Cinco minutos más tarde, sonó el teléfono.

—¡Oye Alicia, por Dios! Te prometo que a las cinco...

—¡No!

—Entonces, oye. A las seis sale un avión para Yuma. Sigue en tu automó-



Aspiraba el perfume de las flores, como una niña, y oía cantar los pajarillos...

puerto estaba desierto y efectivamente no era época de mucho tráfico en los aviones, como lo demostraba el hecho de que en el avión próximo a llegar solamente figuraba como pasajero Tommy Goodlow. El y el piloto solamente podían aspirar a una recepción modesta, como la que les preparaba Alicia.

Faltaba poco para las ocho. Salió afuera y se puso a contemplar el cielo. ¡Nada! A las ocho y cinco, nada...

A los quince minutos se estaba mordiendo las uñas; a las 8 y 20 minutos, estaba rabiosa; a las 8 y media su corazón deshecho, rompió a llorar...

Se puso en carácter y se dirigió a su auto. Mientras tanto, las cosas sucedían como era de esperarse. A las 4 de la tarde en el estudio cinematográfico, el director Joe Meeks le dijo a Tommy Goodlow que iban a filmar la última escena. Poco después, se marchaba al hotel, se bañaba y se vestía, tomaba su auto de alquiler y se dirigía al aeropuerto. A las seis en punto, el avión partía para Yuma.

Tommy descansó durante el vuelo, soñando con los gloriosos días que iba a pasar con su mujercita, lejos de Hollywood. Grande fué su alegría al ver la luna arrojando las aguas del Río Colorado, y muy cerca las luces encendidas como en fila, signo positivo de que estaban por llegar. Se levantó de su asiento y le preguntó al piloto:

—¿Hemos ahorrado unos diez minutos?

—¡Así lo creo!

—Entonces llegaremos a las ocho menos cinco.

El piloto lo miró, extrañado.

—¿Dirá usted a las 9 menos cinco.

—¿Cómo así? ¡Alicia me espera a las ocho!

—La hora cambia en la montaña, amigo. Sesenta minutos de adelanto necesita su reloj.

Tommy se desplomó en su asiento. Había fallado otra vez. Y ahora no podía echarle la culpa a su manager Skee.

Al aterrizar el aeroplano, la caseta de los pasajeros estaba desierta. Tommy salió corriendo, como loco. Llegó a la caseta y vió un reloj que indicaba las 9 menos cinco minutos. Debajo del reloj había una banqueta y sentada en mente, la bella Alicia Goodlow.

—¡Alicia!

—¡Tommy! —exclamó ella lanzándose en sus brazos.

—¡Querida, no podré pedirte perdones suficientes por haberte hecho esperar esta terrible hora! Olvidé que el reloj había una banqueta y sentada allí, la bella Alicia Goodlow.

La besaba y la apretaba contra su pecho.

—¡Pero no te apures, nenita! Siempre me ocuparé de recoger las cosas que tu olvides en todas partes, sin decir una palabra. Después de todo, te acordaste de lo más importante, que era nuestra cita aquí.

Alicia sonreía entre sus lágrimas y lo besaba rebosante de contento. Estaba muy feliz. La luna era más hermosa que nunca. Aspiraba el perfume de las flores, como una niña, y le parecía oír los pajarillos. Había llegado la verdadera primavera, la única primavera que se vive, que es la del amor...

Y entre lágrimas y besos le confesó a Tommy que no se había marchado a las ocho y cinco minutos porque no recordaba dónde había dejado las llaves de su automóvil...

HACE FALTA ENERGIA PARA LANZAR LA BOLA

Mamá, el desayuno que Ud. da a su niño puede afectar su presteza y vigor.

Para proveerle de energía vital y proteger sus fuerzas, sírvale Kellogg's Corn Flakes.

Estas hojuelas de maíz color de oro vienen ya cocidas... siempre frescas y crujientes en el bolso CERRADO a prueba de humedad. Un desayuno ideal para toda la fa-

milia. Diez porciones en cada paquete. Sírvalas con leche y azúcar.

REQUIERE MAS LECHE

Las madres modernas saben que todo niño requiere un litro de leche diariamente. Para estar segura de que su niño toma su cuota completa, sírvale Corn Flakes con leche por lo menos una vez al día. Pida Kellogg's hoy en la tienda de comestibles.



EL PREFERIDO DE TODA MADRE MODERNA

MEDICOS PARA LA OPERA

Par Max de Abad

Nueva York.

La escasez de grandes cantantes en el mundo se debe a una de dos cosas: a que las gargantas privilegiadas no abundan, o a que los sistemas que se emplean para cultivarlas y desarrollar una voz como la de Caruso o Margarita Matzenauer, no llenan todos los requisitos que exigen el arte y la fisiología.

¿Existe una razón física para que los tenores sean varones y las sopranos hembras? ¿Deben los hombres que poseen voz de bajo ser siempre tipos gordos y de estatura gigantesca? ¿Acaso existe relación directa alguna entre el aspecto físico de las personas y la modulación de las gargantas? Estas y otras preguntas igualmente interesantes acaban de ser contestadas, no por un profesor de canto, como imaginaría el lector, sino por un médico eminente, el rinolaringólogo Robert F. Ridpath, profesor de la Universidad de Temple, miembro del Colegio de Cirujanos y de la Asociación de Laringología de los Estados Unidos, y uno de los más notables especialistas del mundo en patología de la nariz y la garganta.

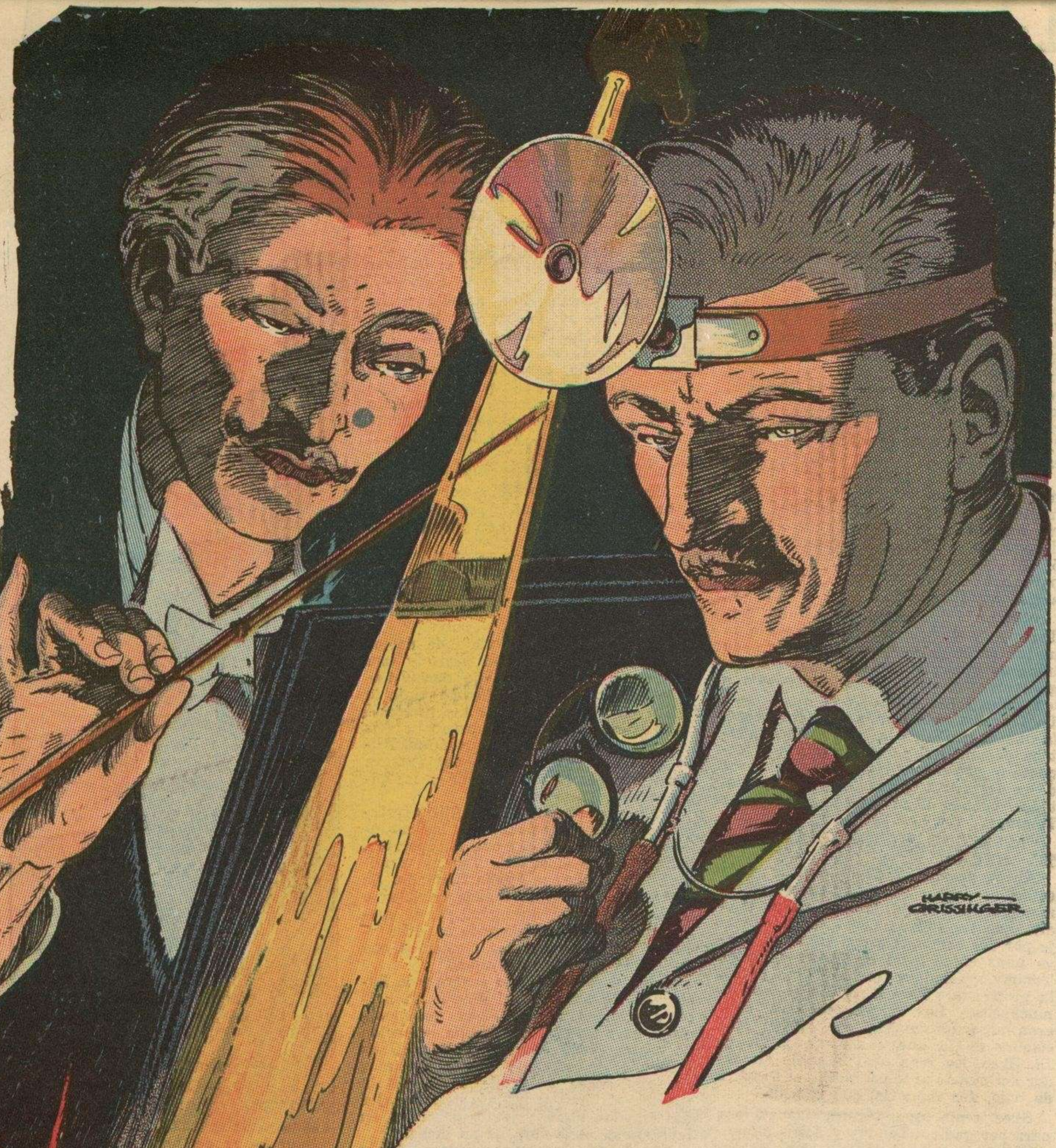
El Dr. Ridpath lleva treinta y cinco años en la práctica de la medicina, y al cumplir la edad de sesenta y un años ha llegado al convencimiento de que la cosecha de buenos cantantes podría aumentarse considerablemente si el profesor de canto se pusiera de acuerdo y colaborara con los médicos peritos en cuestiones de la garganta. Al mismo tiempo, Ridpath le llama la atención a sus colegas en la medicina sobre la responsabilidad que tienen contraída con aquellos pacientes que acuden a ellos en busca de consejos sabios para perfeccionar la voz.

Al cabo de largos años dedicado a la enseñanza de la mecánica rinolaringea, dice el connotado médico— me he dado cuenta de que todos tenemos la culpa de los fracasos de los artistas, debido a nuestra falta de colaboración científica. Hay muy pocos laringólogos que poseen conocimientos sobre el arte del canto, y menos profesores de canto que poseen conocimientos, aún superficiales, de anatomía, fisiología, o del fenómeno de la voz.

Si el profesor y el médico trabajan en estrecha colaboración, podría evitarse un gran número de fracasos artísticos. Cada falla de la voz tiene su explicación anatómica, fisiológica y acústica. Con la ayuda del laringólogo sería posible establecer un diagnóstico adecuado antes de orientar la educación del artista. El profesor puede descubrir una deficiencia por medio de la voz y el médico puede concretar sus causas por medio del examen anatómico y fisiológico.

EN opinión del doctor Ridpath, no basta practicarle al aspirante un examen exclusivo de la garganta, sino que hay que estudiarle por completo la parte superior del sistema respiratorio, y analizar el historial físico de la persona a fin de determinar los orígenes de cualquier trastorno que sufra la voz.

Forma parte de este historial, la vida y psicología del individuo. El médico está en el deber de investigar si el cantante es una persona fatigada, si tiene preocupaciones o temores, si padece sufrimientos morales o está abrumado por las dificultades que de ordinario se originan en el seno de las familias. Estos datos son importantes si se estima que cuando una persona está enfadada, el tono de la voz es más alto, y cuando sufre de histeria puede perder por completo las



El médico especialista en rinolaringología— opina el Dr. Ridpath— puede colaborar con el profesor de canto para desarrollar nuevos Carusos y Gayarres, Melbas y Maritzas.

facultades de expresión de las cuerdas vocales.

“A los profesores de canto— apunta Ridpath— les conviene, por su prestigio, que los discípulos que enseñan logren salir triunfantes en su arte. Por consiguiente, cuanto más sepan acerca de las condiciones físicas del pupilo, más eficaces serán en la aplicación de sus métodos de enseñanza.

“El timbre de la voz de los adultos depende del tamaño, la forma y el largo de las cuerdas vocales, y éstas a su vez dependen de la edad del individuo. Las personas de la voz de tenor entran en el período de la madurez más rápidamente que las otras. La laringe, que tiene un carácter infantil hasta la época de la pubertad, empieza a crecer en esta época al paso que los sectores anatómicos disminuyen de tamaño y las cuerdas vocales se acortan. Igual fenómeno tiene lugar en las mujeres; mientras más rápidamente maduran, más cortas son sus cuerdas vocales y más alto el tono de su voz.

“Las clasificaciones de coloratura, soprano lírica y mezzo-soprano, están asimismo determinadas por el desarrollo de la pubertad. El bajo madura más tarde que el tenor. El tenor y la soprano son, por lo común, de estatura pequeña, mientras que el barítono, el bajo y el contralto son personas altas y de estructura física voluminosa.

“Conviene observar— continúa el Dr. Ridpath— que los tenores tienen ciertas características físicas específicas: el cutis nitido y suave, escasez de vellos en el abdomen y el pecho, tendencia a la formación de una pelvis de proporciones femeninas. El bajo, por el contrario, es un tipo grande, con una prominente manzana de Adán, y marcadas características musculinas. El barítono está en un término medio entre el tenor y el bajo, desde el punto de vista físico.

“Es un hecho que la mayoría de los profesores de canto tratan de hacer sopranos de todas las muchachas y tenores de todos los jovencitos, que estudian con ellos. Esto es un error que a la larga ha de resultar perjudicial. Lo sensato sería estudiar la características anatómicas y fisiológicas de los aspirantes, con el objeto de hacerles cultivar el género de voz apropiado y no imponerles un estilo incongruente.

“Por ejemplo, si el sentido del oído de un estudiante es deficiente, a éste le será imposible darse cuenta del tono y los efectos de su propia voz. La lengua y el paladar son dos factores importantes para un cantante, el paladar sobre todo, que es la bóveda acústica de la garganta, donde se recogen todos los sonidos para luego ser emitidos total o parcialmente por la boca.”

RDPATH considera el examen de la laringe esencialísimo para determinar si existen condiciones patológicas en esa región y averiguar, por el largo y la aproximación de las cuerdas vocales, la clase de voz que corresponde a cada anatomía, pues se dan casos de cantantes que intentan en vano alcanzar tonos que realmente no están capacitados para situar en su garganta. Esto conduce a la ruina total de la voz.

El arte de vocalizar requiere, también aprender a respirar, practicando los ejercicios de inhalación y exhalación del aire. Cuando se habla las pausas se hacen a discreción del locutor, pero cuando se canta hay que seguir al pie de la letra la música tal y como la escribió el compositor, obediendo las pausas indicadas en la partitura. Por ello el cantante tiene que saber dominar su respiración, y para dominarla debe mantener sanos y limpios los conductos del sinus y de las cámaras nasales, la laringe y el diafragma.

ROD RIAN

DE LA POLICÍA INTERPLANETARIA

por PAUL H JEPSON



AL ESTALLAR LA BOMBA, EL AVIÓN DE ROD RIAN QUEDA ENVUELTO EN LLAMAS EN EL ESTRATODROMO.



LOS CENTINELAS PERSEGUIEN AL DINAMITERO. ¡ALLÁ VA!



EL PERSEGUIDO HUYE ATRAVESANDO UNO DE LOS PUENTES DE LA CIUDAD.



AL VER QUE LO VAN A PRENDER, EL ESPÍA DECIDE SUICIDARSE. PARA EVITAR QUE LO TORTUREN.



CUANDO VA A LANZARSE DEL PUENTE, LOS CENTINELAS LE DISPARAN VARIOS TIROS.



MIENTRAS TANTO: ¿KARINA, KARINA! ¿DÓNDE ESTÁS? ROD BUSCA A SU NOVIA EN LAS RUINAS DEL AVIÓN.



¡KARINA, VIDA MÍA! LA ENCUENTRA DESMAYADA.



HAN ABIERTO LA PUERTA DEL ARSENAL. LAS LLAMAS CAUSARÁN UNA EXPLOSIÓN PRONTO. EL HUMO LOS TIENE ACORRALADOS.

Con Cafiaspirina cesa cualquier dolor de cabeza

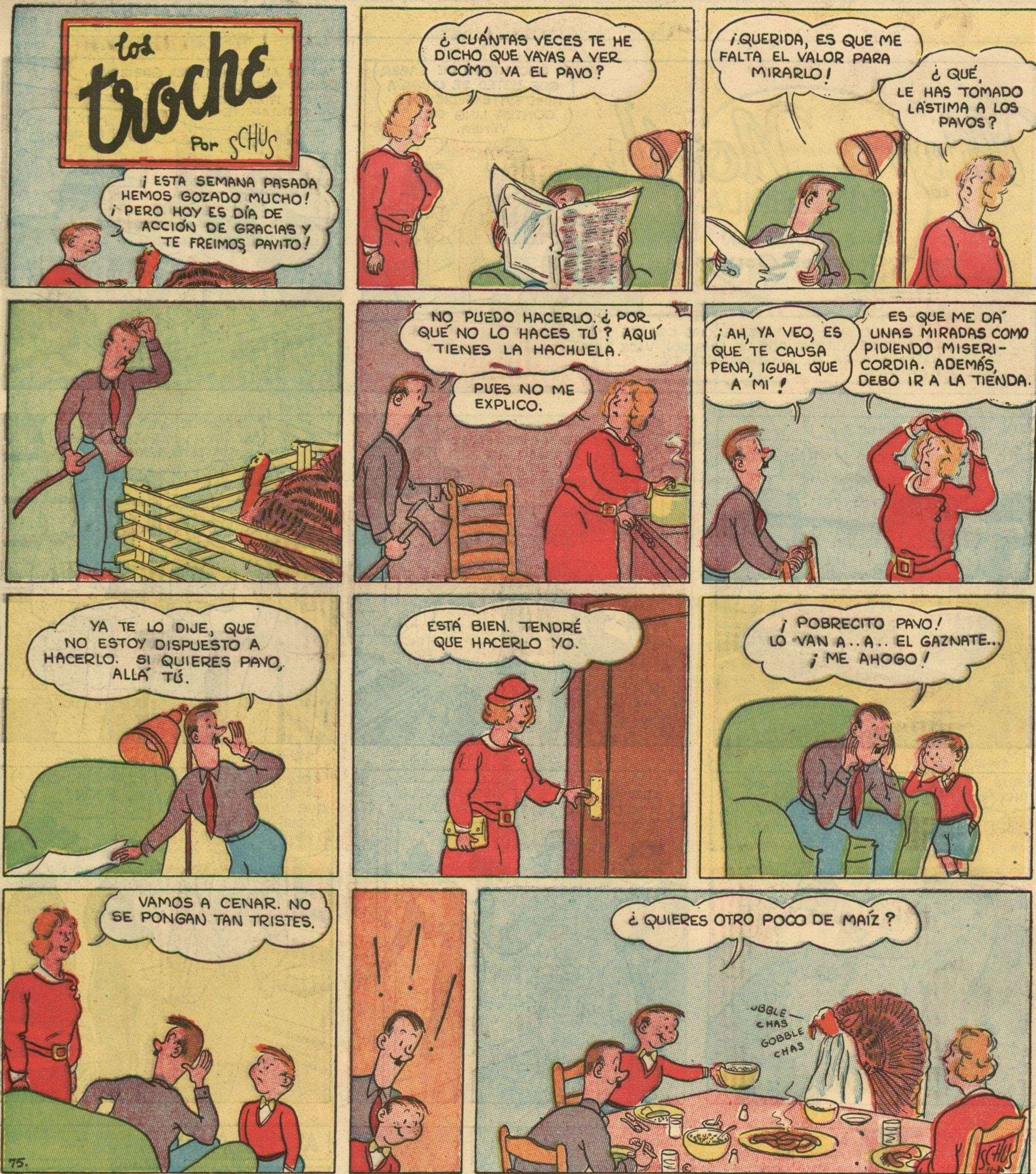
¿Qué sorprendente y qué admirable es la prontitud con que la Cafiaspirina alivia hasta el más terrible dolor de cabeza! Por eso la Cafiaspirina es el producto de confianza contra los dolores.

Pida las tabletas de Cafiaspirina protegidas en papel CELLOPHANE.

CAFIASPIRINA

alivia y reanima

BAYER



Don Lupe

Por Schus



SASTRE

AVISO
DON LUPE
DESEA
SUGERENCIAS
PARA PONERLE
UN NOMBRE
A SU
PERRO.

EL TRIUNVIRATO LANE

por Mario J. Gualda



Esta es Rosemary, la más hermosa de las tres

Edwards, de la Universidad de Illinois. El público confunde frecuentemente a Rosemary y a Lola, que parecen mellizas y hablan casi con el mismo tono de voz, diferenciándose únicamente en el estilo de cantar. Lola posee voz de contralto, Rosemary de soprano lírica, y Priscilla de mezzo-soprano. En la película Hotel Hollywood, Rosemary es una camarera que hace el papel de "doble" de la estrella caprichosa que es Loda Lane.

Lola trata, a la manera de la actriz Louise Rainer, de interpretar sus papeles recordando alguna persona conocida que responda a la caracterización. En una de sus recientes cintas imitó a la muchacha que era su compañera de trabajo en un cabaret. Tiene una amiga periodista que le sirve de patrón para hacer los papeles de repórter que a menudo le confían en el estudio. Es muy popular entre los jóvenes de la colonia de artistas de Hollywood.

En la carrera cinematográfica de esta hermosa mujer ha habido sus altas y bajas. Apenas se casó con Lew Ayres, abandonó la idea de continuar trabajando en el lienzo, pero después se divorció y reanudó las actividades artísticas. Volvió a casarse con All Hall y probó a despedirse del cine. Se divorció de Hall y retornó a los estudios. Total: que perdió tres años en esta incertidumbre.

Las dos hermanas menores no han sido moldeadas al capricho de la mayor, pero respetan los consejos de esta. "No trato de dominarlas— dice Lola— sino que les doy mis opiniones cuando me las piden. Lo que deseo de veras es que aprendan a resolver las cosas por su propio esfuerzo y que no se acostumbren a depender de gente extraña."

Rosemary confiesa ingenuamente que a veces riñe con sus hermanas. Cada una de ellas tiene sus flaquezas, y cuando se las tocan, vienen las reacciones de enfado.

En materia de ropas se diferencian enormemente. A Lola le gustan los vestidos hechos a la medida; a Priscilla, los modelos sports; y a Rosemary, que es la más elegante de las tres, le encantan las ropas supremamente chic. "No me molesta— dice Rosemary— que me hagan probarme los vestidos todo lo que quieran, porque sé que una vez terminados me voy a ver atractiva. Lo malo es que no tengo tiempo para lucir mis ropas, por lindas que sean. Los programas de la radio nada más me toman unas 15 horas a la semana. Hace dos meses que estoy pintando la empalizada de casa y todavía no he acabado esta obra maestra. Me haría falta la ayuda de Pat (Priscilla) en esta tarea, pues no me acostumbro a pintar sin tenerla a mi lado."

Lola posee una residencia particular, mientras que sus dos hermanas han adquirido una casa en Encino, donde viven con su mamá.

Hollywood.

HABLE alguien mal de una de las tres hermanas Lane, y tendrá que vérselas con tres irlandesas de apellido Mullican, más bravas que los revolucionarios de Eamon de Valera y Michael Collins.

Lola, Rosemary y Priscilla, son las tres personalidades de ese famoso triunvirato que amenaza con monopolizar los destinos de la productora Warner. Por ahora, la posición que ocupan en los elencos de la compañía es de lo más envidiable que puede darse en Hollywood. Hace poco, Lola andaba metida en aventuras en una película titulada Torchy Blane en Panamá; Rosemary estaba ocupadísima filmando con Rudy Valle la obra Goldiggers in Paris; y Priscilla se entretenía haciendo escenas deliciosas con el popular Dick Powell en El Vaquero de Brooklyn. Es la primera vez que una compañía de películas tiene contratadas simultáneamente a tres hermanas estrellas, excepción hecha de

las Quintuplas Dionne.

En el cine, claro está, hemos tenido otros triunviratos de hermanas: las Talmadge, las Bennett y las Young, pero ninguno de estos grupos ha logrado alcanzar el triunfo bajo la égida de una misma productora. Natalie Talmadge, la hermana menor de Norma, se retiró del lienzo para casarse con el comediante Buster Keaton. Bárbara Bennett trabajó muy poco en películas, antes de contraer matrimonio con el director de orquesta Morton Downey. Polly Ann Young, hermana regala de Loretta, abandonó la carrera para unirse a James Carter Hermann.

La empresa Warner ha tratado de formar otra pareja de hermanas con Olivia de Havilland y Joan Fontaine, pero ésta rechazó la oferta original por creer que si fracasaba tal vez ello habría afectado la posición estelar de la linda Olivia. Joan trabaja actualmente con la RKO-Radio, y tanto ella como su cara hermana evitan hablar sobre el tema del parentesco.

CON las hermanas Lane sucede todo

lo contrario. Lola siempre pregunta por sus dos hermanas menores. Rosemary, la del medio, dice que Lola es formidablemente buena, y Priscilla, la más nena de las tres, opina lo mismo de ellas.

Los asuntos administrativos de Rosemary y Priscilla son atendidos por la madre, aunque Lola ejerce cierta influencia en tales cuestiones, aparte de manejar los negocios propios de acuerdo con su criterio libre. Lola fué la que inventó el nombre adoptado por la familia, cuando abandonó el Colegio Simpson en la población de Indianola para unirse a la farándula de Gus Edwards. Más tarde, Rosemary y Priscilla se fueron a trabajar con el conjunto musical de Fred Waring y también se pusieron el nombre Lane. Tiene una cuarta hermana, Leota, que se sirve del apellido artístico mientras cursa sus estudios en la escuela Juilliard de Nueva York, donde se prepara para la carrera operática. Todavía nos falta mencionar a quinta hermana, Martha, casada con el Profesor Maxwell

El Director

por Milt Gross



SWANSON



Gloria Swanson, de quien Cecil B. De Mille ha dicho que poseía "una chispa que emanaba de adentro, algo más que la mera seducción de la belleza física".

GLORIA SWANSON, cuya fisonomía quedó vigorosamente impresa en la época del cine silencioso como la estrella más destacada, quiere volver al cine y al efecto ha firmado un contrato con la Republic Pictures. Su primera película lleva el título provisional y sugestivo de *Lo Eterno Femenino*; el papel que Gloria hace ya no es el de la vampiresa seductora de antaño, sino uno que al decir de la misma actriz "le conviene más a su edad". Gloria Swanson no ha cambiado mucho desde que hizo su última película. De 1931 hasta la fecha no había filmado más que una cinta, hace cuatro años. Desde entonces ha habido rumores de contratos con la Metro-Goldwyn, la Universal y la Republic, esta última aspiradora de su próxima reaparición. Se ve esbelta y rebosante de salud. Su rostro parece haber perdido un poquito de la sirena seductora y haber ganado en animación. Todavía conserva el lunar en la mejilla. En el vestir, también es una Swanson distinta. Ni aún en los estrenos, ni en los cabarets elegantes la vemos llevar las modas exóticas que la caracterizaban en 1922.

amores célebres hasta la época en que el idilio Simpson-Windsor batió el récord de todos los tiempos en la prensa mundial. Gloria no habla de sus aventuras amorosas porque piensa que sobre ellas ya se ha dicho todo lo posible, y escrito hasta lo imposible. **H**ACE un año que se le veía mucho con Herbert Marshall. Ese idilio terminó y Gloria se ha dedicado de lleno al "reentré" al cinematógrafo. Después de *Lo Eterno Femenino* filmará dos películas más para la Republic, y esperará la aceptación del público, que ella cree segura. Hace un año la Metro quiso contratarla para el papel estelar de *Mazie Kenyon*, película que no llegó a filmarse. El papel le daría a Miss Swanson la oportunidad de representar a una propietaria de cafetín y a una madre. También le tocaría cantar, lo cual sería completamente del agrado de Gloria, puesto que en su juventud tuvo la ambición de ser diva operática, y sus maestros le habían asegurado que hubiera podido alcanzar ese prestigio. El hecho es que Gloria no aceptó el contrato de la Metro y rechazó

también uno que le ofreció la Universal, para filmar su actual "reentré" con la Republic. —Mis cintas futuras—dice—serán muy diferentes a las anteriores. Yo siempre había querido desempeñar papeles emocionantes. Voy a contarles cómo llegué a hacerlo. Bobby Vernon y yo habíamos representado juntos en las comedias de la Keystone, cuando Mack Sennett se me acercó y me dijo que podría convertirme en una segunda Mabel Normand. "No quiero ser segunda nadie,—le contesté—quiero conmover el corazón del público, quiero llorar, hacerlos llorar también, quiero..." Mack Sennett se mostró disgustado y rompió mi contrato. —Durante los próximos tres meses, estuve cesante. Luego decidí volver a hacer comedias, pero en los estudios de Christie, en donde hacían también películas serias, de manera que pudiera fácilmente pasar de un ramo de la producción al otro si lograba convencerlos de mi talento dramático. Y así sucedió. El primer día en que comencé a trabajar en una comedia insulsa me mandaron a la oficina de Jack Conway. Me dijo el director que me tenían un papel dramá-

tico: se trataba nada menos que de una muchacha que saltaba de muelles, yates y precipicios. Y terminó diciendo: "Claro está que Vd. sabe nadar." Yo le tenía un miedo terrible al agua, pero dije que sí. —La película, llamada "Humo", comenzó sin novedad, hasta que una noche a las 9 me llamaron a los muelles de Wilmington. Era una escena en que yo debía correr al borde del muelle, despojarme de mi traje de baile y salir a socorrer a uno que se estaba ahogando. Tuve bastante tiempo para pensarlo mientras esperaba en la oscuridad y en el frío. Vi el agua negra, de 20 metros de profundidad y me dije: "Gloria aquí está tu gran oportunidad si tienes el valor. Y si sales con vida... Si no sales ¿qué más da?" El desenlace del episodio lo puede suponer el lector. Gloria se echó al agua, de donde tuvieron que pescarla, pero estubo nadando en varias escenas durante el resto de la filmación. Desde entonces, confiesa, no ha vuelto a meterse en agua profunda ni quita los pies del suelo. En ese momento fué interrumpida la entrevista por el grito de un chiquillo en el piso superior. —Es Bridget—dijo Gloria. Tiene cinco años. Hoy ha habido muchas lágrimas porque no se ha portado bien. Va a ser actriz, como su mamá. Es emocional y caprichosa. Sin embargo, los niños son buenos, todos tres. Bridget es hija de Michael Farmer, el cuarto marido de la Swanson. Durante seis años antes de casar con Farmer, había sido la esposa de James Henri la Baily de la Palaise, Marqués de la Coudraye. Todavía antes estuvo casada durante cinco años con Herbert Somborn, el caballero que erigió un restaurante en Los Angeles en la forma de un sombrero hongo. Somborn es el padre de la hija mayor de Gloria, que lleva el mismo nombre de la madre. Durante ese matrimonio adoptaron un muchacho, Joe. La actriz fué dueña de varias fortunas desde 1920, cuando su sueldo subió a la cifra estelar de \$3,500 (dólares) por semana. Fué entonces que hizo su primera obra sensacional, *Macho y Hembra*, con Cecil B. de Mille, que la revistió de fantásticos peinados e indumentaria para hacerla aún más seductora. Vivió en el éxito en esos años de resplandor—entre joyas, ostentosos trajes, pródigos banquetes, costosos maridos y el ejército de criados más grande de Norteamérica. En el 1926 rechazó una oferta de \$20,000 semanales que, según se dice, le hizo la Paramount, y formó ella su propia compañía productora. Se vió en dificultades para financiar tanto sus actividades privadas como sus negocios de productora independiente a la vez. Una película llamada *La Reina Kelly*, que jamás llegó a exhibirse, le costó \$900,000. Sin embargo, tuvo una ganancia neta de \$750,000 con Sadie Thompson.

Gloria Swanson, Sirena Fantástica de Una Epoca en el Cine, Vuelve a la Pantalla en Una Película de Sugestivo Titulo -- "LO ETERNO FEMENINO"

NO HAY RAZON PARA QUE LAS MUJERES SUFRAN ASI.

He aquí un saludable consejo. Lea detenidamente.

Los dolores pueden suprimirse—pero es mejor impedirlos y sentirse bien siempre—en toda época hasta en la de indisposición habitual. Hay muchas mujeres que, erróneamente, creen que muchos padecimientos son inevitables: que son padecimientos propios del sexo. Por eso hay tantas que sufren de los nervios, tantas que van debilitándose poco a poco, tantas que sufren en silencio.

No se resigne usted. La naturaleza no ha dispuesto que la mujer sufra con los desarreglos funcionales femeninos. Por lo tanto usted debe ayudarse a sí misma evitando tormentos innecesarios. Más de un millón



de mujeres han dicho que les ha hecho bien el Compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham. Está hecho especialmente para la mujer, de benéficas hierbas y raíces de absoluta pureza. Ayuda a la naturaleza a tonificar su organismo, a darle más fortaleza, disminuyendo así el malestar que ocasionan los desarreglos femeninos en los tres períodos críticos de la mujer; ¡pruébelo usted! Recuerde el nombre:

Compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham

Myra North

LA INTREPIDA
por RAY THOMPSON y CHARLES COLL

ENCANTADO DE SABER QUE USTED SE UNIRÁ A NUESTRA EXPEDICIÓN CONTRA LING SIN. VENGA.

LARMADO POR SUS EXPERIENCIAS CON LOS MEDIOS TELEPÁTICOS DE LING SIN, JACK LLEVA A MYRA AL APARTAMENTO DE LEW WEN.

VAMOS AL HÁNGAR DEL GOBIERNO, DONDE PREPARAN EL AVIÓN-COCHETE PARA HACER EL VIAJE AL CONTINENTE DE HIELO.

MUY BUENO EN EL VERANO.

¡ JACK, HUBIERA PREFERIDO QUE ESPERARAS! ¡CREO QUE LING SIN LO QUE DESEA ES QUE VAYAS ALLÁ!

¡ ABSURDO!

¡ CON ESTE NUEVO APARATO, LA VENCEREMOS RÁPIDAMENTE!

¡ POR AQUÍ!

PERDONE, ¿ ES USTED LA SEÑORITA MYRA? AQUÍ HAY UN TELEGRAMA.

¿ QUÉ DICE?

ME PIDEN QUE VAYA ENSEGUIDA AL HOSPITAL CENTRAL. UNA PACIENTE PREGUNTA POR MÍ.

¿ PERO Y NUESTRA EXPEDICIÓN?

TENGO QUE IR, JACK. TE LLAMARE.

¿ CÓMO SABÍAN EN EL HOSPITAL QUE MYRA ESTARÍA AQUÍ?

¡ EXAMINEMOS EL AVIÓN!

¡ LEW, ESTO ES MAGNÍFICO! ¿ CÓMO FUNCIONA?

EL DR. WU NOS HA DADO LOS PLANOS DEL ESTRATOGIRO DE LING SIN. ESTE AVIÓN VUELA A 500 MILLAS POR HORA A UNA ELEVACIÓN DE 50,000 PIES.

AL LLEGAR AL HOSPITAL, MYRA SE PREPARA A VER LA MISTERIOSA PACIENTE.

LE AGRADEZCO HAYA VENIDO, MYRA. VEA EL INFORME.

¡ GRACIAS, DOCTOR!

PRONTO: EL MENSAJE SINIESTRO.

LAS GRANDES EQUIVOCACIONES HISTORICAS

gos. Un tal Anytos, comerciante en pieles, le acusó de proclamar nuevos dioses y de instigar a la rebelión de la juventud de Atenas. Esta acusación fué la que dió origen al juicio.

En los procesos políticos de la antigua Grecia, el tribunal o plebiscito tenía que contestar a dos preguntas: «¿Ha cometido el acusado el delito que se le imputa?» «¿Qué castigo le corresponde por ese delito?»

En el caso de Sócrates, una mayoría sólo de tres votos reconoció la culpabilidad de traición contra el Estado. Al efectuarse la pregunta, 236 ciudadanos se resolvieron por la afirmativa y 233 por la negativa. Al hacerse la interrogación «¿Debe condenarse a muerte?», 276 contestaron «sí» y 193 «no». En otros términos: aunque sólo una mayoría de tres personas decidieron la culpabilidad del filósofo, una mayoría de 83 lo condenó a la pena capital.

El Profesor Paoli explica este rompecabezas histórico por las leyes de la antigua Atenas, que permitían al acusado proponer su castigo, en oposición al pedido por el demandante. El tribunal entonces se decidía entre la suave respuesta del acusado o la dura sentencia del acusador.

Sócrates, convencido de su inocencia, propuso al tribunal, frente a la sentencia de muerte del procurador, el castigo más leve: el pago de una multa. Los jurados se enfurecieron de tal manera ante lo que ellos creyeron una insolencia, que muchos de los que antes le habían declarado inocente se pronunciaron luego por la pena de muerte. Pero esta sentencia, según declara el Profesor Paoli, no debía tomarse en serio.

El día del proceso de Sócrates un barco sagrado partió del puerto de Atenas, para llevar peregrinos a la isla de Delos. La tradición establecía que mientras un barco de peregrinos estuviera en camino, llevando las oraciones de la población a los dioses de Delos, no debía ejecutarse sentencia alguna de muerte dentro de las murallas de la ciudad y del Estado de Atenas. Por tal motivo la ejecución de Sócrates debía demorarse el tiempo que invirtiera el barco en llegar a Delos, es decir: unos treinta días.

Tanto el tribunal como los jurados abrigan la esperanza de que Sócrates aprovecharía la oportunidad para huir. Para ello, las puertas de su cárcel permanecieron abiertas día y noche; sus discípulos escucharon devotamente sus lecciones y el gobierno de Atenas se hubiera alegrado inmensamente con la fuga del célebre filósofo.

Sócrates, sin embargo, hubiera dejado de ser quien era en el caso de renegar de su convicción: que se debe respetar la ley, cualquiera que sea su dictado. Como la ley lo sentenciaba a muerte, resolvió aceptar la sentencia. Y bebió el vaso de veneno.

La explicación del Profesor Paoli suaviza el duro juicio de la historia sobre los que condenaron a muerte, por traición, al padre de la filosofía y maestro de la juventud ateniense.

LA REHABILITACION DE JUANA DE ARCO
Aún cuando Carlos VII de Francia, que debía su corona a la pequeña Doncella de Orleans, ordenó la revisión formal de su juicio, 19 años después de la muerte de Juana de Arco, la rehabilitación de ésta no ocurrió hasta 500 años más tarde.

Juana de Arco ha sido venerada por la nación francesa como la heroína más grande de su historia. Sin embargo, se la había declarado culpable. El veredicto original puede verse aún en la Biblioteca Nacional de París, donde se conserva en el legajo número 5965 de la lista de manuscritos. Su memoria necesitaba, pues, la debida reparación.

Henri Debout, un sacerdote católico, dedicó su vida a comprobar que Juana de Arco fué inocente, tanto desde el punto de vista moral como del legal. Cuando Pío X ascendió al trono papal Henry Debout pidió una audiencia, extendió sus documentos ante el papa y recibió la promesa de que, como símbolo de su total rehabilitación, Juana de Arco sería canonizada. En 1929, es decir, 500 años después de haberla sentenciado a la hoguera la doncella de Orleans, pasaba a ser Santa Juana de Arco.

LA SENTENCIA DE GALILEO GALILEI
Hace 300 años el gran sabio Galileo Galilei fué sentenciado a revocar, de rodillas, su tesis de que la Tierra giraba alrededor del Sol. Aparte de esta degradación pública, Galilei, debió sufrir tres años de cárcel y se le condenó a cantar salmos de penitencia un día por semana.

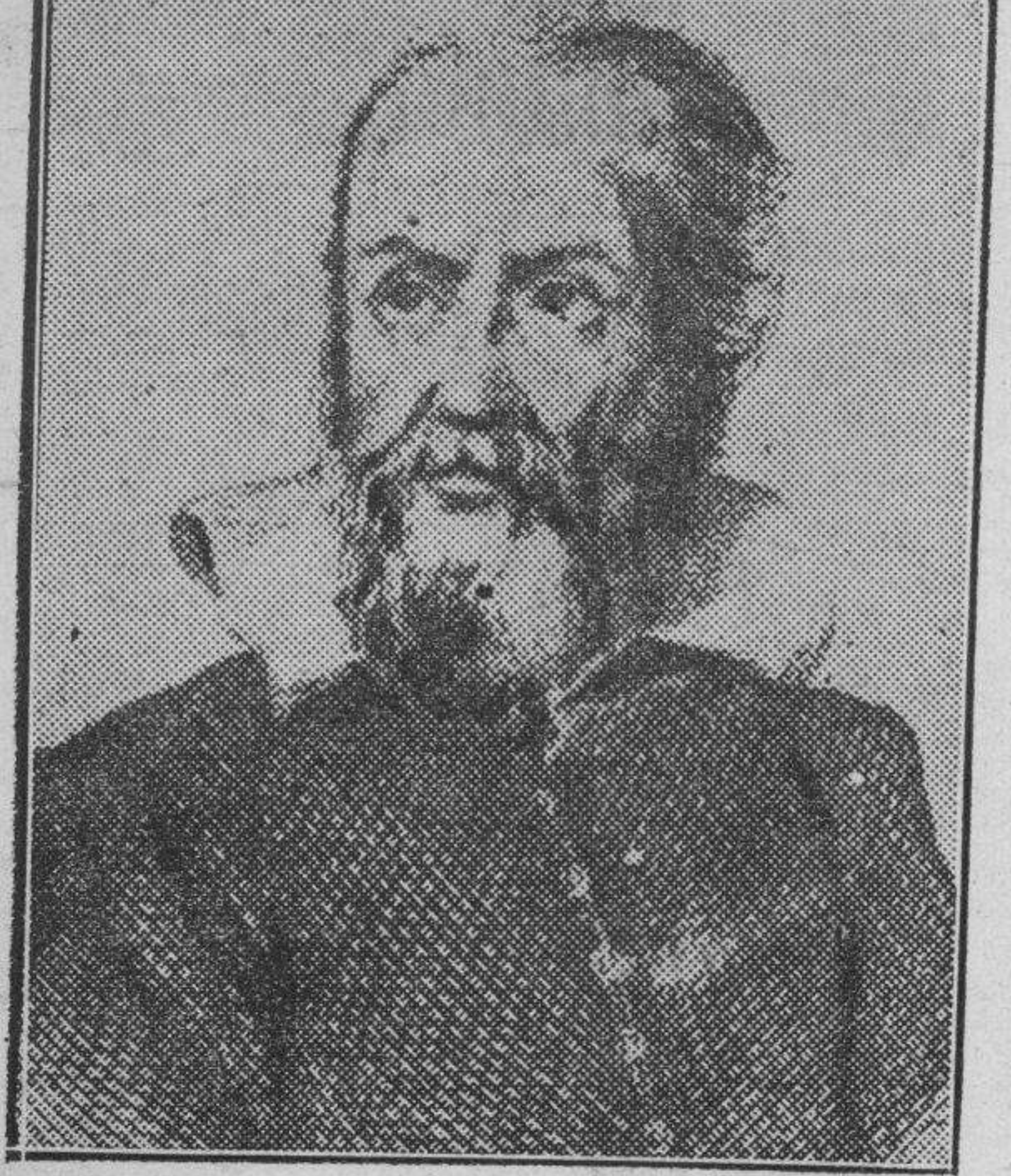
Solamente en 1882 se permitió la impresión de libros relativos a las teorías del sabio. Pero antes de esa fecha ya había sido rehabilitada la memoria de Galilei. En 1737 sus restos fueron trasladados a la iglesia Santa Croce, en Roma, y, de esta suerte, se le acordaron los más grandes honores al hombre que en vida fué perseguido y torturado por sus sabias investigaciones.

Hace un año la conciencia de la humanidad alzó de nuevo su voz, cuando la Asociación Francesa de Astrónomos votó la moción de Camilo Flammarion, en el sentido de declarar solemnemente que la sentencia había atrasado el progreso de la ciencia en unos cientos de años.

LA ACUSACION QUE ENVIABA A DANTE AL INFIERNO

Dante Alighieri, el poeta inmortal de la «Divina Comedia», ha sido la víctima de uno de los asesinatos judiciales más infames que registra la historia.

Su propio cuñado, Forese Donati, lo había acusado de la comisión de delitos políticos, con el fin de que el poeta fuese desterrado, para apoderarse de su propiedad familiar. Esta es, al menos, la explicación dada reciente-



Rembrandt no pudo pagar una deuda hace trescientos años. (Al centro): Galileo Galilei. Lucrecia Borgia, fué una esposa modelo, caritativa y sumamente religiosa.

mente por el historiador Mariano D'Amelio, quien se ha consagrado a desvirtuar los cargos falsos que arruinaron la vida y ensombrecieron la memoria del célebre poeta.

Las leyes de Florencia en el siglo XIV estipulaban que una acusación por delitos políticos no necesitaba ser tratada por el tribunal en todos sus detalles. Era suficiente, como evidencia, indicar «fama o conocimiento público». De esta manera, dos testigos, que representaron el conocimiento público, declararon que Dante había obtenido ganancias ilegales con su posición oficial.

Mientras se hallaba ausente, Dante Alighieri fué condenado, procedimiento contrario a las leyes romanas, que entonces regían en Italia. La sentencia implicaba el destierro, el pago de una multa de 3.000 florines, la pérdida de su empleo.

Mariano D'Amelio, basado en documentos de la época, ha probado, al cabo de 600 años, la inocencia de Dante. El historiador hurgó en los polvorientos pergaminos hasta averiguar los motivos que determinaron a Forese Donati a acusar a su cuñado.

TERCER EPISODIO

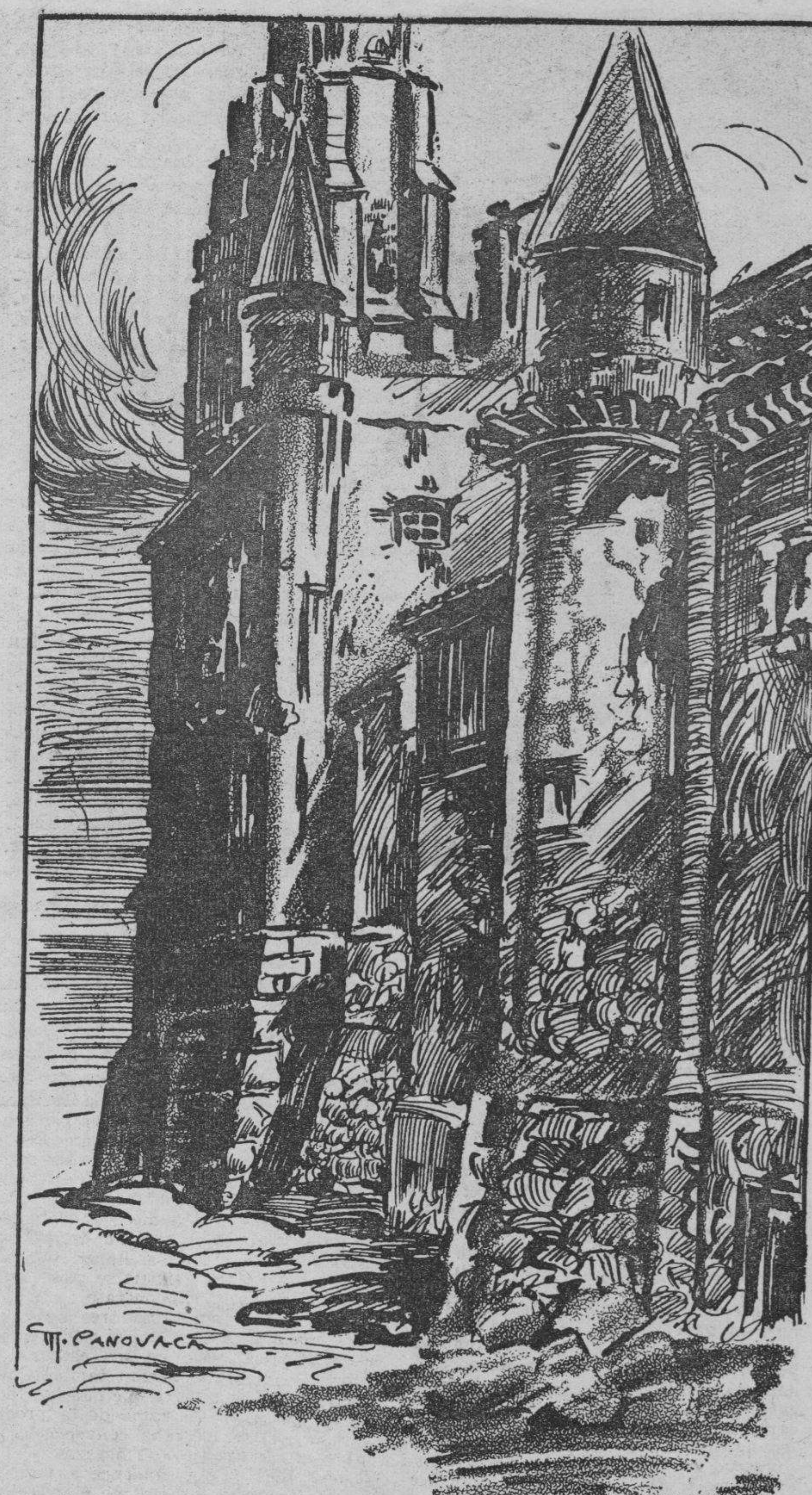
La Torre Maladetta o El Hambre

Desde que el doctor compró la «Torre Maladetta» estaba habitada por uno de sus administradores, a quien yo conocí en Trieste; era un hombre pequeño de estatura y de capacidad, cojo de la pierna derecha y de juicio, enormemente exagerado en ideas políticas—es decir es propio de todos los tontos—, muy metódico en sus cosas, y más retorcido en los asuntos de dinero que lo que se hubiera esperado de su inteligencia. No tendré apenas ocasión de hablar de él, y bastará saber que se llamaba Bartolotti.

El señor Bartolotti no estaba en el castillo cuando llegamos nosotros. Hacía tres días que el miedo le había hecho huir.

—¿El miedo, signora Barbarina? —le dijo Solbioski a la vieja e inamovible conserje, que fué quien nos dió esta noticia—. ¿El miedo, dice usted? Y ¿qué miedo se puede tener en la «Torre Maladetta» si no es el de ser un día aplastado por su caída? Pero dura desde hace tanto tiempo amenazando siempre caer y tantas generaciones se han acostado a sus pies, que hay que esperar que siga en pie tanto como nosotros siquiera.

—No es eso sólo —respondió la vieja después de habernos hecho sentar en el vasto locutorio de la planta baja—. Hay otras muchas cosas que decir sobre esta noble morada, a la que estoy acostumbrada desde mi infancia, pues mis antepasados vivieron siempre aquí, y el primero de ellos vino de Roma con el primer Cinci. Ahora, ¡heme aquí sola, decrepita e inclinada como la torre, sin dejar a nadie que pueda cubrir mis huesos con un pobre sudario! El Pa. gilamento nos cubrirá a los dos, a la torre y a mí, y todo se acabará. ¡Qué el cielo ampare a los que como nosotros tienen la conciencia tranquila! Pero ya no me acuerdo de lo que les decía hace un momento. ¡Ah, cuántas cosas no habré visto yo en la «Torre Maladetta»! Pero eso era antes, porque en estos últimos tiempos, como estoy tan enferma y achacosa, tan cargada de años y dolores, ya apenas tengo fuerza más que para ir del locutorio a la puerta y volver de la puerta al locutorio. Desde hace algunos años, en el castillo yo no soy nadie. El albanés de monseñor entraba siempre el primero, me cogía brutalmente las llaves, porque era tan imperioso y temerario como su amo, y sosteniéndome por la mano para que acelerase mi paso, me encerraba aquí con doble llave, diciéndome con su vozarrón: «¡Buenas noches, Barbarina! ¡Las mujeres de su edad ya no sirven más que para dormirse!». Yo les pregunto, caballeros, si es así cómo se trata a una antigua criada, nacida de pura sangre romana, que nos ha mecido en la cuna y que tantas veces nos ha llevado en sus brazos hasta las almenas para que viéramos más cerca las estrellas. Esta era la idea que atormentaba el sueño de monseñor cuando era pequeño y su madre, la pobre signora, ya muy enferma en el lecho, me decía: «¿Qué hace usted, pues, Barbarina, que no lleva a Mario a las almenas para que vea las estrellas? ¿Qué le usted dejarle morir de rabia? Entonces yo le envolvía en su sábano lo cubría con mi manto o con la capa de su padre, y subía, subía hasta la torre; pero hace ya más de veinte años que no



he vuelto a subir. ¡Que alegría tenía cuando veía las estrellas! No hablaba aún, pero con sus gritos las nombraba todas. ¡Ay, Dios mío, ya no las ve desde la tierra mi pobre niño!

—Esto está bien, Barbarina, pero se aleja un poco de nuestro asunto. Además, cualquiera diría, por el principio de su relato, que tenía usted quejas de la conducta de Mario.

—¿Quejarme yo de monseñor Mario? ¡Oh, Dios mío! ¿Yo he dicho eso? ¡No es culpa suya si su carácter se había hecho triste y huraño! Pero ya no me contaba sus penas cuando era joven; sólo en su albanés tenía confianza. Cuando yo se lo reprochaba se paraba delante de mí, cruzaba los brazos y reía; y a mí me daba gusto verle reír. «¡Bien, bien, Barbarina! No haré nada sin consultárselo; pero con la condición de que no se privará usted de nada, de

que vivirá como una castellana y de que se acortará temprano. Y si la encierro en su cuarto es una precaución que tomo por su seguridad y por la mía.» Y después de esto me besaba en la frente, riendo todavía; y cogiéndome en sus brazos me llevaba a sentarme en mi sillón.

—¿Por Dios, Barbarina... ¡Lleguemos de una vez al miedo del señor Bartolotti!

—¿Cómo?—respondió Barbarina—; ¿no creen ustedes que es para tenerlo cuando no se está acostumbrado? Verdaderamente, a mí no me preocupan; pero ¡y esos ruidos sordos que se oyen bajo las bóvedas como si alguien quisiera derribarlas; esos gritos plañideros que salen por todos los lados de las ruinas, tan

pronto aquí como allí, y esas dos mujeres enlutadas que despliegan, en señal de desesperación, unos echarpes encarnados y blancos sobre el balcón de la antigua plataforma y lanzan unos gemidos que desgarran el corazón! ¿No ignorarán ustedes el nombre de la signora Lucrecia y de la signora Beatriz Cinci?

—Sí, sí; conocemos esa historia; pero hace más de dos siglos que murieron.

—Murieron, en efecto, y por eso aparecen donde no podrían hacerlo si viviesen; porque ningún ser vivo, como no tuviera las alas de un pájaro, podría llegar ni desde dentro ni desde fuera al balcón de la plataforma. En mi larga vida las había oído dos veces; una cuando mataron a puñaladas en la plaza de San Marcos a Felipe Cinci, abuelo de Mario, y otra cuando le cortaron la cabeza a su padre Andrés, por orden de la Justicia, enfrente del Arsenal; pero nunca habían sido tan dolorosos sus gemidos como después de la muerte de mi muy digno señor el noble Mario, y esto es muy natural, porque es el último de su raza. En fin, ¡quiera Dios haber satisfecho su cólera! ¡Esas pobres almas ya no tendrán que llorar más!

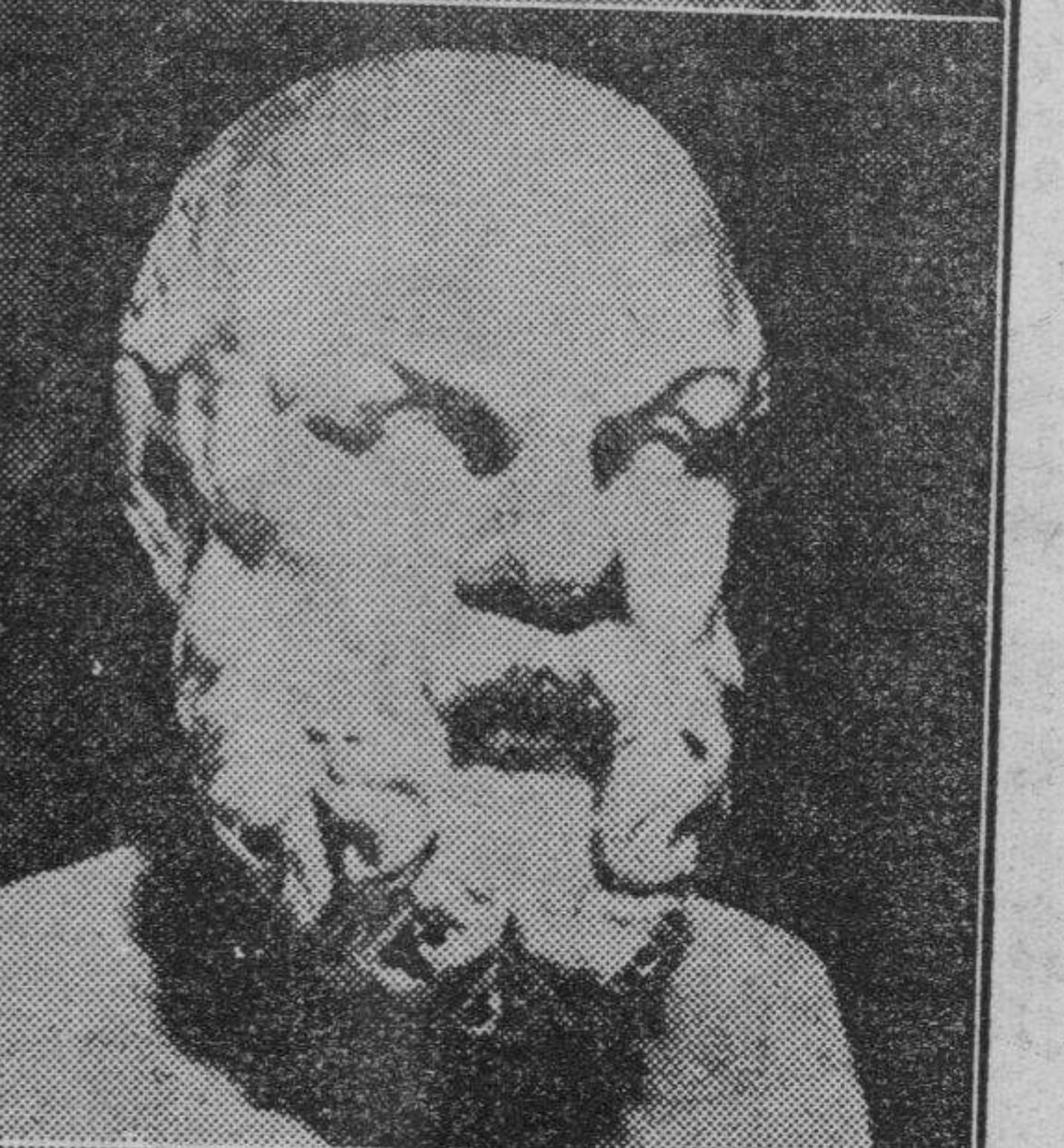
—Basta —le dije a Barbarina—. Sabemos, estimada señora, cuanto queremos saber. Uno de los niños que nos han guiado irá a buscar al señor Bartolotti al pueblo vecino, donde se ha refugiado. Tu criado —agregué dirigiéndome a Solbioski— se encargará de prepararnos camas, si es posible, en la habitación que esta buena mujer le indique, y de proveerse en los alrededores de provisiones suficientes antes de la invasión total del Tagliamento. Y, por último, nosotros aprovecharemos la luz para verlo y recorrerlo todo. O mucho me engaño o va a valer la pena.

La distribución del interior no nos ofreció nada que mereciese ser anotado: viejas paredes y viejas establaduras, muebles caducos, tapicerías hechas jirones, todo el aspecto descalabrado de una antigua casa que se derrumba falta de cuidado o de dinero; ¡ni un sitio donde ocultar un crimen o una buena acción! «Puck», que había hurgado con más habilidad que yo, se acostó bostezando.

Cuando terminamos estas inútiles pesquisas descendimos sobre la roca.

—Ahora da la vuelta a este recinto —le dije a Solbioski—, para reconocer los puntos más accesibles, pues es del exterior de donde llegan los misteriosos autores de estos terrores, si es que tienen algo de real. Mientras tanto yo revisaré cuidadosamente estas murallas y sabré si hay en efecto medio de penetrar por ellas.

Era muy difícil acercarse a ellas por la base, a causa de los numerosos desagües que habían sufrido y de los enormes montones de escombros que se habían acumulado; pero por el lugar en que su ruinoso declive, aumentado de siglo en siglo, dejaba colgar hacia el suelo sus dos lienzos laterales se trepaba casi tan bien como por una escalera, la desigual y audaz colocada entre dos abismos. Esto era un juego para mis hábitos de naturalista, mi pie de montañas y mis ojos, acostumbrados a sondear los más espantosos precipicios sin temor del vértigo. Así, que emprendí esta marcha extraordinaria, sin mirar detrás de mí y sin preocuparme de los derrumbamientos, hasta el lugar en que comenzaba la torre, sobre un establecimiento más ancho y mejor conservado que el resto. No había olvidado que esa parte de la torre se inclinaba mucho



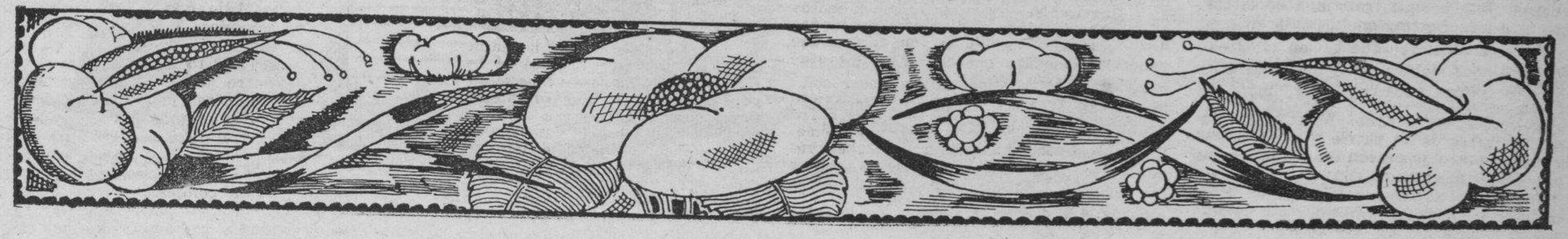
Las investigaciones de la posteridad han permitido comprobar la falsedad de todas las acusaciones formuladas contra Dante Alighieri por su cuñado Forese Donati. (Al centro): La doncella de Orleans, Nerón otra víctima de un malentendido histórico.

NUNCA la conciencia crítica de la humanidad ha hablado en la forma en que lo hizo después de la guerra mundial. Durante los últimos quince años casi todos los asesinatos legales de los tiempos pasados han sido juzgados por el tribunal imparcial de la posteridad. La revisión de los procesos ha determinado la destrucción de las acusaciones, y en la mayoría de los casos, los condenados fueron absueltos de las culpas que sobre ellos pesaron durante siglos.

LA CONDENA DEL FILOSOFO SOCRATES

La revisión de un juicio ocurrido en la antigüedad remota, en el siglo V antes de J. C., tuvo resultados curiosos. Fué el célebre criminalista italiano, el Profesor Paoli, quien hizo una investigación detenida sobre el famoso asesinato de la edad antigua; la condena del filósofo Sócrates.

Como se sabe, Sócrates tenía numerosos discípulos y amigos, con los cuales sostenía sus diálogos.





vista desde el Tagliamento, y aproveché esta inclinación para alcanzar la cima, introduciendo sucesivamente mis manos y mis pies en todos los sitios en que la caída de una piedra había dejado un espacio vacío. Pronto estuve de pie sobre la frente, vacilante de este coloso que con tanto temor había medido por la mañana.

El espacio que se abarcaba desde esta altura era tan amplio y tan profundo, que, a pesar de mi seguridad, sentí que mi cabeza se turbaba. Me he encontrado muchas veces sobre cimas más elevadas, pero sólidas al pie y a lo más, perpendiculares a la mirada. Esta temblaba casi bajo mi peso y se inclinaba de un modo horrible hacia el valle del Tagliamento. Me senté sobre un montón de piedras —restos del parapeto— que el tiempo había amontonado confusamente y junté trozos espesos de mortero, uno a uno, para asegurar mejor mis pasos sobre una superficie más única. Cuando hube colocado un gran número a mi lado quise andar para ver desde allí el inmenso cuadro que se desenvolvía ante mi vista. De pronto oí resonar bajo el hierro de mis botas una especie de ruido metálico y me incliné apresuradamente para ver de dónde provenía. Se paró aún algunas piedras que me estorbaban; me volví a sentar para continuar limpiando y dejando al descubierto una trampa que se veía por dos lados. Me pareció importante asegurarme si estaba sujeta por dentro o únicamente sostenida por su propio peso entre el marco de losas en que estaba practicada la abertura que ella cerraba. Comprendí, no obstante, que al sobrecargarla con un peso enorme por la inclinación progresiva de la torre, en el mismo lado en que debían estar sus charnelas, habría probablemente hecho imposible o muy difícil su juego y que habría contribuido a soldarla en su sitio el mucho tiempo que, según todas las apariencias su mecanismo llevaba sin funcionar. Yo le hubiera comprobado en seguida; pero no llevaba más herramientas que el cin-

cel y el martillo de mineralogista, que no abandonaban nunca mi cinturón. Introduje mi cincel en la hendidura que yo suponía opuesta a los herrajes y sin mucho esfuerzo y con gran satisfacción comencé a moverla hacia adelante. No necesitaba más para convencerme de que la trampa no estaba sujeta por dentro por goznes ni por cerrojos, y que este medio de introducirnos en la torre sería infalible si teníamos alguna vez que usarlo. Luego descendí lentamente, asegurando mis pies con precaución sobre cada uno de los accidentales escalones

de esta ruina, para contemplar desde cada nuevo lugar las modificaciones que el menor cambio producía en el cuadro general a medida que le volvía mi espalda a la torre; siguiendo a veces con la mirada la larga cinta azul surcada de blancas olas, del Tagliamento, rápido y sonoro, pero alejado aún de las bases de la roca; ya reposándola sobre la torre oscura, solitaria y cuadrada de Saint-Veit, hermana plebeya de la no-

ble torre de San Marcos; ya dejándola vagar a lo lejos entre las lagunas de canales de un verde mate y vidrioso, como los que adornan los paisajes en relieve de los juguetes, a través de innumerables islotes, enrojecidos por los brotes primaverales.

Mi ausencia fué lo bastante larga para dar inquietudes, pues Solbioski había vuelto sobre sus pasos, imposibilitado de continuar su viaje circular por los obstáculos, y el señor Bartolotti había llegado al castillo. «Puck» había encontrado mi pista y gemía lamentablemente sobre la última piedra de las murallas inferiores y miraba la torre sollozando. Llegué y cambié rápidamente algunos detalles con Solbioski. El descubrimiento de la trampa le preocupó seriamente. Convínimos en que colocaría a su criado en observación sobre el único punto practicable que él había encontrado, para ponernos al abrigo de una incursión inesperada, y nos fuimos a la sala común para dar cuenta de la modesta comida que habíamos mandado preparar. La noche comenzaba a caer, pero la luna era espléndida.

Tenia el señor Bartolotti un aire tan inquieto, tan molesto, tan penosamente atento, sentado en la «chaise-longue» en que por respecto le habíamos colocado, que, a pesar nuestro, el principio de la comida se dejó influenciar de su tristeza. No obstante, al cabo de algunos momentos Solbioski y yo nos miramos como para preguntarnos si simpatizábamos con el melancólico estado de su espíritu y lanzamos ambos una estruendosa carcajada. Esta salida de tono alejó las sombrías ideas que inspiraba de por sí este triste lugar y con las que parecía rimar el aspecto de una sala inconmensurable en la que estaban colocados nuestros lechos de trecho en trecho, como fúnebres catafalcos iluminados pobremente por las dos delgadas vejas que había en la mesa en que estábamos sentados. Pero, como siempre

sucede, nuestra conversación recayó por sí misma sobre las ideas que más queríamos evitar, pero sosteniéndose en ese tono burlesco que es el valor de las almas serenas.

Solbioski se levantó, y tendiéndome con solemnidad su vaso para chocarlo con el mío, dijo: «Brindo por el eterno reposo de la familia de los Cinesl y por todos los muertos que han habitado estas terribles paredes! ¡Qué el cielo se abra un día para sus trágicos manes, y que mientras tanto la tierra de sus tumbaras les sea leve!».

Yo iba a responder a su provocación pues era ya hora de acostarnos y las fatigas del día nos lo hacían desear, cuando un violento choque conmovió las bóvedas bajo nuestros pies.

—Eso no es nada —prosiguió Solbioski—. El Tagliamento va subiendo, y sin duda acaba de golpear los cimientos de la torre por alguna vía subterránea que él se ha abierto.

—Es probable —respondí dirigiéndome hacia la ventana.

Se veía muy bien que el Tagliamento no había crecido lo más mínimo. Le vi blanquear a la misma distancia que antes y entre las mismas rocas.

Durante este tiempo, el mismo ruido se había renovado varias veces, seguido de unos gemidos parecidos a la queja de un moribundo. «Puck», en acecho con las orejas tiesas, y ardientes los ojos, lo acompañaba cada vez con dolorosos aullidos. Al señor Bartolotti pálido como un espectro, le castañecaban los dientes de terror.

—Hay aquí seguramente, y no lejos de nosotros —dijo yo entonces—, alguna cosa extraordinaria que nos importa conocer. Las murallas rodean a esta habitación por todas partes; pero, ¿soñare qué reposa? Si no me engaño, el ruido viene de abajo.



ar al monarca, empujé al protonotario, el que a poco vióse libre, por fuertes presiones ejercidas por el conde-duque en los miembros del Santo Oficio. Y aún hubo más. El escribano Alfonso de Paredes, que llevaba a Roma la causa, fué detenido en el puerto de Génova por orden de Olivares y traído a Madrid, donde después de poner al mensajero a buen recaudo, valido y príncipe quemaron con sus propias manos los papeles comprometedores, teniendo fin con esto la escandalosa aventura.

Termina la leyenda afirmando que, arrepenido el monarca de su criminal propósito, mandó pintar a Velázquez un Cristo crucificado, que lo donó al convento de San Plácido, en desagravio por la profanación, al tiempo que ordenaba hacer un reloj de torre, que se colocó en la del cenobio, reloj cuya campana doblaba a muerto cada cuarto de hora, en memoria del fingido óbito de la doncella.

Y declarado el verosímil suceso de que muy pronto pudo tomar origen la incomparable pintura, volvamos una vez más los ojos a la misma, con esa pura emoción que produce siempre, aun en el ánimo más incrédulo, el lienzo maravilloso.

::
::

Sobre pocas obras de arte habránse volcado raudales tan copiosos de prosa y verso como sobre ésta, estudiándola y enalteciéndola. No queremos nosotros, en este momento, añadir ni una sola palabra a la montaña inmensa de loores. Queremos, si, arrancar a las encendidas entrañas de un libro admirable—«El Cristo de Velázquez, de don Miguel de Unamuno—juicios e imágenes de insuperable belleza por ser de quien son y por latir en ellos uno de los más altos espíritus religiosos de nuestra época.

Perdonadme si trunco estrofas y períodos para unirlos luego a mi devoto entender, ya que no sería posible traer aquí la entera palabra del maestro.

Dice así:
Vara mágica nos fué el pincel de don Diego Rodríguez de Silva Velázquez. Por ella en carne te vemos hoy. Eres el Hombre eterno que nos hace hombres nuevos. Es tu muerte parto...

Corona. Nuestros pecados son las pías que hacen brillar la sombra de tu cabeza en nimbo. Y la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal, la que ha de hacernos dioses, su rojo jugo da entre esas espaldas...

Cabeza. Sobre tu pecho la cabeza doblas cual sobre el tallo una azucena ajada por el sol...

Melena. Sobre tus hombros cae como cascada de vida desbordante tu melena virgen de nazareno, esa gavilla morena de opulencia, a la que nunca tocó navaja. Sobre ella derramó María el bálsamo de nardo oliente a amor. Y por ella, garba de luto, resbalaron por el huerto del olivar los densos goterones del sudor de la angustia del espíritu...

Frente. Tu frente es el hastial de la basilica que es tu cuerpo, y al sol de los caminos se atezó; frente al cielo y las montañas empolló tus celestes pensamientos que brotaban cual flores de los campos...

Rostro. No escondas de nosotros tu



El Conde-Duque de Olivares

rostro, que es volvernós, chispas fatuas, a la nada matriz...

Ojos. Esperando a tu Padre, se velaron tus dos luces de mirar, tus ojos como palomas candidas... A Pedro le miraste del gallo al canto, y él lloró su culpa al ver tus ojos hartos de perdón...

Orejas. Recatas tus orejas de nazareno bajo el velo virgen, pero ellas nos escuchan. Son dos rosas que se abren al rocío del lamento fugaz de nuestra nada...

Mejillas. Con manos desmandadas te chafaron de las mejillas el rubor supremo, marchitándotelas, y de las lágrimas, la sal las escaidó...

Obediencia. Tu postura lo es de obediencia pura, libre y noble. Eres el Verbo coigado como cuelga un estandarte por entre cielo y tierra. Has muerto de pie como hombre, no acostado en tierra como una bestia...

Cuerpo. Eres el tronco del humano linaje. La muerte tus huesos no desvencijó...

Pecho. De brazo a brazo se abre sin engaño tu pecho todo, del amor dehesa. Recía fábrica dentro de ése tu pecho, de costillas viriles como aquella de que hiciera tu Padre a la mujer...

Brazos. Son las dos alas luminicas de Dios tus blancos brazos, los remos del Espíritu que flota sobre el haz de las aguas tenebrosas del dolor de vivir...

Hombros. Blancos cerros redondos para tenderse a apacantar la vista con la

visión del valle de tu pecho de infinitud viviente coronado...

Manos. Tus manos, las que abrieron a los ciegos los ojos, los oídos a los sordos, hoy son dos fuentes que manan sangre...

La llaga del costado. Veta de fuego ese rubi que al ámbar de tu pecho encandee: surtidor donde el alma que en el páramo va perdida, su sed de Dios apaga...

Ventre. En tu vientre está la sombra—mancha de sol—por donde fué tu cuerpo con el materno uncido... Esa mancha nos cuenta que naciste como al dolor nacemos los mortales...

Rodillas. No encorvadas, erguidas tus rodillas, a modo de quien marcha, pues tu muerte jornada es, no descanso...

Pies. Los que la Magdalena con sus lágrimas bañó para enjugar con sus cabellos; los que besara con sus ledas ondas muriendo en sus orillas Tiberiadas, garapiñados con la gruesa sangre que los clavos sacaron, danle al suelo pedregozo a beber la sangre pura...

Muerte. Tú, Cristo, con tu muerte has dado finalidad numana al Universo y fuiste muerte de la Muerte al fin...

::
::

Tal dijo el castizo verbo de don Miguel, absorto ante la pintura inmortal, en este libro suyo opulento de gracia, henchido de poesía y ardiente de fe.

(¡Cuántas horas pasó el noble anciano de la testa nevada en aquel recoleto lugar del museo donde el lienzo pendía solo, así como en un retablo de arte!...) Nadie mejor que su pupila, pequeña e intensa tras los espejuelos, caló hasta lo hondo la tela de prodigio, y captó los más ocultos designios del artista. En fuerza de adorar esta obra, don Miguel traspasó a sus páginas toda su hermosura. Nadie escriba imagen ni palabra, después de las suyas, porque todas serán vocablo insípido y gárrulo decir.

Y ahora señalemos en dos líneas las vicisitudes del cuadro hasta verse instalado definitivamente en la pinacoteca madrileña.

Sin saber cómo, es lo cierto que a principios del siglo XIX el Cristo de Velázquez era propiedad del infante don Luis. Pasó de sus manos a las de su hija doña María Luisa de Borbón, esposa de Godoy, y de su palacio lo arrebataron los franceses, cuando la guerra de la Independencia, llevándose a París. En París lo recuperó la condesa de Chinchón, hija y heredera del príncipe de la Paz, quien años más tarde intentó venderlo. Enterado el duque de Villahermosa, embajador de España en Francia, de este propósito, hizo una oferta a la de Chinchón de 30,000 reales, la que aceptó la condesa, a pesar de que el lienzo había sido tasado en 20,000



FELIPE IV

francos. Pero cáteate que, al morir la vendedora sin haberse consumado la venta, sus herederos no quisieron reconocer el trato, y de nuevo estuvo el Cristo en trance de pasar al mejor postor. Decidió el asunto el duque de San Fernando, cuñado de la muerta, quien pudiendo elegir, por expresa disposición de la testadora, la alhaja que quisiera del acervo de sus riquezas, se fijó en el Cristo, y de él fué éste sin más apelación. Acto seguido, el duque lo cedió a Fernando VII, quien dispuso su colocación en el Prado. Y del Prado salió ahora, ante el retumbo de la metralla, ignorando nosotros, ciertamente, su paradero. Dios no querrá que se pierda en la gran catástrofe esta joya altísima del arte español.

Compre mañana el NOTICIERO DEL LUNES. CINCO centavos

El Cristo de Velázquez y una Leyenda de Madrid

Por P. MASSA

Es como el alba tu cuerpo; como el alba al despojarse del negro manto de la noche, en rollo a sus pies desprendido. Con tus brazos alargados en gesto dadivoso de desnudar tu cuerpo y de ofrecerlo a cuantos sufren del amor hostigo...

«El Cristo de Velázquez». Unamuno.

PESE a que la capital de España no puede ufanarse de una antigüedad tan remota como un Toledo, un Avila o un Salamanca, la leyenda florece en su ámbito profusa y sugestiva, acaso como en el pueblo peninsular más rico en este linaje de relatos, fruto de la inventiva de las gentes en alianza con la realidad histórica.

Basta pasar los ojos por los libros y monografías de Mesonero Romanos, Peñalver, Peñasco y Cambrónero, Répide, Cepúlveda, Capmany y Montpalau o por aquellos otros sabrosos opúsculos de la marquesa D'Alnoy y Juan María Fleuryan, para convencerse de esta superabundancia de hechos extraños y pintorescos acaecidos en Madrid, si hemos de dar crédito a la voz de la conseja.

Una de estas leyendas, curiosa y peregrina si las hay, hemos de recoger en esta nota, no por el interés de la leyenda en sí, que lo tiene y bien subido, sino porque, al parecer, de ella toma origen acaso la pintura religiosa de mayor mérito que haya producido el arte de todos los tiempos y países. Nos referimos al «Cristo Crucificado», de Velázquez, existente, como es notorio, en el Museo del Prado hasta el momento de estallar la guerra civil.

Sin la realidad, más o menos creíble o abultada, que nutre el sorprendente relato, es muy posible que Velázquez no hubiera forjado su obra, ya que nunca se distinguió el maestro sevillano por su afición a los temas místicos de los que apenas si encontramos media docena de lienzos en la copiosa nómina de su producción. Velázquez pintó su «Cristo» en 1638, por mandato expreso del rey Felipe IV, y el hecho de haber sido donado al convento de religiosas de San Plácido, de Madrid, teatro de la escandalosa aventura que recoge la tradición, da cierto viso de verdad a ésta, no necesitando más el vulgo para echar a volar los pájaros de la fantasía, que en esta coyuntura no debieron de ser fabulosos del todo, dadas las costumbres de la época y el propio desenfado del rey para estos lances. Mas, vengamos a la leyenda en cues-



El Cristo de Velázquez

tión de un claro sabor madrileño por donde quiera que se la mire.

El protonotario de Aragón, don Jerónimo de Villanueva, que era, a su vez, patrono del convento de San Plácido, hizo saber al rey Felipe IV que en este cenobio había ingresado en calidad de novicia una doncella de resplandeciente hermosura, llamada doña Margarita Téllez de Portocarrero, huérfana de un general español que combatió en Amiens contra el francés.

Conocer el rey la presencia de esta rara belleza en el mentado monasterio y mostrar un vehementísimo deseo de admirarla, todo fue uno. Tercero expeditivo el de Villanueva, y más osado y complaciente todavía el conde-duque de Olivares, cuando de servir cualquier capricho del príncipe se trataba, entre los dos

que pudiera a su sabor contemplar a doña Margarita, a través de las celosías del locutorio.

Así se hizo, y si antes fué una insana curiosidad la que movió al rey a poner su planta en el convento, ahora fué una súbita pasión absorbente la que le empujaba al místico retiro, por encerrarse en él la más alta gracia que ceñir pudiera a su penacho de tenorio.

Una vez y otra volvió el de Austria a platicar con la novicia, y pese a su disfrás, ésta supo la verdadera personalidad de su galanteador, como asimismo su resuelto propósito de llegar hasta el claustro cierta noche, aprovechando un paso secreto que iba desde una casa medianera, propiedad del protonotario, hasta una bóveda donde guardaban el car-

bón las religiosas.

Asustada doña Margarita y convencida de que el galán realizaría su designio, dió noticia de tales planes a la priora, quien no sabiendo cómo evitar la inminente profanación, ideó un supremo arbitrio que acaso sirviera para frustrar el intento del rey.

La noche del escaló, convirtió la celda de doña Margarita en cámara fúnebre —blandones, flores, crucifijos— e hizo que se tendiera la doncella en medio de aquel aparato, sobre un blanco tapiz, bordado de oro, como si estuviera difunta. A la vista de semejante espectáculo, quedaron confundidos Villanueva y el rey, saliendo más que a escape del claustro.

El lance llegó a oídos del inquisidor general, quien no atreviéndose a proce-

dostra de puzolana, tan dura, que me costó trabajo arrancar algunos trozos con mi cincel y martilleando con fuerza. La atravesé por fin en todo su espesor y encontré la roca viva.

—¡La roca —exclamé—, la roca! ¡Es roca todo! ¡Oh, es horrible este misterio!

Solbioski se acercó a mí, me cogió fuertemente por los brazos y me llevó al alféizar de la ventana.

—Es un deber de humanidad —me dijo— que descubramos este misterio; pero únicamente en la torre podremos encontrar su explicación. Ya he anotado cuánto hay aquí que nos pueda servir para sacar partido del hallazgo que has hecho tú esta mañana, y a media noche te esperaré, para esta expedición al pie de las ruinas por las cuales has subido a la cima. Ahora, piensa que no podríamos poner a este hombre débil al corriente de nuestra empresa sin volverlo loco de terror y que convendría tranquilizarle afectando despreocupación.

—Qué tontos somos —continuó, volviendo a sentarse a la mesa— dejándonos engañar por unas apariencias que se descubren ellas solas. El doctor Fabricius, que frecuenta desde hace mucho tiempo el castillo y que conoce sus más ocultos rincones, lo ha creído muy a propósito para comprobar nuestro ánimo con una prueba de un género nuevo, como es costumbre en el «Tugend-Bund», porque probablemente nos reserva para esta noche los honores de la alta iniciación, a la que ninguno de los tres hemos llegado, si es que el señor Bartolotti no está en el secreto de todo. Ya casi juraría que él es uno de los actores principales de esta escena, por el talento con que acaba de disminuir las emociones del miedo, cosa tan difícil de hacer para un hombre de su valor. Felizmente, los corazones como los nuestros no se dejan vencer por sus gestiones de novela, y desafiamos con este vaso de Sebenico preparado para un brindis, a todos los peligros que pueden alarmar el alma de un hombre.

Al verse adulado, y orgulloso de serlo, como les sucede generalmente a todos los hombres de poco corazón y poca inteligencia, Bartolotti se había tranquilizado lo suficiente para presentar un vaso al jarro de Solbioski sin temblar y para dejarlo llenar hasta los bordes sin derramar una gota.

Confesaré que la hipótesis que Solbioski había encontrado tan oportunamente no estaba desprovista para mí de toda posibilidad, pues me explicaba claramente la extraordinaria ausencia del doctor en el momento en que la crecida del Tagliamento podía hacer que la «Torre Maladetta» fuese inaccesible durante algunos días. Con esto llegamos a rivalizar en tales bravatas, como si todos los sínodos y «vendites» de Alemania y de Italia no estuviesen oyendo, hasta el punto de cubrir todos los ruidos que se pudieran alzar bajo nuestros pies. Al fin nos arrojamos en el lecho más o menos tranquilos, pero con la diferencia de que, como Solbioski y yo no desahuciamos esta noche al sueño, no nos quitamos nuestros vestidos.

Cuando se hizo otra vez el silencio, escuché más atentamente que nunca. Ya no se oía el golpe estremecedor; pero yo percibía de tiempo en tiempo una queja lamentable como el toque de difuntos de una campana lejana, y «Puck», medio adormilado, respondía a este gemido con el gemido doloroso de un perro que sueña.

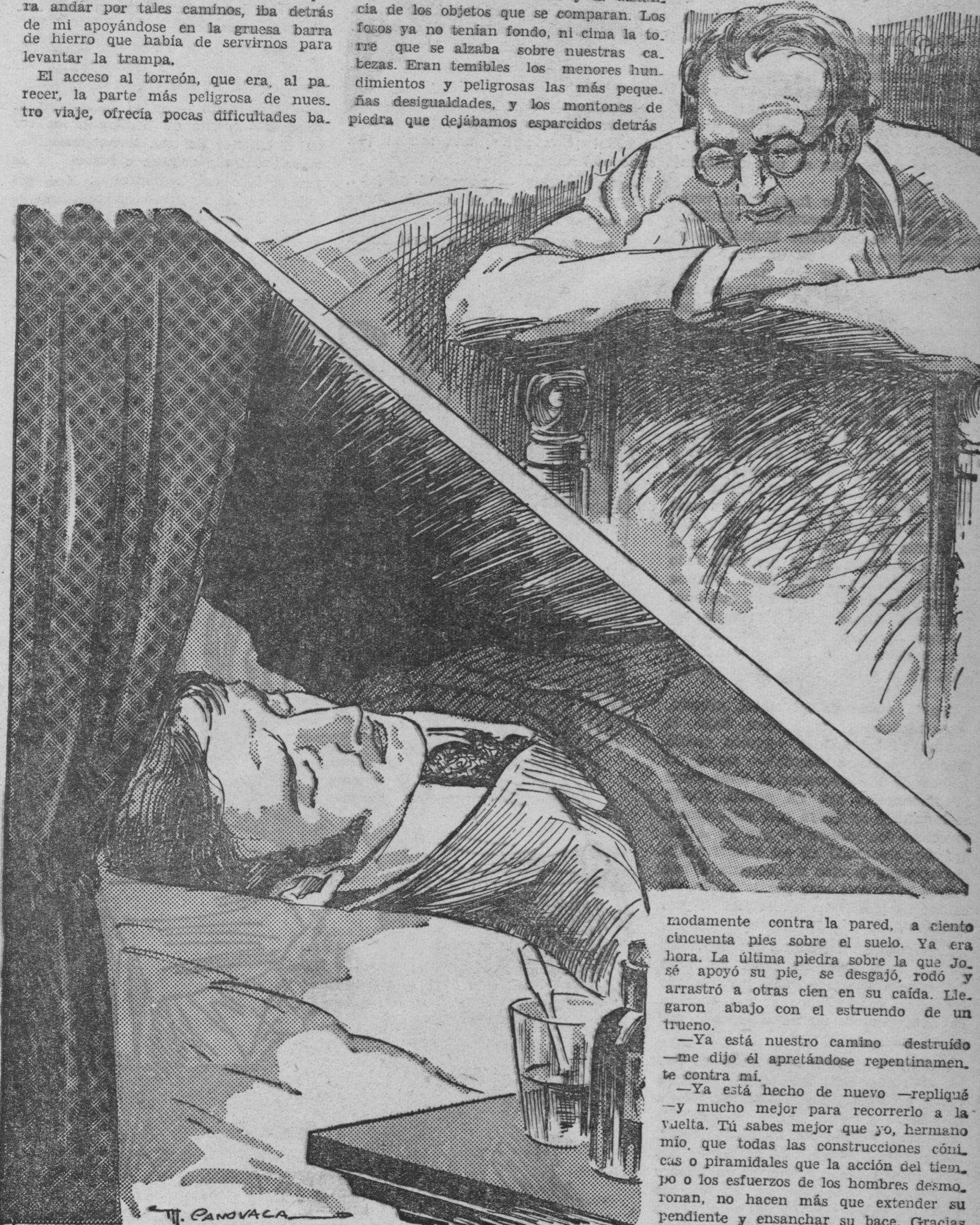
Solbioski salió el primero, como habíamos convenido, para proveerse de una palanca y de otros instrumentos que él creía necesarios para nuestras nocturnas expediciones. Poco tiempo después me deslicé hacia afuera, atrayendo suavemente la puerta hacia mí para que «Puck» no se aventurase a seguirme por un camino que le estaba prohibido a su valor y a su fidelidad. Acanecé la pendiente de las murallas y sólo esperé un momento. José llegó con todo el bagaje necesario para aventuras de esta índole contenido en un saco de cañadón. Dos pistolas colgaban de nuestros cinturones y del mío un buen puñal, además del cincel y el martillo habituales.

Yo marché delante, llevando una linterna sorda, José, menos aguerrido para andar por tales caminos, iba detrás de mí apoyándose en la gruesa barra de hierro que había de servirnos para levantar la trampa.

El acceso al torreón, que era, al parecer, la parte más peligrosa de nuestro viaje, ofrecía pocas dificultades ba-

jo la luz plena y pura de aquella resplandeciente noche.

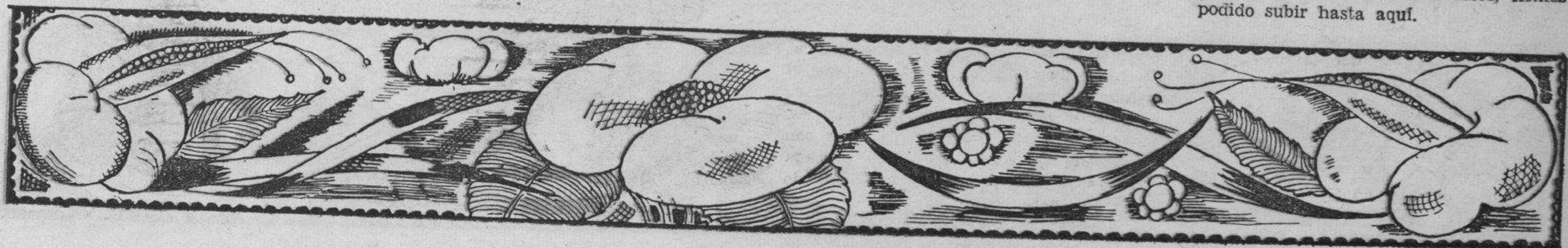
Después de algunos esfuerzos, nuestro paso, animado por los primeros obstáculos, se calmó un poco. Yo oía menos claramente los pasos de José detrás de los míos. Me volví y ví que tomaba aliento. He dicho que ya estábamos fatigados por las marchas de las mañanas. Le animé con mi voz y seguí subiendo; pero en seguida me tuve yo a mí vez que detener. No ganábamos tres o cuatro tomas en altura sin que el espacio ganara en profundidad a derecha e izquierda en una proporción que no tenía relación con nuestros progresos reales. Yo no estaba acostumbrado a la vaguedad de la luz de la luna, que equivoca todos los cálculos de la vista al cambiar la forma, el color y la distancia de los objetos que se comparan. Los focos ya no tenían fondo, ni cima la torre que se alzaba sobre nuestras cabezas. Eran temibles los menores humedamientos y peligrosas las más pequeñas desigualdades, y los montones de piedra que dejábamos esparcidos detrás

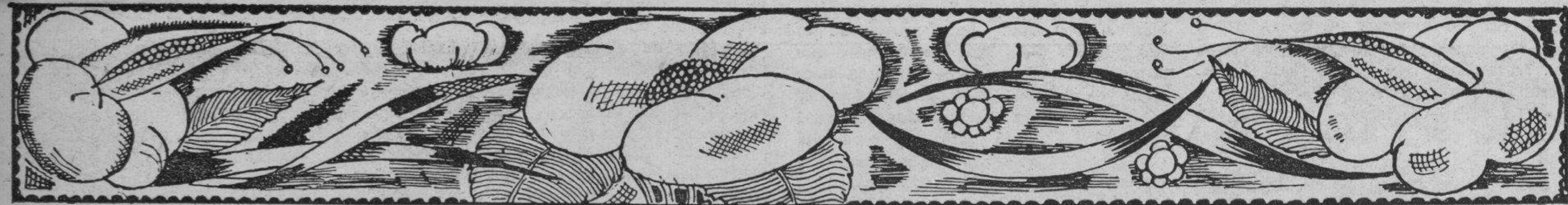


modamente contra la pared, a ciento cincuenta pies sobre el suelo. Ya era hora. La última piedra sobre la que José apoyó su pie, se desgajó, rodó y arrastró a otras cien en su caída. Llegaron abajo con el estruendo de un trueno.

—Ya está nuestro camino destruido —me dijo él apretándose repentinamente contra mí.

—Ya está hecho de nuevo —repliqué —y mucho mejor para recorrerlo a la vuelta. Tú sabes mejor que yo, hermano mío, que todas las construcciones cónicas o piramidales que la acción del tiempo o los esfuerzos de los hombres desmoronan, no hacen más que extender su pendiente y ensanchar su base. Gracias a accidentes semejantes a éstos, hemos podido subir hasta aquí.





—Tienes razón —respondió Solbloski— pero, ¡la torre, esta maldita torre! ¿cómo nos salga algún medio de subir?

Yo estaba a veinte pies encima de él antes de responderle, y él me seguía alternativamente, de hueco en hueco o de escalón en escalón, según que la torre presentase vacíos o relieves a la claridad de mi linterna, vuelta hacia la pared, deslizándose sus manos en todos los sitios que mis pies dejaban o apoyándolas en todos los salientes en que habían descansado. Cerca ya de la cima, le quitó la palanca y las demás herramientas y las arrojó al interior de la torre, adonde él llegó casi tan pronto como yo, aunque no se hubiese ejercitado por la mañana en una ascensión tan extraña.

Quizá la vuelta no fuera fácil; pero entonces no nos preocupaba. Estábamos encima de la «Torre Maladetta» y nos abrazamos riendo en un lugar donde podíamos suponer que nadie había reído. ¡Qué bien nos encontrábamos en medio de este aire elástico y fresco que jugaba con nuestros cabellos! ¡Qué deliciosa temperatura hacía! ¡Qué noche tan dulce! ¡Qué serenidad tan suave y acariciadora! ¡Y el corazón de mi querido José se abría a un tan bello porvenir! Fue una corta pero encantadora charla entre la tierra y el firmamento, como la de dos ángeles del cielo —me atreví a pensar— que hubieran posado su vuelo sobre la «Torre Maladetta».

—Perdóname —me dijo— si te he hecho daño con mi alegría. Honoraria está allí —continuó, señalando a Saint-Veit, cuya torre se dibujaba en el horizonte bajo nuestros pies como una débil columna de negro basalto—, y olvidaba que aunque Diana viviese no te pertenecía.

—Ven —le respondí, abrazándole otra vez— y dejemos mis tristezas y mis dolores. En esta torre hay alguien que sufre.

Con la ayuda de mi cincel, introdujimos fácilmente la palanca, bajo la trampa. Muy pronto, —¿quién podría expresar nuestra alegría?— oímos el gemido de las charnelas al girar sobre su enmohecido eje. La pesada puerta se levantó y se apoyó casi verticalmente contra las piedras de que yo la había desembarazado en mi primer viaje. Me apresuré a atar mi linterna a una cuerda y la dejé caer por la cripta. Se detuvo en piso firme a seis pies de profundidad.

Bajé. Paseé mi linterna por todos los puntos, bajo todos los lados entrantes del entablamiento, y acabé por ver que estaba colocado encima de una escalera en hélice mucho menos estropeada que la del exterior.

—¡Espera, espera! —le grité a Solbloski—. O mucho me engaño, o llegaremos a conocer lo que tanto nos interesa saber.

Hubiera inútilmente intentado seguirme, porque desaparecí al acabar de hablar. Estaba tan apretado en su tambor el tronco de la voluta, que en ninguna parte se veían más de dos escalones a la vez de su profunda espiral, y a fuerza de dar vueltas alrededor de él sentí

que mi corazón se ahogaba y que se nublaban mis ojos. Me dejé caer medio atontado en una especie de rellano del que arrancaba una escalera más amplia y perfectamente directa, por la que podrían pasar tres hombres a la vez. Al seguirla con la mirada hasta abajo me chocó una luz inesperada que al principio supuse que era un resto de deslumbramiento. ¡No era una ilusión; era el cielo, el cielo con el azul aterciopelado de la luna, tan magnífico y grato en medio de las tinieblas de este horrible edificio!

—¡La luna y el cielo! —grité volviendo a subir apresuradamente—. ¡La luna y el cielo! ¡Una salida, una salida! ¡La torre está abierta!

—¿Una salida? —respondió José—. ¡Oh! ¿Podremos salir de aquí sin volver a bajar por las murallas?

Y en ese momento se lanzó hacia

abajo; pero apenas había llegado a mi lado, cuando la trampa de hierro cayó hacia nosotros, conmoviendo con la espantosa sacudida de su golpe la vacilante ruina del torreón, que tembló de arriba abajo.

—¿Qué he hecho? —exclamó—. ¡He nos aquí presos, y para siempre, en la «Torre Maladetta»! ¡He dejado arriba todas las herramientas que podían servir para salvarnos!

—Pero ¿no te he dicho que he encontrado una salida, una salida fácil y segura, que tú no has visto esta mañana?

—Yo he visto —replicó Solbloski preocupado— cuanto un hombre puede ver en el exterior de esta torre, y si tiene alguna entrada ruinosa e inaccesible es por el lado del Taglamanto; y ¿crees que el río no se habrá desbordado?

—Ven, ven—exclamé arrastrándolo—, y no te abandones a inquietudes inútiles.

les. Dentro de unos momentos estaremos fuera. Mira, mira...

—¡Ah —dijo Solbloski—, es el cielo! ¡Es el lado de Saint-Veit! ¡Y la playa está aún muy alta!

Descendimos una docena de escalones de la nueva escalera, abrazados y llenos de esperanza, porque ya no había nada que temer. Yo quería llegar más pronto y corrí.

—¡Detente! —me gritó José sosteniéndome con todas sus fuerzas—. ¿No ves, desgraciado, que la escalera está rota? Entonces nos sentamos, y yo dejé deslizar dos brazos de la cuerda que sostenía mi linterna.

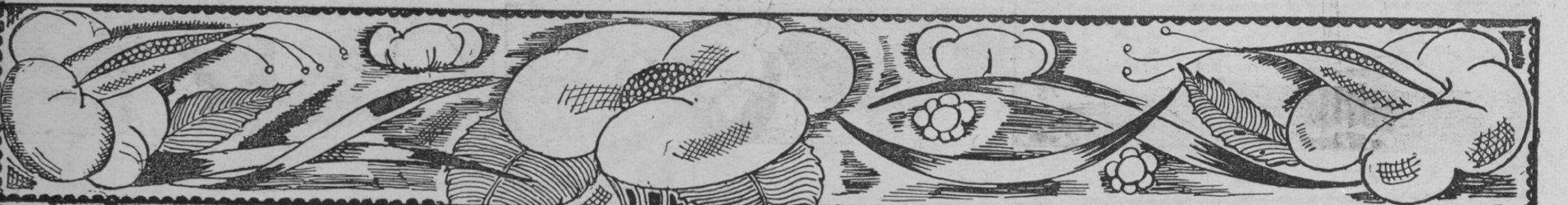
—¡Bueno, bueno! —proseguí—. No digas rota, dí más bien interrumpida a propósito, pues el muro de contención que ha reemplazado a los escalones parece de construcción más reciente que el resto del edificio. Mario lo hizo sin duda para impedir la comunicación con el interior de su castillo. Pero es una precaución tonta, porque un niño podría bajar sin peligro, y ya ves que los escalones continúan después de este corto intervalo y llegan hasta esa puerta de luz que nos devuelve la libertad.

—Un niño podría bajar —respondió Solbloski—; pero la pared es reciente, como tú has dicho, y un hombre no podría subir. Vuelve, Máximo, vuelve. Es probable que cuatro brazos vigorosos puedan levantar la trampa... y nosotros aún no lo hemos probado. Tomaremos más precauciones y recursos, indicaremos nuestro itinerario a algunos vecinos valerosos que a fuerza de dinero podamos traer hasta el castillo si la inundación no nos ha separado aún, y no expondremos nuestra vida en peligros irremediables y acaso inútiles.

No habíamos calculado ni uno ni otro el efecto de los cuatro brazos vigorosos de que hablaba Solbloski a una toesa de nuestro punto de apoyo común. La trampa se movía bajo nuestros esfuerzos; pero hubieran sido precisos otros brazos al extremo de los nuestros para conseguir levantarla y apoyarla en las piedras, como estaba antes. Mi cincel nos prestaba un pobre auxilio, y en cuanto hicimos dos o tres intentos cayó a nuestros pies roto por el mango. Me guardé muy bien de exponer la punta de mi puñal a una empresa tan impotente; podía servirnos para otra cosa mejor.

Volvimos a bajar sin habernos, y estábamos un momento después al pie de la pared que cortaba tan bruscamente la escalera. Me cercioré de que era imposible alcanzar con las manos esta altura si nos veíamos obligados a volver; pero la luna seguía brillando, y su luz, más viva y más extensa a medida que se acercaba su puesta, inundaba los escalones de abajo hasta el punto de poderlos contar fácilmente. El espacio exterior no tenía límites. Eran unos veinte pasos, que recorrimos con una desocupación casi alegre; pero también allí el camino estaba cerrado, y la altura de la cortadura hubiera sido espantosa si el peso de las construcciones superiores no la hubiese inclinado un poco.

- CONTINUARA -



París, junio de 1938.

El nombre de Jaime Balmes representa uno de aquellos grandes valores del pensamiento tradicional ibérico que Menéndez Pelayo —consagrado sabiamente mentor de la España nueva— propuso como maestros perennes de su patria. Pocos escritores merecieron, por parte del autor de los «Heterodoxos», una tan reiterada atención, una simpatía tan franca ni una aquilatación más alta. Entre los del siglo XIX, ninguno.

Balmes vivió una de las épocas más turbulentas de la historia de España (1810-1848). La guerra de la Independencia, la revolución liberal de 1812, la inmediata reacción de Fernando VII, el golpe de Riego con la serie de innumerables pronunciamientos que lo precedieron, el período liberal que este golpe inauguró, la entrada en la Península de los «cientos mil hijos de San Luis», la década absolutista que siguió, la regencia de María Cristina con la guerra civil de los siete años y los motines liberales, matanzas y quemaduras de conventos que la llenaron; los dos años de desenfreno progresista, la reacción moderada que se produjo después, son, a grandes rasgos, los hechos capitales de esta época. Llamado por la vocación irresistible de hacer luz en aquellos caos, Balmes, a los treinta y un años de edad, abandonó su ciudad natal, Vich, para intervenir decididamente en la vida pública de España.

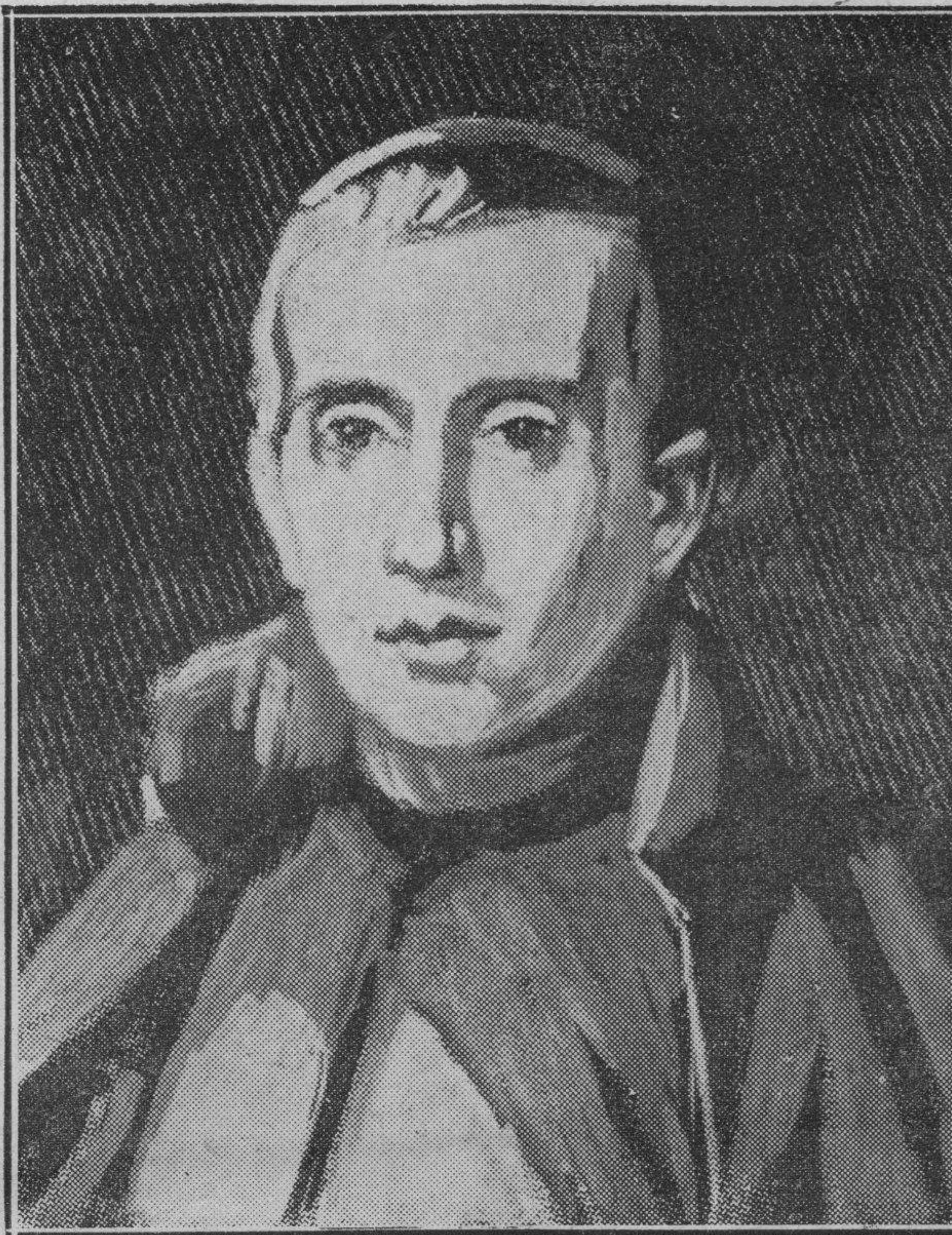
Dos son los sentidos que tomó su actividad. Precisaba, de una parte, reconstruir espiritual y moralmente aquella sociedad deshecha que, en plena crisis religiosa y agitada terriblemente por los fermentos del odio y de la revolución, estaba ya al borde de su total ruina. La obra del filósofo, del moralista y del apologeta del catolicismo, se orientó a esta misión. A las selecciones intelectuales, perdidas hasta entonces en las doctrinismos de la Enciclopedia, o cerradas, del lado opuesto, en un verbalismo absolutista sin contenido alguno, les dio sus grandes tratados de Filosofía y de Historia. Con sus obras menores, entre las cuales hay verdaderas joyas como «El Criterio» y las «Cartas a un escéptico», llevó aquel mismo magisterio a los sectores medios de la sociedad y de la inteligencia. Previamente, y también en este mismo apostolado, trabajó en Barcelona, como redactor de los periódicos «La Religión» y «La Civilización».

En aquella sociedad exhausta, la palabra de Balmes, reanudando la olvidada tradición del pensamiento español, surgió subyugadora y amable como un milagro de fuerza y de claridad. «Durante su vida —escribió Menéndez Pelayo— por desgracia tan breve, pero tan rica y tan armónica, fué, sin hipébole, el doctor y el maestro de sus conciudadanos. España entera pensó con él y su magisterio continuó después de la tumba. ¡A cuántos entendimientos encendió la primera llama de las ciencias especulativas! ¡A cuántos entendimientos mostró por primera vez los principios cardinales del Derecho Público, las leyes de la Filosofía, de la Historia, y, sobre todo, las reglas de la lógica práctica, el arte de pensar sobrio, modesto, con aplicación continua a los usos de la vida, con instinto certero de moralista popular!»

Un segundo sentido dio Balmes a su actividad, complementario del anterior, proyectando también su genio en el campo de la política. Es éste un aspecto poco conocido de su personalidad. En España y en el extranjero, la fama de Balmes va, en general, exclusivamente ligada a la memoria del filósofo y del apologeta. Y no obstante, tanto como esto y quizás más que esto, Balmes fué un político, y es posible que de no morir prematuramente hubiera conseguido clarificar los rumbos de la historia contemporánea de España.

Pero, si de su actuación personal en la política, que tendió siempre principalmente a asegurar la paz interior de España con la eliminación de los factores revolucionarios y de los peligros de guerra civil, no nos queda hoy más que un ejemplo magnífico de rectitud, de probidad y de energía, los escritos redactados al calor de aquella actuación constituyen un densísimo tratado político que, en ninguna ocasión ni tiempo, españoles y extranjeros consultarán sin enorme provecho:

Precisamente, Balmes, como escritor se anunció en España el año 1840, con una obra de carácter político, las «Observaciones sobre la situación de España», impre-

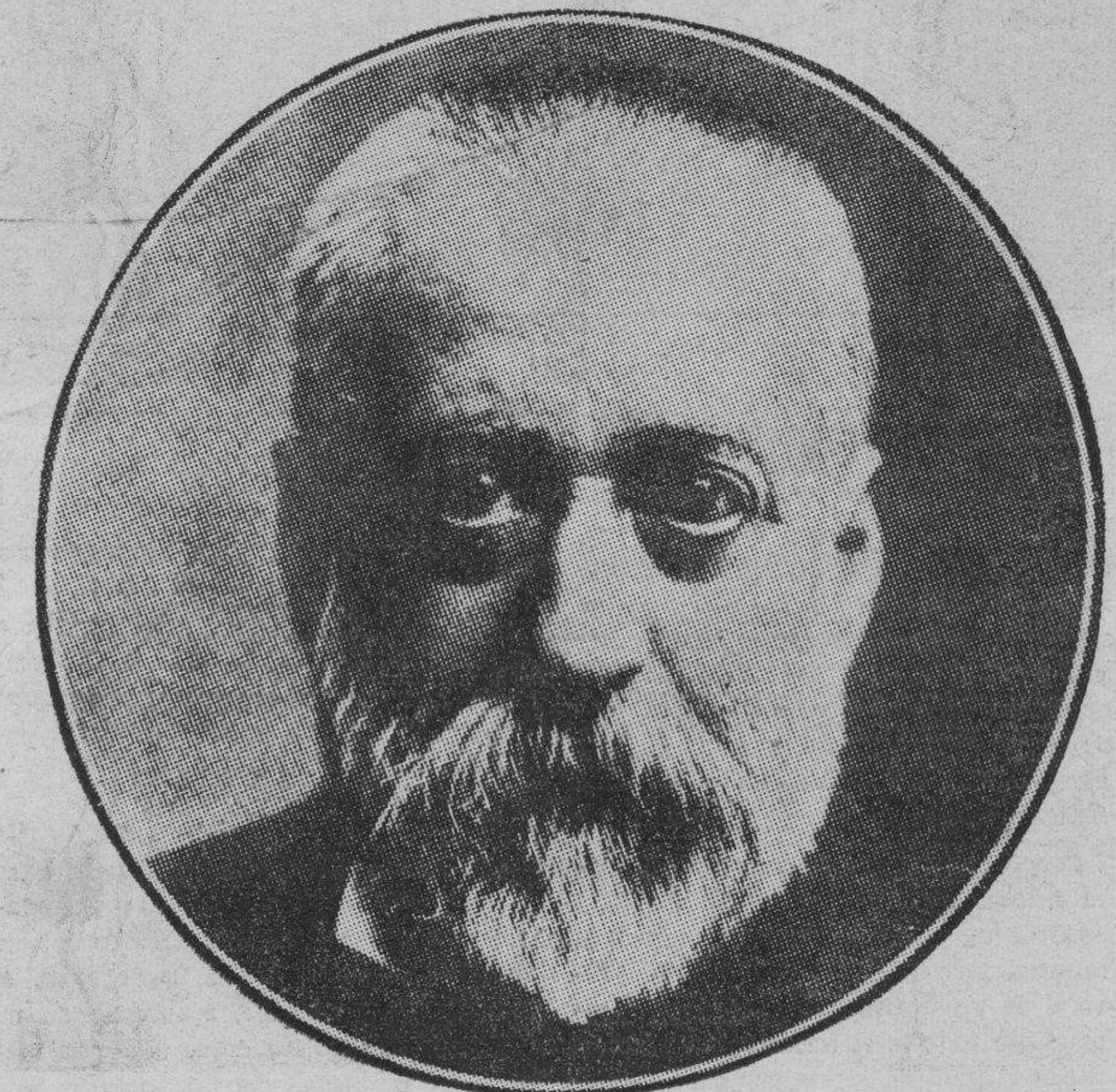


JAIME LUCIANO BALMES

UNA GRAN FIGURA DEL SIGLO XIX ESPAÑOL: JAIME BALMES

ciones sociales, políticas y económicas sobre los bienes del Clero». El folleto popularizó rápidamente el nombre de su autor. Menéndez y Pelayo afirma que de cuantos escritos se publicaron entonces

alrededor de esta cuestión, sólo el de Balmes, por la elevación con que fué concebido, ha resistido y resistirá al tiempo. Esta obra aparte, y también aparte el libro intitolado «Consideraciones políticas



D. MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO

cas sobre la situación de España», impreso en Barcelona el año 1842, la mayoría de los estudios políticos de Balmes fueron publicados en las revistas «La Sociedad» y «El Pensamiento de la Nación» de Madrid. Balmes reunió una selección de ellos en dos volúmenes, bajo el título de «Escritos Políticos». Hoy los poseemos todos, anotados y editados perfectamente en diez volúmenes, formando parte de la colección de las «Obras completas de Balmes», publicada hace años en Barcelona.

Este Balmes político no podía escapar a la penetración y a la valoración de Menéndez y Pelayo, quien nos dice de él que «recorrió con admirable seguridad de criterio todos los problemas de Derecho Público, llamó a examen todos los sistemas de organización social, y nos dejó un cuerpo de política española, materia de innegable estudio. Cosas hay en aquellos artículos que parecen escritas con aliento profético, y que vemos ya cumplidas. Otras caminan a cumplirse. Todo está allí dicho, todo está por lo menos adivinado». Y añade: «Sus planes fueron de paz, sus proyectos de concordia entre cristianos, nunca de amalgama ni de transacción con el error». Su espíritu, pues, está ciertamente con los que por no transigir con el error, por no amalgamarse con la barbarie, por no consentir el desdoro nacional, han unido sus corazones y sus brazos en un movimiento grandioso que asombra a nuestro siglo. Cuando se defiende a España, cuando ella se defiende la civilización occidental, el prestigio y el honor de la vieja Europa, se está con Balmes.

En política, como el Filosofía, enfocó todos los problemas con aquel humanismo ecléctico que es la característica esencial del pensamiento tradicional español. En el estudio «Cuadrado y sus obras», Menéndez y Pelayo, tributándole su mayor elogio, le coloca al lado de Fox Morcillo y de Luis Vives. Comprendió Balmes todas las necesidades del progreso, que es avance, movimiento, transformación; pero enseñó que, en el orden de las verdades, la inmutabilidad es una condición necesaria del progreso.

Todas las creencias verdaderas, todas las grandes verdades irradiaron de la mente poderosa del autor de «El Protestantismo comparado con el Catolicismo» y de la «Filosofía fundamental». Todos los sentimientos generosos, todas las aspiraciones de la nación española palpitaron en aquel noble pecho y centellearon en el diamante puro de su palabra.

Fué el genio de la certidumbre sistemática. Aborreció la duda, esa especie de compromiso entre las debilidades del entendimiento y de la voluntad. De ahí su jerarquía insustituible, tan eficaz hoy como en su tiempo, en tanto que maestro y guía de su pueblo. A este respecto nos lo señala Menéndez y Pelayo: «Iluminado por la antorcha del sentido común, y asido siempre a la realidad de las cosas, de la cual toma fuerzas, como Anteo del contacto de la tierra. No da paso en falso, no corta el procedimiento dialéctico, no quiere deslumbrar, sino convencer; no da metáforas por ideas, no deja pasar noción sin explicarla; no salta los anillos intermediarios, no vuela; pero camino siempre con planta segura. Con él no hay peligro de extravarse, por que tiene en grado eminente el don de la precisión y de la seguridad».

En orden al espíritu de la Nueva España, ninguna labor es más necesaria y urgente que la de buscar inspiración y base en el pensamiento hispánico tradicional. Menéndez y Pelayo fué el insigne atleta de la rehabilitación de este pensamiento, y por eso un decreto de la España renaciente lo ha erigido en Mentor supremo de la Patria hispánica. Sin aquella rehabilitación es posible que el actual movimiento de la España nueva no hubiera podido realizarse. La fidelidad de este pensamiento, del cual Balmes fué docto máximo, asegurará los frutos de verdadera redención, la paz grande y fecunda, después de la victoria final, ya inminente, de las armas.

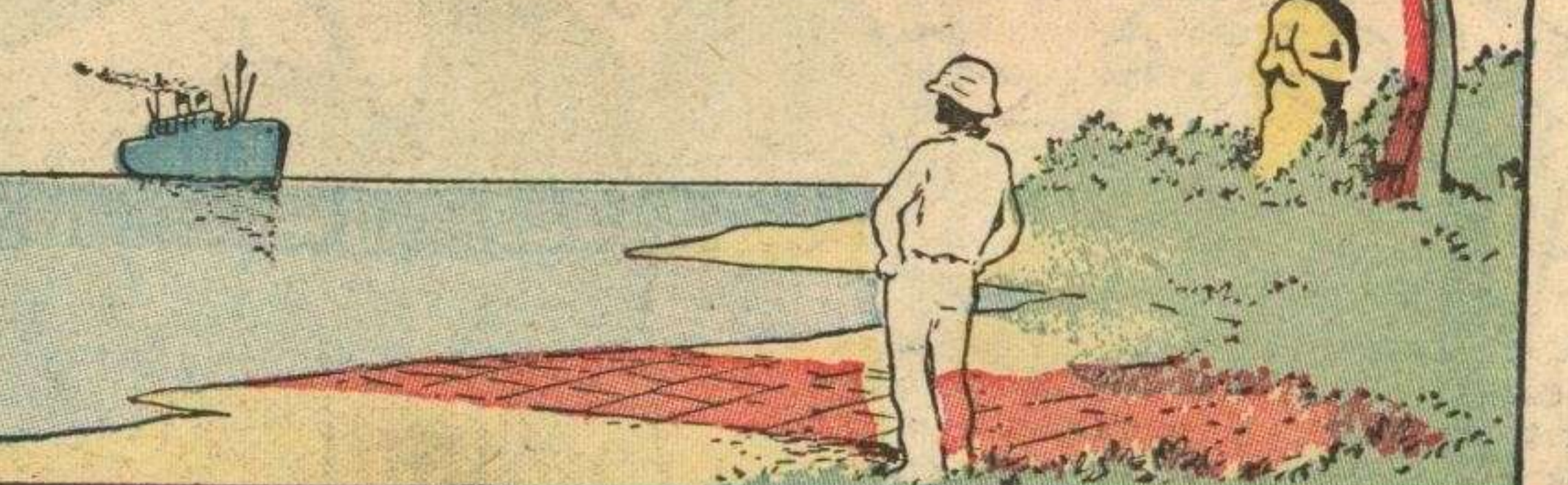
Carlos Deambrosis Martins) Director de «Paris.Prensa»

TRUCUTÚ



FRAGMENTOS DE LA HISTORIA HUMANA LA ISLA DE EASTER

MENCIONAMOS ANTES LAS RUINAS ENCONTRADAS EN LAS ISLAS DEL PACÍFICO, ESPECIALMENTE EN EASTER, A 2100 MILLAS DE LA COSTA OCCIDENTAL DE SUR AMÉRICA. EN ESTA ISLA HAY MÁS DE 500 MUESTRAS DE UN ARTE PREHISTÓRICO REALIZADO POR UNA RAZA DESCONOCIDA. HAY MONUMENTOS DE PIEDRA DE 16 PIES DE ALTO, PERO TAMBIÉN SE HA DESCUBIERTO UNO DE 70 PIES. ADEMÁS DE ESTAS ESTATUAS GROTESCAS, SE ENCONTRARON LAS RUINAS DE UN TEMPLO, UNAS 700 CASAS DE PIEDRA Y GRANDES CANTIDADES DE ROCA LISTA PARA LLEVAR A ALGÓN OTRO LUGAR. LO MÁS EXTRAÑO, SIN EM- BARGO, SON LAS CARRETERAS DE PIEDRA QUE LLE- GAN HASTA EL MISMO FONDO DEL OCEANO PACÍFICO. TODOS ESTOS INDICIOS SEÑALAN HACIA LA POSIBI- LIDAD DE LA EXISTENCIA DE UN CONTINENTE EN LA EXTENSIÓN OCUPADA HOY POR EL MAR. (CONTINUARÁ)



MARAVILLAS DEL MUNDO

EL PLANETA MARTE

ESTE PLANETA ROJO, NOMBRADO EN HONOR DEL DIOS DE LA GUERRA, OCUPA LA CUARTA DIS- TANCIA DEL SOL, EN MEDIO DE LAS ÓRBITAS DE JÚPITER Y LA TIERRA. EL AÑO DE MARTE CONSTA DE 687 DÍAS.



SU DIÁMETRO ES DE 4,200 MILLAS, LA MITAD DEL DE LA TIERRA! SE DICE QUE ESTÁ HABITADO POR INDIVIDUOS EXTRAÑOS E INTELIGENTÍSIMOS.



LOS ASTRÓNOMOS ESTÁN PERPLEJOS ANTE EL SISTEMA DE CANALES QUE SE OBSERVAN EN LA SUPERFICIE DE ESTE PLANETA.

EL HIELO SE FORMA EN SUS POLOS DURANTE EL INVIERNO Y SE DERRITE EN LOS MESES DEL VERANO.



SOBRE LA SUPERFICIE DE MARTE SE OBSERVAN GRANDES EXTENSIONES VERDE AZULOSAS EN VERANO Y COLOR CARMELITA EN INVIERNO. PARECE QUE ES LA VEGETACIÓN.

MARTE GIRA SOBRE SU EJE CADA 24 HORAS CON 37 MINUTOS. CUANDO ESTÁ MÁS CERCA DE LA TIERRA ES A 35 MILLONES DE MILLAS.



MARTE TIENE DOS SATÉLITES: LAS LUNAS DEIMOS Y FOBOS. NINGUNA DE LAS DOS MIDE MÁ- DE DIEZ MILLAS DE DIÁMETRO. FOBOS LE DA LA VUELTA AL PLANETA EN UNO DE SUS DÍAS, SALIENDO POR OCCIDENTE Y PONIÉNDOSE POR ORIENTE.

PECOSO Y SUS AMIGOS

Por Blosser



VICTIMA, HEROE Y VILLANO

ES imposible decir exactamente cuándo fué que empezó la moda de las matinés cinematográficas. Quien estas líneas escribe recuerda haber sido asiduo concurrente a las llamadas "primeras tandas" de hace 25 años, aquellas funciones populares que empezaban a las seis de la tarde a fin de que los muchachos mayores de 9 años pudieran ver su película y acostarse temprano al mismo tiempo.

La matiné del cine se celebraba por lo común el sábado de las dos de la tarde en adelante. Esta función duraba—en mi pueblo, quiero decir—unas cuatro horas, porque no había chiquillo que aceptara ver las películas menos de dos veces corridas. El empresario había tenido que adoptar, además, el sistema de cerrar el teatro a las seis y abrirlo nuevamente a las seis y media, demostrando así la primera tanda nocturna, y no sin antes buscar los últimos escondrijos del local para sacar a los pilluelos que solían quedarse a oscuras para continuar la dosis sin el requisito de pagar la entrada.

¿Cómo han cambiado los tiempos desde entonces! El cine estaba en pañales en aquella época. Las pocas películas que había disponibles no eran suficientes para mantener abiertos los teatros por la tarde, mientras que hoy día, en Nueva York por ejemplo, los cines empiezan a exhibir a las diez de la mañana, y en la sección de Broadway y la calle 42 permanecen abiertos hasta las tres de la madrugada.

Los precios también han sufrido una alteración. En las aldeas de Puerto Rico, hace un cuarto de siglo, los niños pagaban hasta 15 centavos por ver una función relativamente mala, y los adultos 25 y 30 centavos, oro americano. En la calle 42, en Nueva York, los adultos pagan actualmente 15 centavos por ver una función que ofrece: dos películas de largo metraje, una cinta cómica o educativa, y una cinta de noticias internacionales. La sesión dura fácilmente tres horas y media y ello no obsta para que a diez metros de estos cines populares, los teatros más elegantes de la metrópolis, como el Paramount y el Roxy, ofrezcan espléndidos espectáculos de cine y variedades a 55 centavos la luneta, y se llenen de bote en bote.

La película de fuerza en mi época de muchacho era la de episodios. Los cines hacían su agosto con Los Misterios de Paulina hasta muy entrado el segundo cuarto de siglo. ¿Quién no recuerda a Mano Manca, el villano más audaz de la pantalla? Gozaban de inmensa popularidad entonces un joven actor llamado Creighton Hale y Mabel Normand. Esta última, sobre todo, era

por SAM LUKAS

un prodigio de mujer en las cintas de vaqueros y de bandidos. El centro de atracción consistía de una trilogía tradicionalmente venerada en el teatro y la novela: el héroe, el villano y la víctima. Con eso bastaba para que las exhibiciones fueran siempre sonados éxitos de taquilla.

Estas cintas de vaqueros, como se ha indicado antes en nuestras crónicas, comparten en la actualidad el favor del público con las obras de episodios. Cada año que pasa, la cinta de episodios, abuela de las modernas producciones de largo metraje para exhibir de un tiro, se convierte más y más en la base fundamental del negocio de los exhibidores. Tres grandes compañías de Hollywood se dedican a la filmación de obras de episodios y gastan promedios hasta de \$250,000 en la producción de las mismas. Las compañías que no querían explotar este ramo por considerarlo prosaico, han tenido que aceptarlo a la postre, o reemplazarlo con las películas de aventuras de largo metraje, pues ya hay teatros importantes, como el Rialto de Nueva York y el Paramount de Los Angeles, que empiezan a especializarse en los programas de esta clase.

La creciente popularidad de este género de cintas se explica fácilmente si tomamos en cuenta que los niños de ayer somos los adultos de hoy, y que aun conservamos en nuestras almas el instinto primitivo que de muchacho nos llevaba a ser fanáticos del cine de aventuras. Hasta se está dando el caso de que, para satisfacer el interés de los espectadores adultos, los cines ofrecen el atractivo adicional de dos episodios en vez de uno en la misma función semanal.

Por esta misma razón de los millones de patrocinadores adultos a quienes les siguen gustando los episodios espeluznantes, los estudios cinematográficos exigen a sus libretistas que preparen las tramas de estas obras con mayor cuidado, respetando la lógica y atendiendo a ciertos pormenores que quizás pasarían inadvertidos para los niños, pero que la gente consciente no podría perdonar. Esto, aparte de que los mismos muchachos de hoy son más avisados que los de antes, y no se tragan ingenuamente todo lo que se les presenta en el lienzo.

BARNEY SARECKY, uno de los productores veteranos de la compañía Universal, dice que es sumamente difícil engañar a los muchachos modernos. "En una de nuestras películas —nos relata—habíamos proyectado que el héroe hiciera un número de acrobata en la cuerda, pero cuando llegó el momento, el actor encargado del

papel de referencia apenas si podía mantener el equilibrio sobre una mesa. Pusimos a un jovencito a hacer el truco, y cuando la película fué exhibida los chicos que formaban parte del público comenzaron a gritar que aquello era un fraude terrible. En otra ocasión estuve a punto de renunciar mi puesto, pues encontrándome en un cine viendo la cinta que se exhibía, oí a un chico que hacía el siguiente comentario: "¡Caray, en esa escena debieron cortar y presentar al héroe de cuerpo entero!"

Fundamentalmente, las películas de episodio se conciben y ejecutan de acuerdo con una fórmula invariable. En primer término, no hay que dejar decaer el interés; después, la justicia debe triunfar en todo momento; tercero, hay que evitar la obscenidad y los malos ejemplos que puedan ser perjudiciales a la moralidad de los niños. Esto último es importantísimo, especialmente desde 1928 en que la censura viene interviniendo en los métodos de la industria.

"En estas cintas—dice Bob Bache, productor de las obras de episodios de la Republic—no podemos representar en escena los detalles exactos de un crimen. Se pueden usar efectos de sombras y hasta ruidos, pero no es permitido filmar una mano armada hundiendo su puñal en el cuerpo de la víctima. Las ametralladoras solamente pueden ser usadas por los agentes de la Secreta. Hay que evitar los métodos fáciles de cometer crímenes, pues podrían ser imitados por los muchachos de la manera más inocente. Por lo común, los villanos de las cintas de aventuras deben morir en tiroteos suscitados por la necesidad de hacer imperar la ley y establecer el orden, y si es posible que la muerte suceda en alguna forma fantástica e inverosímil, como por medio de la desintegración bajo los efectos de los rayos luminicos, esa es la manera ideal de presentar la situación sin hacerle daño a las tiernas mentalidades infantiles.

"Lo que desterró a las reinas de las películas de episodios, aquellas famosas luminarias nimbadas de arrogancia y fantasía,—dice Bache—fué la intervención de la censura. Hoy ya no se puede maltratar a una mujer en el lienzo, y mucho menos lanzarla por un abismo. Si el villano secuestra a una jovencita, no puede atarla de un tronco o tomarla en los brazos y echarle violentamente sobre el lomo de un caballo. Tiene que decirle, con cierto aire de modesta galantería: 'tenga la bondad de montar ese caballo' o algo por el estilo. De modo que es imposible ver en la pantalla a sirenas audaces como Mabel Normand o Pearl White, y por otro lado, son muy pocas las actrices notables a quienes les interesa dedicarse a hacer películas en las que faltan las escenas románticas"

BRILLAN, pues, por su ausencia, los nombres de estrellas famosas en estas cintas de episodios. Ningún fanático acertaría, dentro de tales circunstancias a acordarse del nombre de la actriz que hace el papel principal de estas obras.

De entre el grupo de artistas que se dedicaron a este género de cine desde sus iniciaciones, ha habido algunos sin embargo, que han logrado sobresalir: Kay Hughes, Ann Rutherford, Lynn Roberts, Jean Rogers, Cecilia Parker, Mischa Auer, Douglas Dumbrille, Bela Lugosi, Noah Beery, hijo y Lon Chaney, hijo.

El veterano William Farnum todavía sigue tomando parte en estas cintas, y últimamente hizo el papel del Padre en el El Llanero Solitario de la Republic Pictures. Hasta la fecha ha resultado poco menos que imposible popularizar a los artistas que personifican los personajes de las películas de aventuras. El público dirige sus cartas, no al actor Ralph Byrd sino al detective Dick Tracy, y el artista Buster Grabbie recibe miles de mensajes de admiración para Flash Gordon.

Las películas de episodios deben estar limpias de escenas amorosas y románticas, porque los muchachos arman un escándalo cada vez que es proyectada en el lienzo una escena de esta clase.

El director Sarecky nos cuenta que una vez el actor de una de estas cintas le preguntó si no había en el libreto ninguna escena de idilio, y él le contestó que sí, que se acordara del momento en que él toma la mano a la heroína para ayudarle a pasar por una carretera.

Las obras de este género no requieren gran atención a los detalles de la indumentaria; en lo que más dinero se gasta es en los actores, en los efectos y en la escenografía al aire libre. La compañía Universal hace cuatro grandes cintas de episodios al año, para proveerles a los exhibidores suficiente material para las 52 semanas. La Republic gastó más de un cuarto de millón de dólares para filmar El Llanero Solitario, que es una de las más populares entre los niños. Además de estas dos productoras, la Columbia Pictures también explota el mismo filón.

El héroe, John Carrol, demostrándole al villano que la justicia ha de triunfar, en una escena de los episodios de Zorro, filmados por la productora Republic Pictures Corporation.

La cinta de episodios espeluznantes, en que la justicia siempre triunfa, es el filón más lucrativo de la industria cinematográfica de Hollywood ▲ ▲



La cinta de episodios todavía atrae a los públicos de todos los países. Niños y adultos necesitan el tónico de estas películas bravas, en las que el villano sien pre sale vencido y el héroe es responsable de las cuantiosas entradas de taquilla. Ilámesese Tarzán, El Llanero Solitario o Bulldog Drummond.



Una sombra siniestra amenaza a la heroína, pero es seguro que al finalizar el episodio número 24 la actriz Kay Hughes estará muy viva, y habrá triunfado sobre su terrible enemigo.

Las otras compañías importantes están siguiendo el ejemplo con películas de episodios completos, como la serie de obras que la Twentieth Century-Fox ha filmado sobre las aventuras del detective Charlie Chan, y las del famoso Moto. Warner Brothers está distribuyendo una serie en la que el personaje central es Torchy Blane. Los estudios Selznick han filmado las aventuras de Tom Sawyer y ahora piensan hacer una cinta titulada Tom Sawyer, Detective. La Paramount está haciendo un gran negocio con los episodios de Bulldog Drummond.

DE las cintas de episodios posiblemente surgió la idea de la tira diaria de aventuras de los periódicos. En su infancia, la historieta diaria era esencialmente cómica. Mutt y Jeff son hoy día tan universalmente conocidos y tan reales como Greta Garbo o Shirley Temple o, mejor dicho, Laurel y Hardy. Estos muñecos comenzaron a figurar en los Estados Unidos antes de la Guerra Europea, y se han mantenido como una de las lecturas favoritas de chicos y grandes durante cuatro lustros. Fué una tira esencialmente cómica desde su comienzo y es quizás la única que ha logrado mantener ese carácter a través de los años. Benitín y Eneas estuvieron en el cine antes de Mickey Mouse; fueron, puede decirse, los precursores de la película animada. Hoy día el público los asocia en su mente con los actores favoritos del lienzo. Al contrario de Mutt y Jeff, que pasaron de la página cómica a la pantalla, Mickey Mouse apareció en el cine y pasó luego al diario.

Las demás historietas diarias, también cómicas en su infancia, fueron amoldándose poco a poco al cine de episodios, y tomando carácter de novela en serie. Las historietas más nuevas surgieron de un todo de la idea de la cinta

en serie, y algunas de ellas han logrado mayor popularidad aún, entre los muchachos, que las mismas películas que fueron su molde. Dick Tracy, el detective que resuelve todos los crímenes habidos y por haber, con más arrojo personal que Sherlock Holmes, pero con igual lógica, es una figura tan real hoy día en los Estados Unidos como J. Edgar Hoover, jefe de los G-Men.

Dick Tracy recibe cartas de aficionados igual que los actores de cine de carne y hueso. El Daily News, con cerca de dos millones de lectores, a veces publica parte de esta correspondencia, o "fan mail". Cuando Tracy se halla en alguna situación peliaguda, sus lectores quieren ayudarlo a salir de ella con diversas sugerencias. Si la solución de un crimen no está bien clara, o falta en ella la lógica, es una lluvia de protestas la que se amontona en el escritorio de Chester Gould, autor de la genial historieta. Gould, por su parte, tiene que ser muy exacto en materias técnicas para satisfacer el gusto crítico de sus lectores.

Quienes no gusten de Dick Tracy por una razón o por otra, encuentran otra historia detectivesca en Myra North, la intrépida enfermera cuyas fantásticas aventuras en palacios submarinos y aviones estratosféricos hacen una intrigante lectura a lo Julio Verne. Los que prefieren la vena cómica siguen las desamparadas aventuras de Trucutú, el hombre prehistórico con sus dinosaurios, estirodactilos y fieras antediluvianas, que de por sí hacen toda una película en la página cómica de los cientos de diarios que lo publican. Aguila Azul, la historieta de piratas, ganó recientemente un concurso de popularidad en Australia.

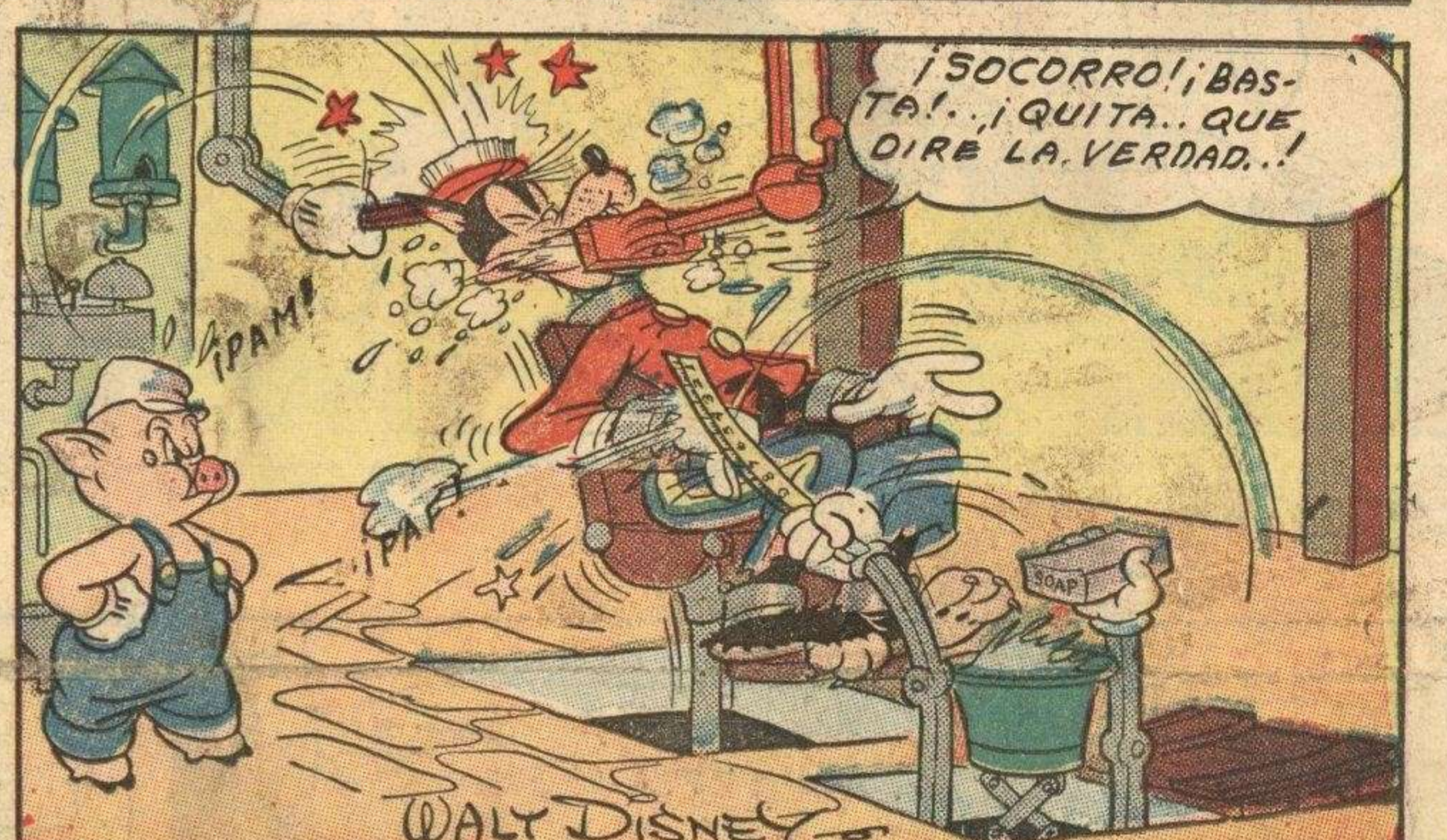
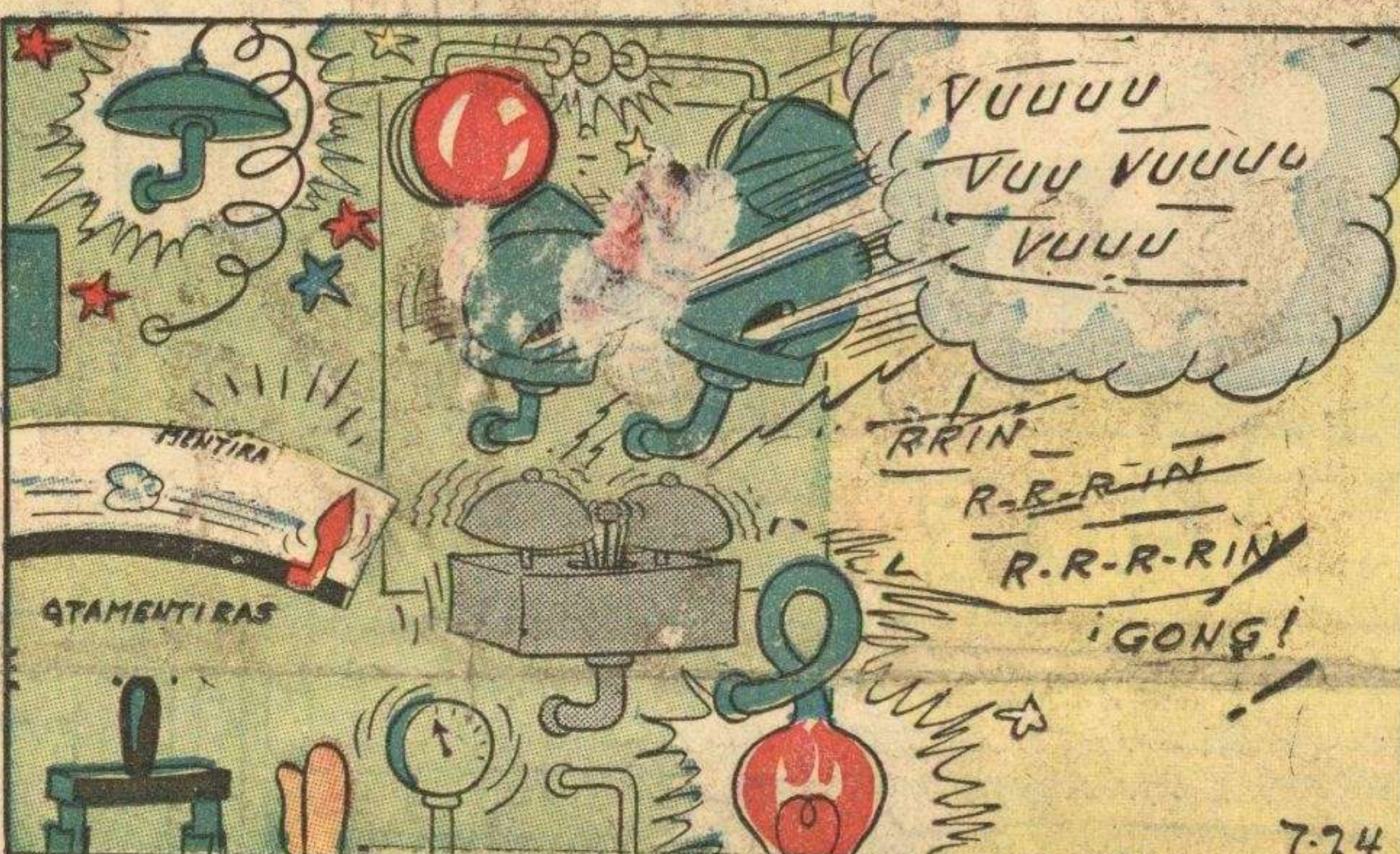
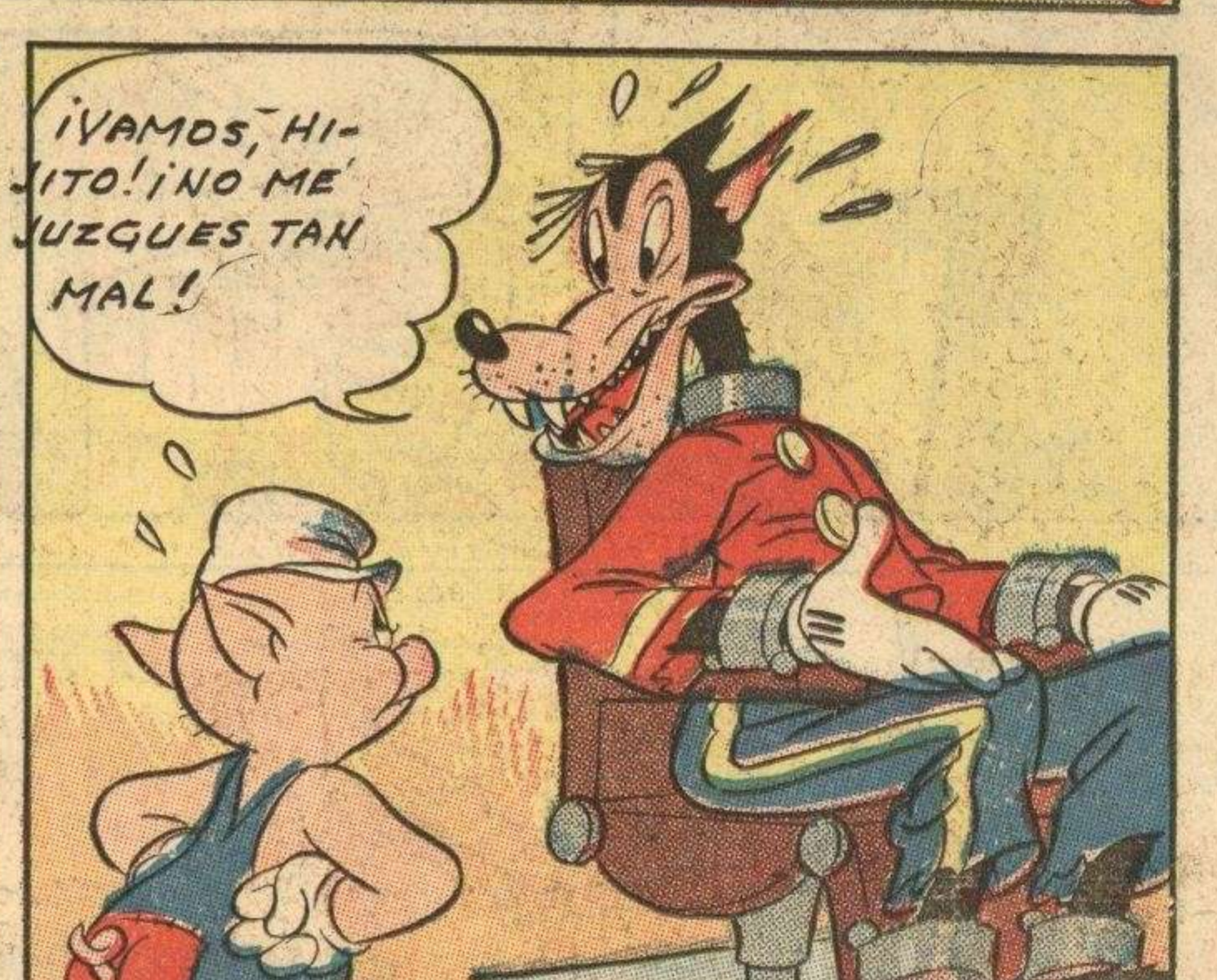
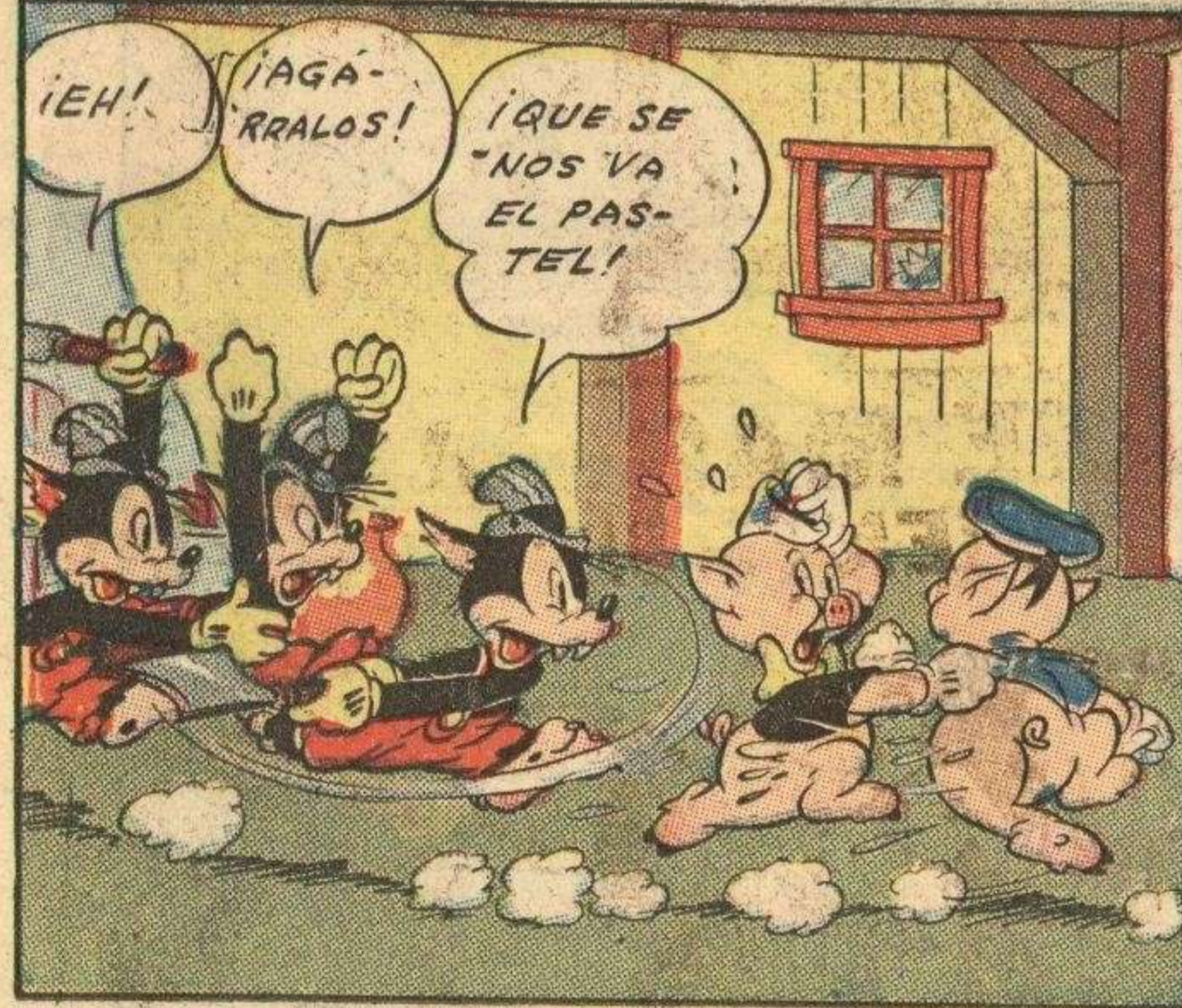
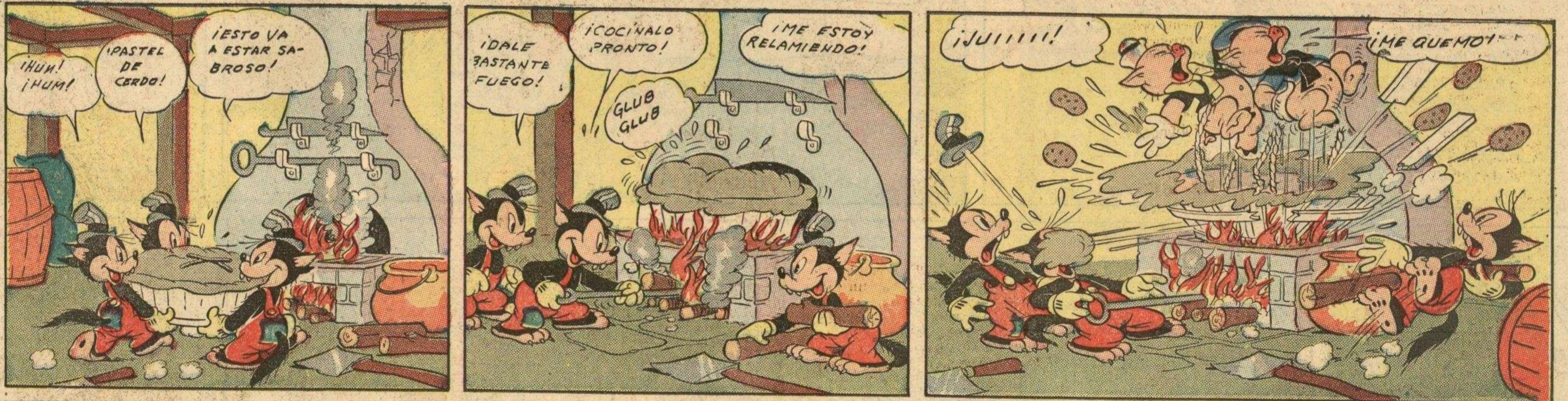
El cine de episodios ha resurgido, quizás gracias a la historieta diaria periodística. Las películas en serie murieron de su propio peso, cuando los productores consideraron que los chiquillos habían adquirido un "criterio de adultos". Pero fué una idea errónea. Las historietas diarias no tardaron en demostrar que el público menudo aplaudía todavía al héroe, compadecía a la víctima y rechiflaba al villano, leyendo las columnas de los diarios, como lo hacían antes desde sus butacas en el cine.



DIARIO DE LA MARINA

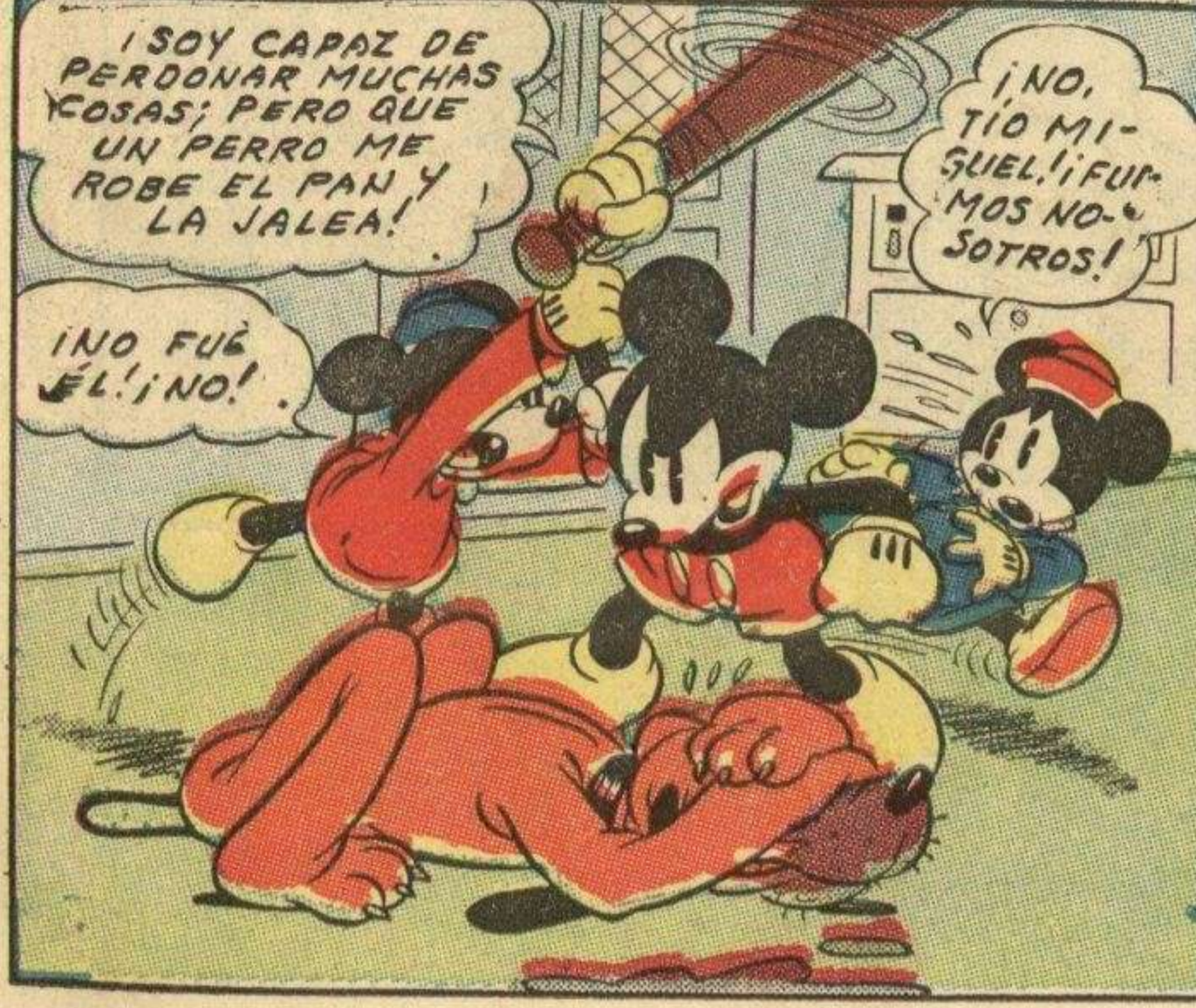
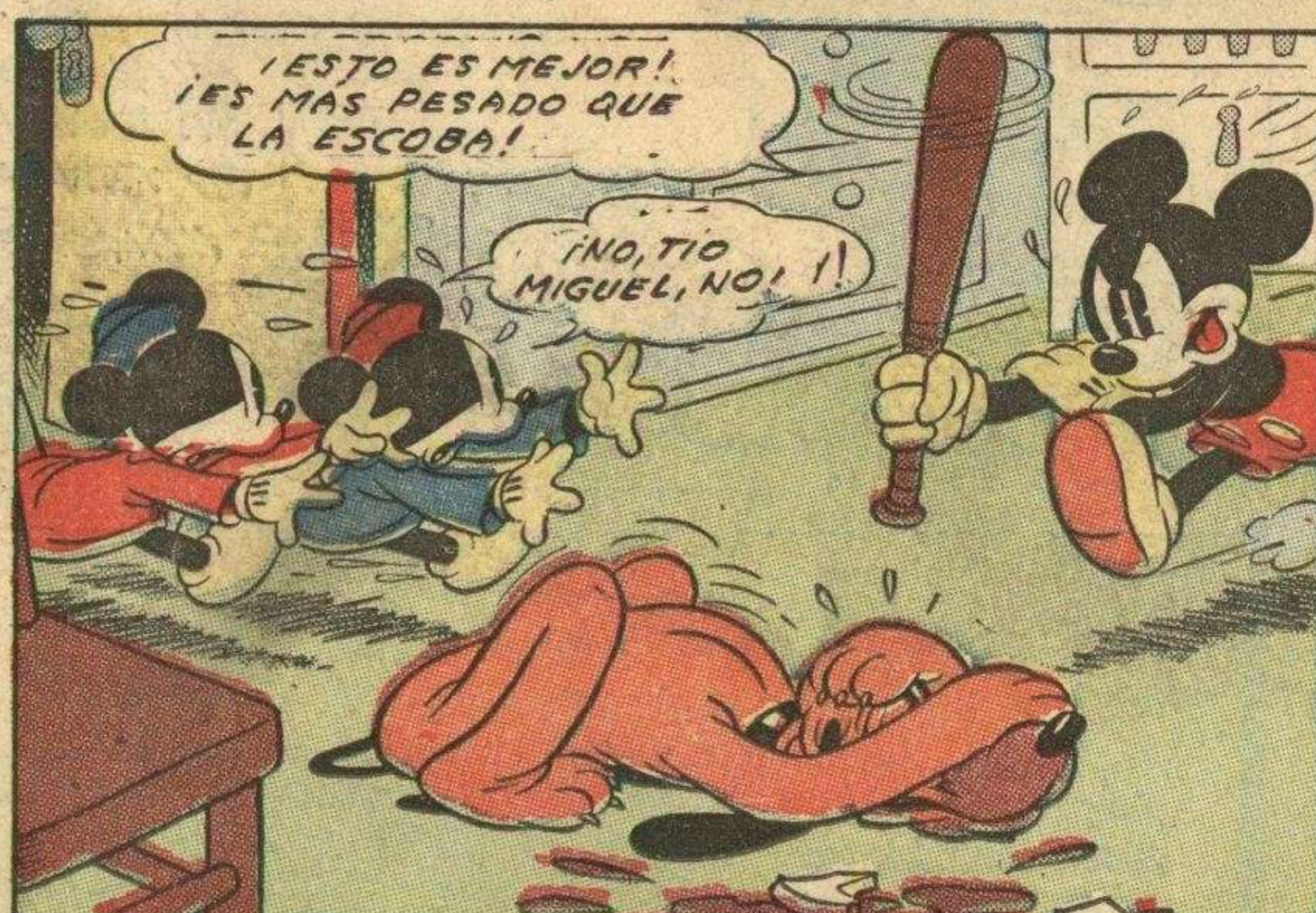
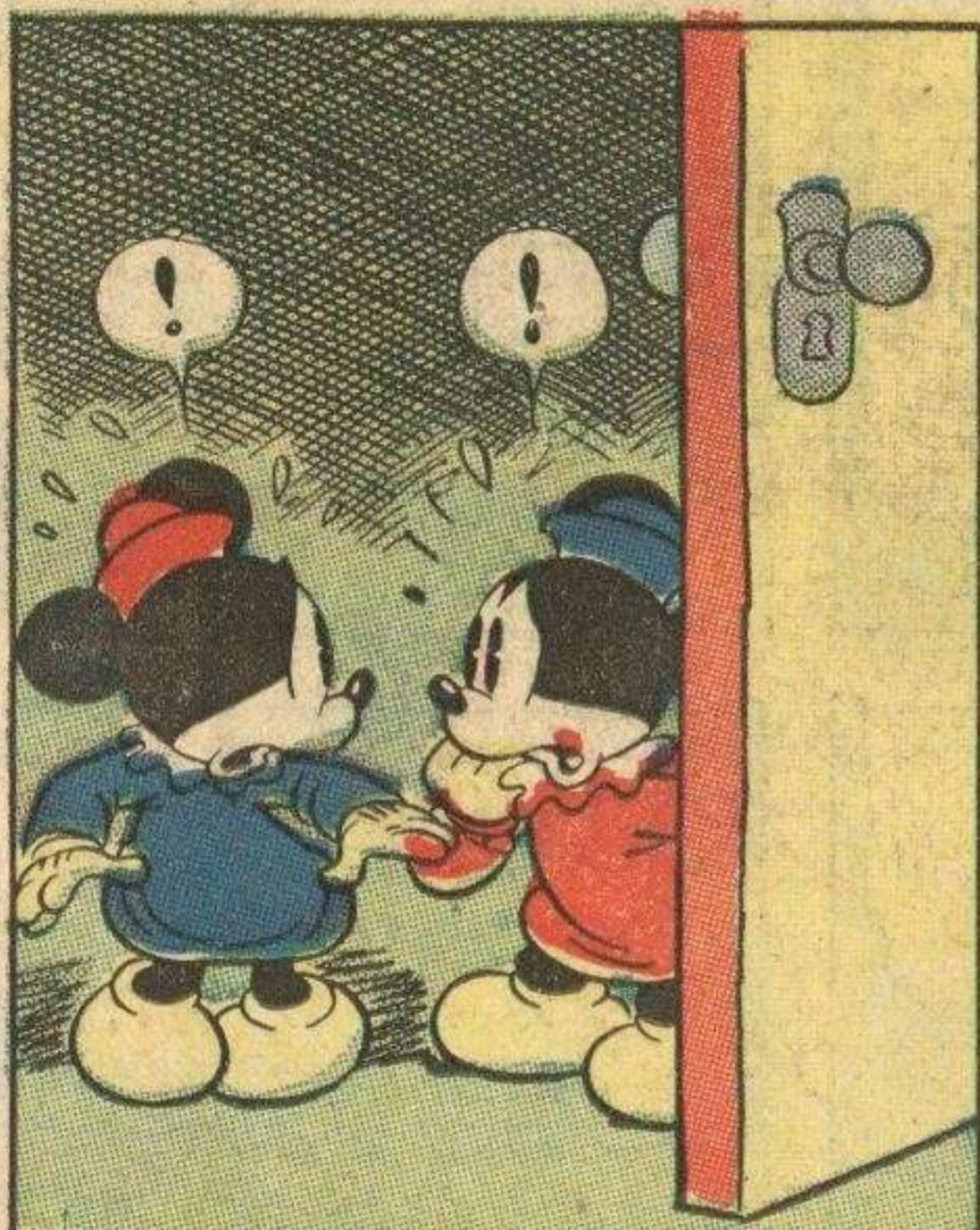
DOMINGO 31 DE JULIO DE 1938

NUEVAS
AVENURAS
DE LOS
3 COCHINITOS
POR
WALT DISNEY
by WALT DISNEY



EL RATON MIGUELITO

REGISTERED U.S. PATENT OFFICE



WONG-LO

by BRANDON WALSH

PERSEGUIDOS POR LOS CUATRO JUNCOS DEL PIRATA CHANG HO, A CUYA BANDA SE HA UNIDO LA "HERMANDAD DE HIERRO", NUESTROS AMIGOS VAN EN UN BARCO PEQUEÑO; PERO VELOZ Y BIEN ARMADO Y LOGRAN HUIR A DOS DE LAS EMBARCACIONES ENEMIGAS, GRACIAS A LA ASTUCIA DE WONG.

¡CHANG HO Y SUS CANALLAS LO PENSARÁN DOS VECES ANTES DE BUSCARLOS CAMORRA NUEVA; MENTE, AHORA QUE TIENEN A DOS DE SUS BARCOS EN EL FONDO DEL MAR!

ATINALAMENTE SE HA ESCLITO QUE EL TIGLE, AUNQUE LE COLTEN LAS UNAS, SIGUE SELIENTO LE SANGLE. ¡NO ES CLEIBLE QUE CHANG HO LESISTA SU LESENFLENALO AFAN LE VENGANZA!



¡TIERRA A BABOR!

¡BRAVO! ¡PODREMOS COMER FRUTA Y CERDO ASADO, EN LUGAR DE TASAJO Y GALLINAS DE MUNICIÓN!

¡NO TE HAGAS ILUSIONES, CAMARADA! ¡NO ES MÁS QUE UN ISLOTE, HABITADO POR AVES MARINAS!

¡MIRE! ¡HUMO! ¡LAS AVES MARINAS NO ENCIENDEN FUEGO!

¡DEBE SER ALGÚN POBRE MARINERO NAUFRAGO QUE NOS PIDE SOCORRO!

¡NALLE PUELE COLGAL EN SU PUELTA UN LOTULO QUE LIGA: "AQUÍ NO SUCELEN LESGLACIAS."

¡CARAMBA! ¡DEBEN ESTAR MEDIO MUERTOS DE HAMBRE!

EN TABLAS LE JAZLE, ESTÁ ESCLITO MAS VALE SALVAL UNA VILA QUE CONSULUIL UNA PAGO-LA LE SIETE PISOS.

¡HABÍAMOS PERDIDO TODA ESPERANZA!

¡IDIOS LES PAGUE ESTA CARIDAD!

¡LA GLATITUD ES LA MADRE LE TOLAS LAS VILTULES!

¡NO HAY PEZ TAN CAUTO QUE RESISTA LA CARNADA APROPIADA! ¡SI ESOS SONOS SENTIMENTALES RECOGEN A UNA, PAREJA DE NUESTROS "NAUFRAGOS, ESTARÁN PERDIDOS!

¡OBCECADOS POR UNA HISTORIA DE MARINEROS FAMELICOS Y COFRES DE ORO, WONG LO Y SUS AMIGOS NO TARDARÁN EN RECIBIR A NUESTRAS MANOS UNA SERIE DE TORMENTOS MUY SELECTOS!

ANITA Y SUS AMIGOS

Brandon Walsh

¡HUESITO! ¡ME ALEGRO DE QUE SEA DOMINGO! ¡HABRÁ MUCHAS SOBRAS DELICIOSAS Y TÚ Y YO, COMEREMOS A GUSTO!

¡ESCONDETE PRONTO, QUE VIENE EL PATRÓN! ¡SI TE VE EN LA COCINA, PERDERÉ MI EMPLEO!

¡ME ALEGRO DE QUE HAYAS TOMADO EN SERIO MI ADVERTENCIA DE LAVAR BIEN LOS PLATOS! ¡MI CLIENTELA ES SUPERIOR Y NO TOLERA LA VALLILLA SUCIA!

YA TERMINE CON LOS PLATOS Y NO QUEDAN MÁS QUE LAS OLLAS. PRONTO PODREMOS COMER E IRNOS A CASA, ES DECIR, A DONDE DORMIMOS.

¡AH! ¡LO TIENES!... CARNE DE VACA, DE CERDO, DE CORDERO Y HASTA POLLO. TERMINA PRONTO QUE QUIERO MARCHARME. ¡ESTOY CANSADA!

¡GRACIAS! ¡Y NO SE PREOCUPE, QUE HUESITO Y YO COMEMOS MUY APRISA CUANDO TENEMOS HAMBRE!

¡CARAMBA, HUESITO! ¡YA ES DE NOCHE!... ¡CÓMO VUELA EL TIEMPO CUANDO UNO ESTÁ FELIZ O TRABAJANDO DURO!

¡QUÉ SUERTE, AMIGUITO! ¡YO TEMÍA QUE PERDIÉRAMOS ESTE MAGNÍFICO CONCIERTO!

¡QUÉ BUENOS SON LOS PARQUES, HUESITO! ¡UNO PUEDE DISFRUTAR DE LOS ÁRBOLES, LAS FLORES Y HASTA DE MÚSICA GRATIS! ¡LOS PARQUES SON DE TODO EL MUNDO!

¡Y GRACIAS POR LA COMIDA QUE NOS DA SEVERIANA A CAMBIO DE MI AYUDA Y GRACIAS POR EL QUIOSCO DE LA MÚSICA... PORQUE SI COMIENZA A LLOVER, PODEMOS SEGUIR DURMIENDO SIN TEMOR DE MOJARNOS!



MODESTO RIZOS

¿QUIÉNES SON LOS QUE COMEN TANTOS EXCESOS POR AQUÍ, HOYDOS?

¡YO SÉ QUIEN ME PEGÓ A MÍ! ¡UN TIPO SIMIESCO A QUIEN LLAMAN EL MONO!

¡COMERÉ ALGO ANTES DE ACOSTARME!

ANTE RESTAURANTE

¡AQUÍ TENGO MÁS DINERO PARA TI, MONO!

¡DÁMELO Y CUIDADO CON HACERME TRAMBAS!

¡HE DICHO QUE SI QUIERE CAFÉ!

¡MONO!



¡AH! CONQUE ALGUIEN ME SIGUE!

¡A ESE SUJETO LO VI EN EL RESTAURANTE!



¡LO DEJARÉ POR AQUÍ, DONDE PUEDA DORMIR TRANQUILO!

MONO ¿POR QUÉ VIENES A MI CASA Y TAN A DESHORA?

¡NOS VAN APRETTANDO, DON JONAS! ¡ACABO DE NORQUEAR A UN TIPO QUE ME SEGUIA Y...!

¡POR LA DESCRIPCIÓN QUE ME DAS, ERA RIZOS, REPORTERO DE "EL CAÑÓN"! ¡TENEMOS QUE PONER FIN A SU INTRUSIÓN!

¿QUIERE QUE LO LIQUIDE, DON JONAS? ¡MUY BIEN!

CONTINUARÁ

LYMAN YOUNG 7-24

AVENTURAS DE AGUILUCHO

Lyman Young

LOS BEDUINOS DEBEN HABER SALIDO DEL OÁSIS MUY DE MAÑANA CON EL SARGENTO.

ENTONCES PODREMOS PASAR LA NOCHE AQUÍ!

¿COMO VAMOS A SEGUIRLOS, AGUILUCHO? NO SABEMOS HACIA ADOBE SE FUERON!

NOS QUEDAREMOS AQUÍ, HASTA QUE VENGA ALGUIEN QUE PUEDA DECIARNOS.

¡PEPE! ¡MIRA LO QUE ENCONTRE ENTRE LAS PIEDRAS! ¡UNA BOLSA CON MONEDAS DE ORO!

ENTRETANTO, EL SARGENTO GATES ESTA PRISIONERO DE LOS BEDUINOS DE ABU TAYI EN UN ADUAR DEL DESIERTO.

¡CON ESTA ALGARIBIA INFERNAL CUALQUIERA PEGA LOS OJOS! ¿QUE LE PASARÁ A ESTA GENTE?

¡FALTA UNA BOLSA DE ORO DE LAS QUE QUITAMOS A LA CARAVANA!

¡TEMO QUE LA HAYAMOS DEJADO EN EL OÁSIS, JEFE!

¡PERRO! ¡IRAS AL OÁSIS A BUSCARLA... Y SI NO LA TRAES MORIRAS!

SI NO PASA PRONTO ALGÚN VIAJERO, VOLVEREMOS AL CUARTEL GENERAL, AGUILUCHO.

PERO NO DEBEMOS ABANDONAR AL SARGENTO, PEPE. EL... ¡MIRA! ¡AHÍ VIENE UN JINETE!

¡VENGO EN BUSCA DE UNA BOLSA DE ORO DEL JEFE ABU TAYI!

¿CONQUE ERES UNO DE ELLOS, EH? ¡NOSOTROS DE TENEMOS LA BOLSA; PERO NO TE LA DAREMOS HASTA QUE NOS DIGAS DONDE ESTA TU JEFE!

7-24

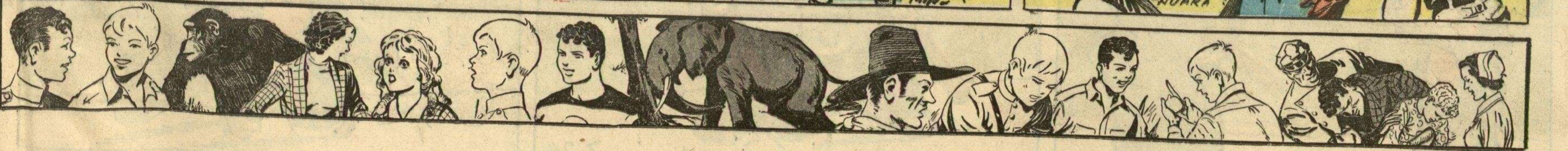
LYMAN YOUNG

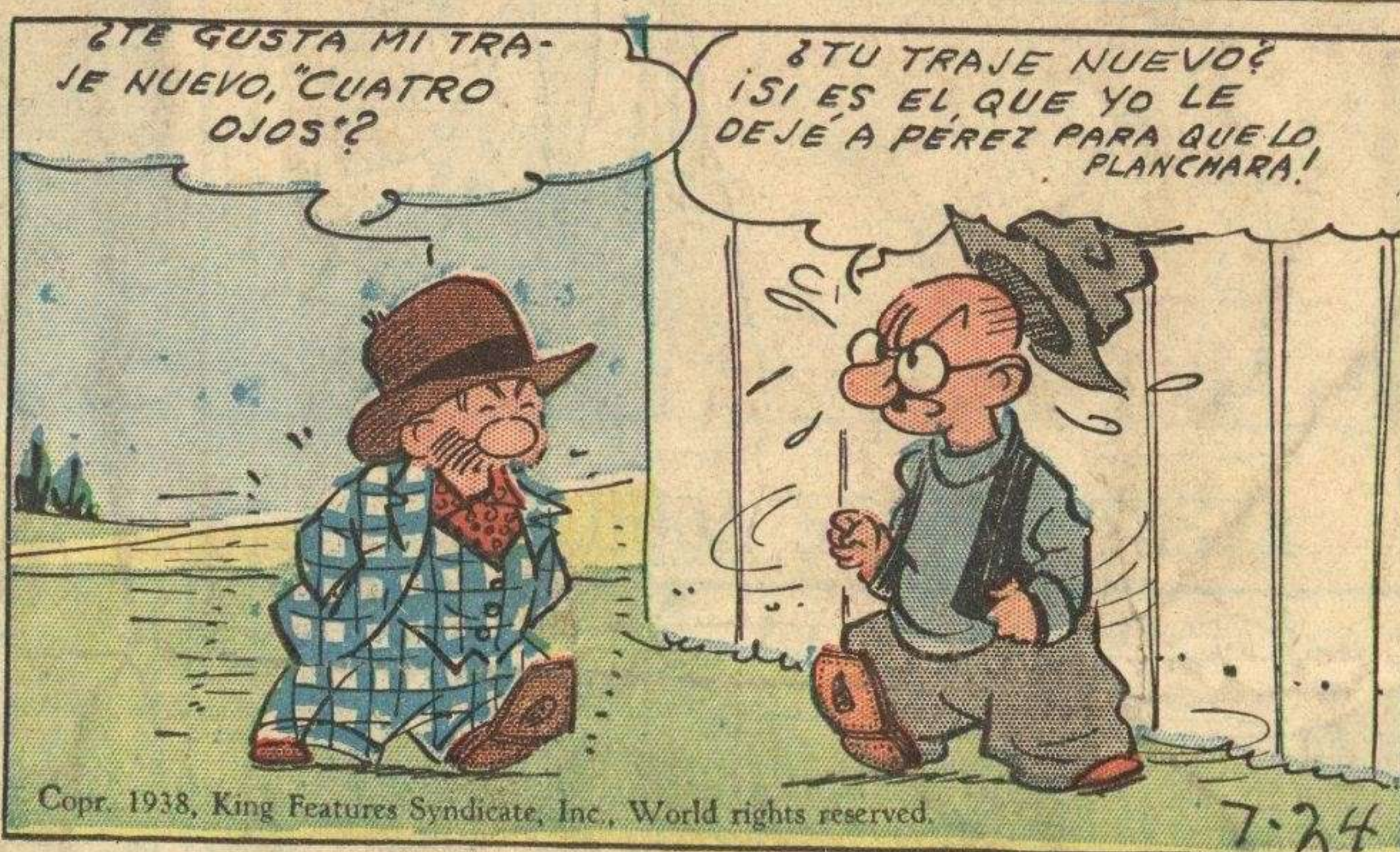
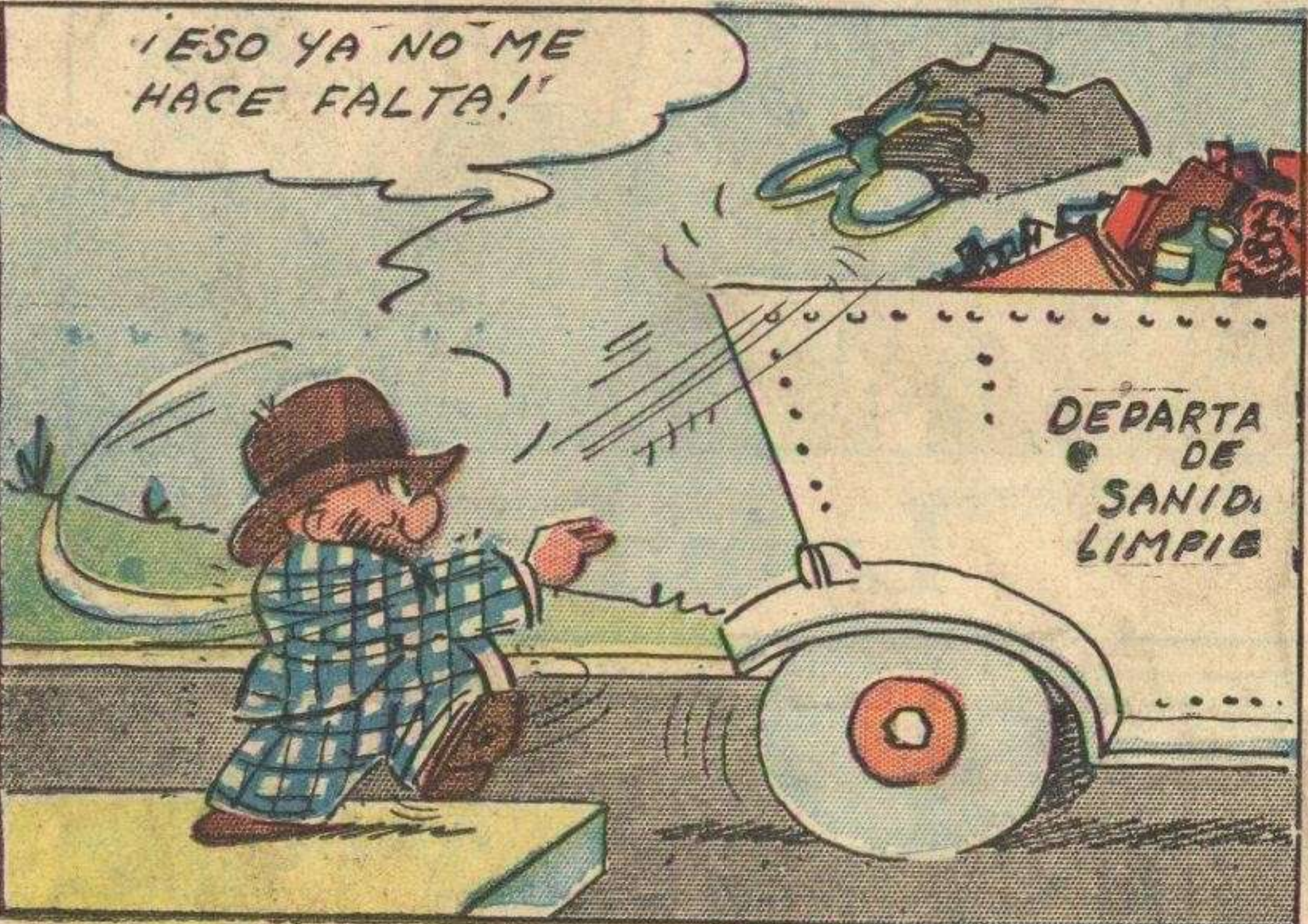
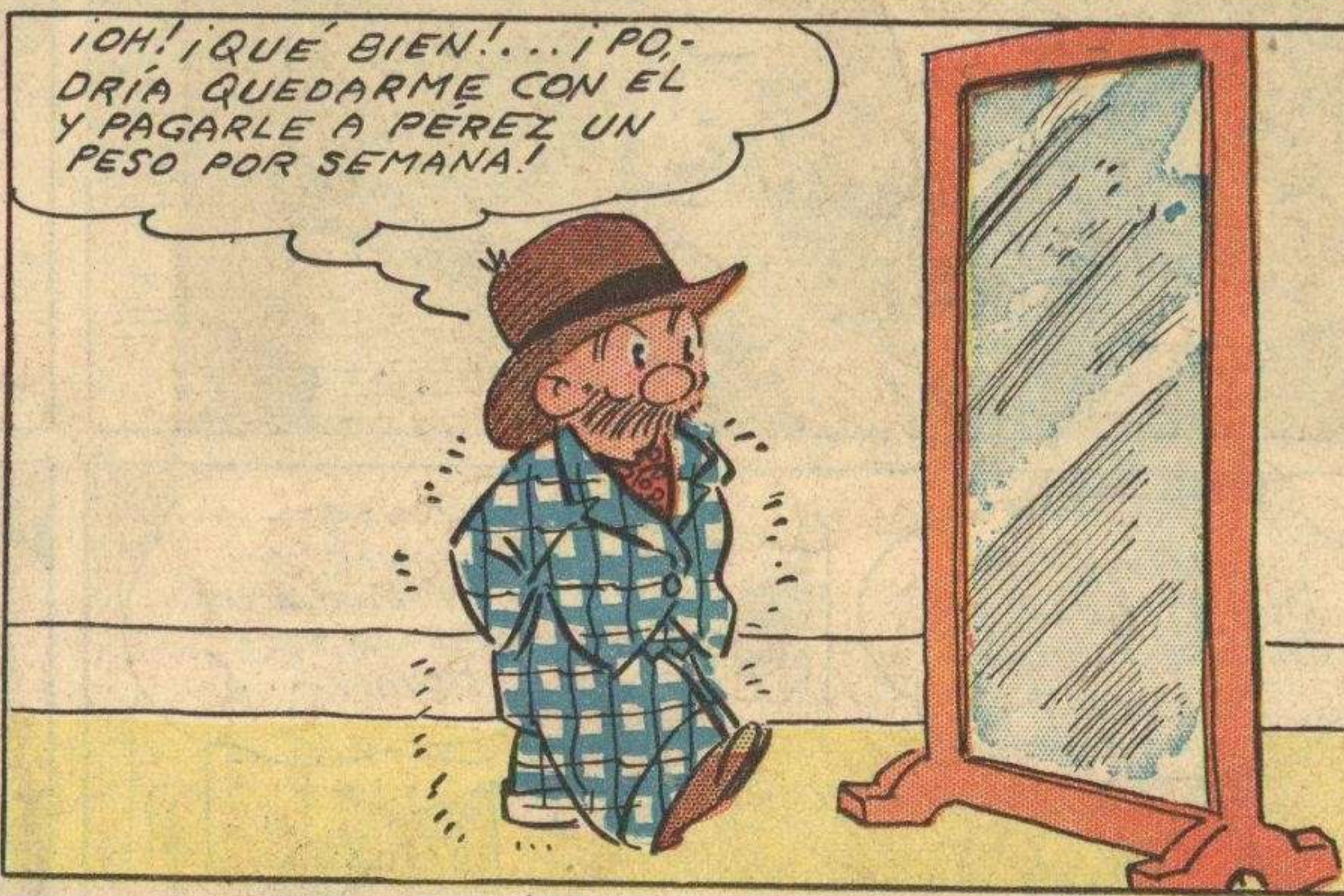
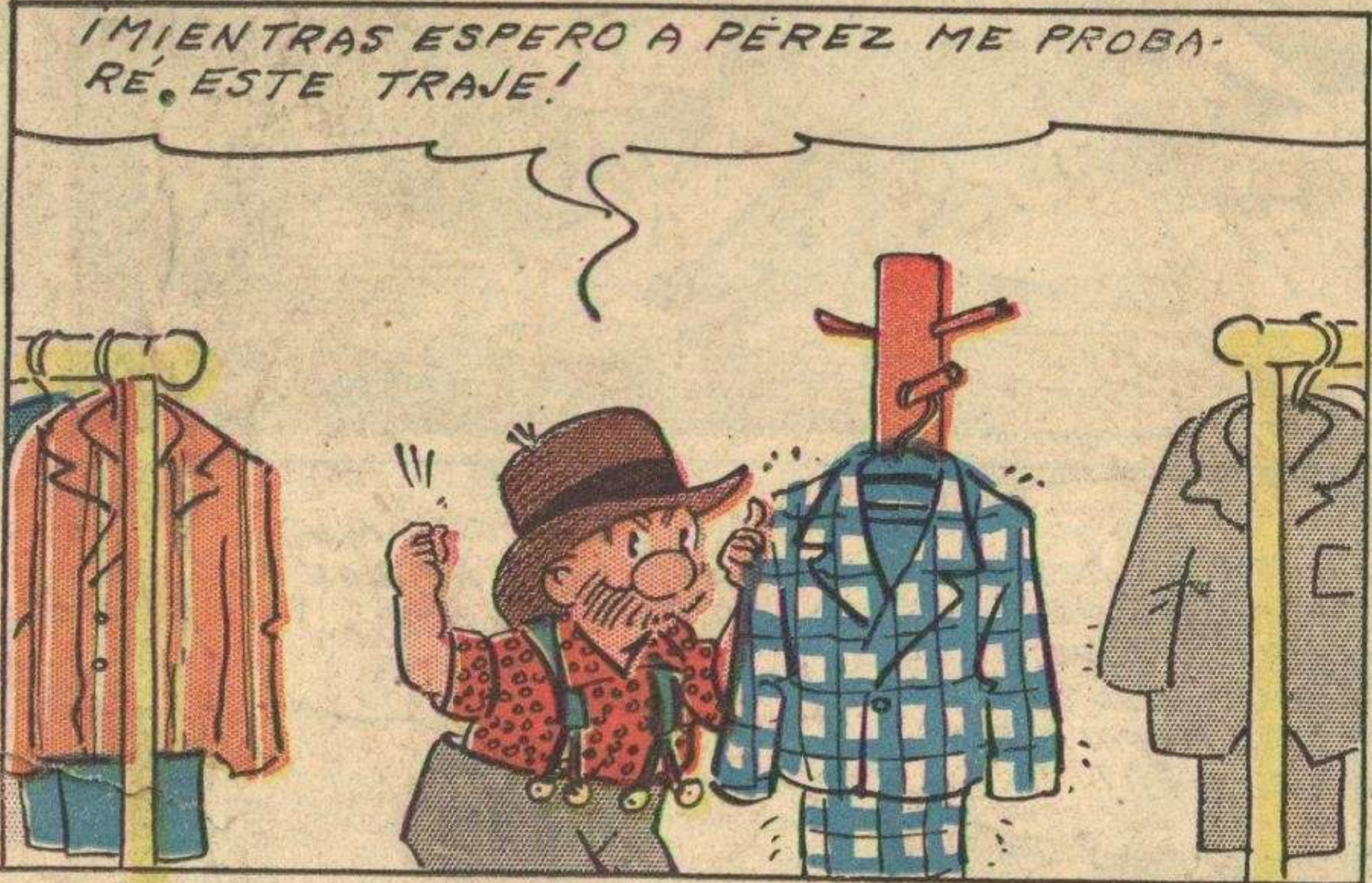
¡HABLA, PRONTO!

¡SI... SI...! ¡ABU TAYI ME AZOTÓ LA CARA! ¡ME LA PAGARÁ! ¡SIGANME Y LOS CONDUCE HASTA EL!

BUENO... ¡CUANDO VEAMOS SU ADUAR TE DAREMOS LA BOLSA DE ORO!

CONTINUARÁ





PEDRO HARAJOS

